

ARTE, ESTÉTICA, IDEAL



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 33

PEDRO FIGARI

ARTE, ESTÉTICA, IDEAL

Tomo III

Preparación del texto a cargo de
ANGEL RAMA

PEDRO FIGARI

ARTE, ESTÉTICA, IDEAL

Prólogo de

ARTURO ARDAO

Tomo III



MONTEVIDEO

1960



EL IDEAL

PARTE TERCERA



I

¿QUÉ ES EL IDEAL?

Cuando se habla del ideal, se advertirá fácilmente que hay tantas maneras de concebirlo, diremos, cuantos sean los que intenten dar su definición. No obstante, por entre ese cúmulo de acepciones tan distintas, puede verse también que hay un lineamiento común, casi siempre, y es el que fija este concepto *como finalidad.*

Ningún antecedente nos autoriza a creer que el hombre tenga que llenar una "misión" concreta. El hombre vive, y, al vivir, se siente compelido instintivamente a procurar su mejoramiento. Este segundo término, esta incitación orgánica que nos hace anhelar más y más, incesantemente; este acicate que nos inquieta y nos espolea; esta aspiración insaciable a mejorar, es el ideal.

Ese unánime y continuo anhelo de los ejemplares de la especie, por ínfimo que sea el ejemplar, acaso lo comparte, en grado menor, naturalmente, todo el mundo orgánico, aun cuando no pueda manifestarse de una manera tan inequívoca en las especies inferiores, del mismo modo que no se manifiesta en grado igual en el hombre salvaje, o sea en el tipo inferior, y en el civilizado. No se encontrará un solo

hombre que no aspire a más de lo que posee, si bien donde puede verse más vivo y definido este deseo de mejorar, es en las extracciones superiores. Cuanto más complejo es el organismo, más claramente manifiesta su evolutividad, y cuanto más ha evolucionado, puede notarse mejor que aspira más y más empeñosamente. Es así que los espíritus selectos están siempre más dispuestos a inquirir, a investigar, a descubrir nuevos recursos de acción y de defensa. Si comparamos los anhelos de un hombre vulgar con los de un hombre superior, se ofrece siempre una diferencia notable en calidad e intensidad El espíritu grosero, como el niño, tiene, por lo común, ambiciones inferiores

El hombre va avanzando progresivamente en todos los dominios de la actividad, y a medida que avanza va descubriendo nuevas vías aprovechables en su inextinguible afán de satisfacer sus aspiraciones; cada conquista le hace sentir la necesidad de nuevas complementaciones, y es así que se transforma y evoluciona el ideal. Es el hombre, pues, quien va construyendo inacabablemente el ideal. A la inversa de lo que ocurría con la famosa tela de Penélope, si se nos permite la imagen, se diría que por la noche siente aquél, cada vez más, la necesidad de completar su esfuerzo, y al alborear el nuevo día se apercibe para continuar su obra interminable. De este modo es que se borda perennemente la trama de la evolución, y por más que con su esfuerzo intente cada cual satisfacer todos sus deseos, nadie lo ha logrado aún, y todo nos conduce a pensar que nadie lo ha de lograr jamás.

El aguijón instintivo es implacable; y esa misma implacabilidad, tal vez, hizo pensar que el ideal pue-

de ser absoluto, cuando es, al contrario, relativo, e indeterminado. Su extensión es lo indefinido, lo desconocido. El ideal es el mejoramiento progresivo. Hoy creemos saber lo que queremos, y bastaría que pudieramos satisfacer ese anhelo que se nos antoja concreto y definitivo, para ver que aquél renace con nuevo vigor, y de múltiples maneras, siempre, perpetuamente. La línea que ha de recorrer el ideal, ni es posible preestablecerla. Cada cual anhela de acuerdo con su complexión, y en esa suma de ansias y de esfuerzos tendientes a aplacarlas, la resultante es siempre de progreso y de mejora, porque las iniciativas más inteligentes triunfan en definitiva, esto es, las más adecuadas a servir los intereses más vitales de la especie. En esa obra de constante selección, determinada por el instinto orgánico, que comprende el de conservación individual, el de perpetuación específica y el de mejoramiento, van perdurando las formas mejor apropiadas al cumplimiento de la ley natural, y por encima de las incidencias, de las marchas y contramarchas, de las propias empresas más erróneas o descaminadas que retardan y accidentan la evolución, el resultado va perfilándose invariablemente en el sentido de satisfacer un ideal más positivo, más racional, y de tal suerte es que se opera el mejoramiento de la especie Esa suma de esfuerzos actúa como los diferentes cuerpos de un ejército. No todos los proyectiles dan en el blanco, ni todas las evoluciones son hábiles, ni eficaces; pero del conjunto de evoluciones y disparos surge siempre la victoria.

Debemos pensar que el hombre está hecho para triunfar, dada la superioridad que comporta la mayor complejidad de su organización, y de su inteligencia consiguientemente. El esfuerzo humano, que se reali-

za por el arte, como medio superior de acción, todo él, tiende a mejorarnos. El propio error implica una enseñanza aprovechable, que, más tarde o más temprano, indemniza a la especie de los perjuicios que momentáneamente haya podido causar. Por eso mismo resulta difícil predecir las consecuencias definitivas de cada serie de esfuerzos, sea cual fuere su naturaleza.

Nuestra civilización, nuestro arte, nuestras formas usuales de actividad, y nosotros mismos, todo es resultado de una lenta y complicadísima elaboración, que se ha desplegado en muchos millares de años, en millones de siglos. Vemos y palpamos el resultado, sin poder descubrir la trama, la infinita y variada multiplicidad de factores que han concurrido para realizar los "prodigios", verdaderos prodigios que se ofrecen a nuestros ojos, ya de por sí prodigiosos. En este sentido, podemos decir que nuestro común abolengo arranca de los más remotos días de la prehistoria. Si pudiéramos ver alineadas todas las causas, subcausas y accidentes que han intervenido para engendrar la vida de que disfrutamos, la amaríamos más hondamente aún de lo que la amamos, por más que ella fuera leve y fugaz como la de las efímeras que viven para dar un vuelo, y veríamos que vale siempre la "pena" de ser vivida y estimada.

Si comparásemos nuestra condición con la de los hombres de las épocas pretéritas, que tanto nos hacen soñar, — por poco remotas que sean —, veríamos que los aventajamos de tal modo, social, moral, intelectual, política y económicamente, que, antes que envidia, nos inspirarían compasión. No obstante, no se han aplacado las ansias de progreso, al contrario, han recrudecido. El instinto, que nos incita a luchar

y a mejorar, se yergue cada vez más, se afirma y se multiplica, para impulsarnos hacia adelante. Es tan insaciable el hombre en su sed de progreso, que ni se detiene siquiera a festejar las victorias alcanzadas, y los nombres de los más grandes benefactores de la humanidad, de ayer no más, están ya olvidados, a pesar de las conmemoraciones del bronce y del mármol, que en vano pretenden alguna vez inmortalizarlos en el recuerdo de las generaciones, por tan deleznables artificios.

En esto mismo hay lógica positiva, subconsciente, que se impone a la lógica de los convencionalismos circulantes. Ninguno de los benefactores de la humanidad, por más ingratas que hayan sido las generaciones que aprovecharon de su esfuerzo, retiraría su obra impresa ya en la acción general. Hay en el hombre un deseo orgánico tal de perdurar, de actuar, de imponer las propias ideas en la marcha evolutiva, que lo compele a dar cuanto puede para triunfar, por encima y por fuera de todo cálculo No me refiero, como se comprenderá, al espíritu vulgar, destinado a vegetar obscuramente. Es que ese esfuerzo responde a una incitación más efectiva, por cierto, que la del espejismo con que se aturden los ilusos, cuando cifran sus cálculos en la gratitud de los beneficiados, la que casi siempre brilla por su ausencia, si no siempre.

Lo que incita a la investigación y al trabajo es el instinto vital irreducible; es la conciencia de que nadie es de una infecundidad más desolante que el pasivo, el inerte con sus brazos cruzados, en tanto que el trabajador, aun cuando se haya dirigido en una senda falsa, es siempre útil, y a veces hasta fructuoso, como lo fueron aquellos que buscaron con

ahinco la clave del soñado movimiento perpetuo. Es la resultante de las conquistas y de los errores debidos al esfuerzo, lo que ha documentado y construído la civilización de que disfrutamos, con todas sus cargas y beneficios, con todas las esperanzas y anhelos que nos incitan. A la pasividad no le debemos nada.

Lo que más caracteriza al instinto es *su insaciabilidad.* Si el hombre fuera realizando sus aspiraciones y aun sus devaneos, si según los mirajes místicos y metafísicos llegara a sentarse en el empíreo, encarnado con la más soberbia de sus concepciones teístas, con todo anhelaría más. Comenzaría a desear nuevos e interminables suplementos, con la misma desenvoltura con que un "gourmet" pide el café, y el "pousse-cafe", después del festín opíparo. La propia complexión evolutiva del hombre no le permite alcanzar jamás la satisfacción de sus deseos: solo la muerte apaga esa sed implacable de mejora. Ese anhelo orgánico aguija constantemente, aun cuando no sabemos en que sentido lo hace. En ciertos momentos, los más, si se nos preguntara súbitamente qué deseamos, ni acertaríamos a contestar, y si nos fuera dado optar entre asistir a un período cualquiera de la prehistoria o a uno de los venideros, titubearíamos, sin advertir, en nuestro aturdimiento, que en ambos nos sentiríamos igualmente desorbitados, y, por lo tanto, menos bien que donde estamos.

En nuestro afán de mejorar, no nos damos cuenta de que lo existente es lo mejor, puesto que tiene la suprema majestad de *ser,* y está, por eso sólo, muy por encima de todos los fantaseos que se forjen alrededor de lo imposible, y así es que, a menudo, por alcanzar nuevos bienes, quiméricos, menospreciamos los

que tenemos, cuando lo sensato sería disfrutar de *lo que es y poseemos,* sin perjuicio de procurarnos lo demás que nos sea dado obtener. Por una conciencia errónea, sin embargo, se malogra el invalorable bien de la existencia más frecuentemente de lo que se cree. ¡Cuántos perecen sin haber encontrado su alvéolo para vivir dentro de la realidad! ¡Cuántos han vivido en puro sueño!

¿Qué es el ideal, pues? Es la aspiración a mejorar, determinada por el instinto orgánico en su empeño de adaptarse al ambiente natural. En ese esfuerzo de adaptación que se manifiesta de tan distintas maneras, el propósito es uniformemente el mismo *mejorar.* Todos por igual tratan de conservarse, de perdurar, de prevalecer, de triunfar; los mismos que se aplican disciplinas, aquellos que se mutilan, o de cualquier otro modo se sacrifican, todos quieren mejorar su condición orgánica, puesto que están regidos por la ley de su propia estructura. Para quienquiera que sea, y en cada orden de asuntos, hay una meta de oportunidad más o menos instable. Lo único que tiene persistencia, lo único que se mantiene invariable, es la relación del hombre con el ideal, lo demás evoluciona: el hombre, el ideal, así como los procedimientos y recursos de que se vale aquél para conseguir su mejoramiento. Lo que permanece constante, pues es la ley que incita a realizar esa obra.

Todas las manifestaciones conscientes de la actividad humana convergen en su marcha al ideal, que es inextinguible. Nadie sabe lo que vendrá a plantearse como necesario más adelante, pero todos sentimos la necesidad de mejorar. Es poco razonable pensar que haya un punto terminal en el desarrollo evolutivo, antes de que se suprima la vida por com-

pleto. Con el mismo fundamento con que uno es hoy conservador o reaccionario, lo eran otros en el siglo pasado, y el anterior, y los precedentes. Entre los propios habitantes de las cavernas habría conservadores, y los más serían reaccionarios, tal vez. Sin embargo, es tal el cambio operado por obra de la evolución, que parece hubiera quedado roto todo parentesco entre aquel arte lejano, librado a orientaciones torpes, ciegas, y el arte de nuestros días, dirigido al conocimiento. Es admirable lo que se ha conquistado ya en todos los órdenes de la actividad.

Si se compara la lóbrega cueva del troglodita con el palacio moderno, con el rascacielo; el saboreo de una raíz escarbada con las uñas, que se efectúa con mirada huraña, oblicua, y la algazara de un festín cualquiera de nuestros días; el ingenio del que arroja un tronco de árbol o una piedra para vadear un charco, y el de los que construyen los soberbios puentes modernos, el de Long Key, por ejemplo; la torpeza del que utiliza sus dedos para contar hasta diez, y la ágil y certera serie de operaciones con que se verifican los cálculos astronómicos, el andar receloso, más que prudente, del hombre primitivo, y los vuelos audaces de condor que realiza el aviador; y aun el propio penseque medioeval, escolástico, abstruso, y las concepciones modernas científicas; si se compara todo esto, parece que hubiera abismos radicales y, no obstante, no se advierte una sola solución de continuidad. En lo substancial rige la misma ley, la misma necesidad, el mismo ideal, esencialmente el mismo que nos estimula a mejorar nuestra condicion, por más que se haya mejorado tanto.

Si pudiéramos abarcar con una mirada la enormidad de las órbitas evolucionales, acaso nos fuera

dado columbrar la mucho más sorprendente grandeza de la línea a recorrerse, en la cual, dado los factores progresivos de actuación, es tal vez apenas un grado lo recorrido, aunque fuera igual en duración. Un siglo es un pestañeo frente al tiempo, y es así como el último paso, si lo hay en la vía evolutiva, permanece inaccesible a nuestra tímida mirada, como queda definitivamente ignorado el último pensamiento tranquilizador que se refleja en la majestad serena de los muertos.

II

EL ARTE, LA ESTÉTICA Y EL IDEAL

Para precisar mejor las ideas acerca de estas tres entidades que tan a menudo vemos confundidas: el arte, la estética y el ideal, tratemos de definirlas observando cómo se presentan a nuestra mirada.

Vivir, dada nuestra complexion, presupone la necesidad de mejorar; más aún, la necesidad de procurar constantes mejoramientos. De ahí, quizá, el concepto spenceriano del progreso como transformación de lo homogéneo en heterogeneo. Por un excesivo culto a la tradición, no se ha constatado lo bastante esta necesidad orgánica, y debido a ello, probablemente, es que se ha llegado hasta a negar la superioridad de lo útil, anteponiéndose diversas entidades abstractas. Es preciso, sin embargo, formarse una pobre idea de la inteligencia humana y, a la vez, cerrar los ojos a la evidencia, para entender que el hombre, por superior que se le considere, deba estimar en menos lo que más le conviene. Esto sería un absurdo. Si el arte es un recurso de inteligencia, según se ha dicho, y si el ser humano, tanto por su estructura cuanto por su propio interés, está compelido a buscar perpetuamente su mejoramiento, ¿qué puede ser más lógico, más moral ni superior que el

aplicar su intelecto a llenar esa aspiración orgánica? ¿No es un verdadero colmo de fantasías colocarlo en situación inferior a la de los demás organismos, de los propios que tanto menosprecia, como sería menester hacerlo si se entendiera que no debe utilizar su mayor inteligencia en provecho propio?

Planteada así la cuestión, en este terreno de simple buen sentido, pueden verse mejor las diferencias y relaciones que existen entre el arte, la estética y el ideal.

Determinado el hombre por su propia naturaleza a elevar su condición, echa mano de su arte, que es la acción de sus recursos intelectivos, para realizar el ideal, es decir, para satisfacer sus necesidades, entre las que descuella la de procurar perpetuamente su mejoramiento: necesidad congénita que deriva de su propia superioridad, elaborada en los siglos, por sus predecesores. Como una consecuencia resultante de ese esfuerzo que realiza en su obra perdurable de adaptación a su ambiente natural, surge también el esteticismo. Así es que a éste lo vemos evolucionar con el, constantemente, en todas las direcciones de su mentalidad. En esa brega perenne del hombre por realizar su ideal que avanza, que avanza siempre, es donde se forja el esteticismo, el que también avanza, a su vez. Pretender la definición del ideal en una forma concreta, es tan inconsulto, pues, como si se intentara plasmar la belleza de un modo definitivo, porque lo uno y lo otro se modifican fatalmente con la evolución.

Cada hombre tiene un ideal de acuerdo con su estructura, y hasta podría decirse que es muy variable, puesto que todavía ese ideal se va transformando a medida que vive y que lucha, ya sea que triunfe o

que fracase, y lo mismo aunque vegete. Podrá tener dicho ideal cierta persistencia, mas nunca definitiva, porque está siempre expuesto a cambios, en el proceso evolutivo En ese fárrago de aspiraciones que se realizan, o no se realizan, surge de mil maneras el esteticismo en todos sus grados y variedades, como una consecuencia de las vicisitudes favorables del esfuerzo, como surgen el desencanto, la decepción y el dolor en la adversidad.

Es así que la belleza se manifiesta de tantas maneras cuantas son las modalidades mentales, tanto en las líneas generales de la evolución como en sus incidencias. Es cierto que nosotros, a causa de nuestras peculiaridades orgánicas o psíquicas, — *si es dado establecer una distinción al respecto* —, *objetivamos las formas de nuestro propio relacionamiento físico-psíquico* y *psico-psíquico,* atribuyendo a las cosas una calidad que sólo emerge de *una relación* más o menos instable, y así es que llamamos bello a lo que nos sugiere un estado mental u orgánico acorde con nuestra estructura, sin advertir que ese estado es siempre precario, por cuanto es un efecto de múltiples circunstancias más o menos variables, y que, por lo mismo, no podría subsistir fuera de ellas. De ese modo es que encarnamos en cualquier cosa el concepto de belleza, ya sea en un idilio o una tragedia, una novela acre o una comedia jovial, una ironía punzante o un ditirambo que destila miel, un bosque frondoso o un lirio solitario, un mármol helénico, una caricatura mordaz, un tejido de finísimos hilos, un conjunto de sonidos, una tela coloreada, un rincón apartado, una ciudad, un palacio, una choza musgosa, una fábula infantil, o un verso que horripila o una elegía suplicante, o una batalla,

un pájaro que canta, un sapo que jadea... Nosotros concebimos a la mujer como un arquetipo de belleza, y sobre esto mismo, que es tan íntimamente orgánico, difieren de tal modo las opiniones, que vemos pregonar todos sus aspectos, desde la obesa que forja los encantos de algunos hombres, como el de los colegiales, hasta la de talle más sutil, de insecto, de emeso. ¿Por qué se opera esa disparidad de opiniones aun sobre asunto tan trillado, y no por eso menos interesante y fundamental? Nosotros no vemos razón para explicarla fuera del individualismo del ideal y, consiguientemente, el de la belleza, por un lado, y, por el otro, la de la evolutividad de ambas modalidades paralelas, cuyo paralelismo se produce en el primero, el ideal, como causa, y en el otro, el esteticismo, como efecto.

El ideal y el esteticismo, pues, evolucionan hacia los mismos rumbos. A medida que el hombre se eleva en su esfuerzo hacia el ideal, se transforman y evolucionan las modalidades estéticas, como una consecuencia de dicho esfuerzo, y de ahí que todos los esteticismos tiendan a racionalizarse, y de ahí también que sea tan fácil confundir la belleza con el ideal.

El ideal y la belleza se transforman por una selección a base de conocimiento. Para que pudiera identificarse lo ideal y lo bello, sería menester que se hubiese realizado toda la aspiración humana. Cuando la ciencia se hallase por completo integrada, nuestras ideaciones se habrían cristalizado por carencia de toda aspiración. Dada nuestra complexión íntima, ni concebimos esa parálisis total, donde no quedara nada que inquirir ni que esperar, como no concebimos la inmortalidad, por más que se la an-

hele tan ardientemente a veces. Una y otra cosa son quimeras, decepcionantes más bien. Ese espejismo es el que ha hecho pensar que un día lo bello agradará de inmediato a todos y por igual.

La diferencia entre el ideal y lo estético resulta fácil, pues, de este punto de vista. La belleza, podría decirse que es ideal realizado, y el ideal una aspiración a realizar. Así, por ejemplo, lo ideal sería que pudiéramos ascender y descender y planear en el aire con un simple motor de bolsillo, y mejor aún sin él, libremente, como las aves de ágil vuelo; que pudiesemos lograr que llueva o brille el sol a medida de nuestras necesidades y deseos; que se extirparan todos los males y flagelos que nos amenazan; que nos fuera dado vivir sanos y fuertes y dichosos, por mucho tiempo; pero no se requiere tanto, por cierto, para que vibremos estéticamente: basta un arco iris, un plenilunio, un gorjeo, un verso, una reminiscencia. Bien claro se ve, pues, que son cosas distintas el ideal y la belleza, así como que esa aspiración a avanzar es superior a la contemplación pasiva del vivaque, en que se sueña, diríase, en pleno campo, al raso. Nosotros nos emocionamos estéticamente con cualquier motivo: basta dejar que corran en un dulce mecimiento evocatorio las imágenes que hayamos recogido, en tanto que el culto del ideal nos incita al esfuerzo de conquista. Aquí cede el sueño sedante al raciocinio agudo que inquiere, que se agita para penetrar en el misterio, o para aprovechar del conocimiento. También en esta vía se brinda el halago estético como una satisfacción intelectual superior, tan superior que, a medida que se reduce lo ignoto, la emoción cede al raciocinio. Nosotros nos

emocionamos porque no conocemos; en este sentido, podría decirse que el ensueño es el culto del misterio.

El ideal, si se encara metafísicamente, es decir, pretendiendo alcanzar las proyecciones de lo absoluto, "supuesto", implicaría lo imposible. Se diría que vamos por la senda de lo que no es dado realizar; pero como ninguna vía nos ofrece lo absoluto, —por una verdadera ventura—, cada vez vamos adquiriendo mayor conciencia de que nada nos perfecciona más ni más provechosa y efectivamente que el culto del ideal por el conocimiento. Por algo es inalcanzable lo absoluto.

Este aparente contrasentido se debe a que el hombre, por una ilusión teleológica, pensó que tiene una misión "final" que cumplir, fuera de la de vivir y perpetuarse, como todos los demás organismos conocidos, procurando, dentro de sus recursos naturales, el mayor mejoramiento de su condición, y de esa ilusión que parece ser un signo de superioridad, nace el extravío de que nos ocupemos y preocupemos de indagar lo que ocurriría si alguna vez se supiera y se pudiera todo, en tanto que nos despreocupamos de lo que nos toca hacer de inmediato mientras vivimos. ¡Place tanto al hombre, especialmente, construir palacios en el aire, antes que buenas chozas terrenales! Verdad que el progreso se impone de tal modo, que la humanidad, cualesquiera que sean sus disquisiciones metafísicas, no se atiene, ni puede atenerse a ellas, en cuanto a "su acción", y es así que se la ve, invariablemente, ajustarla en sentido práctico, positivo, cada vez más positivo.

Por un lado, pues, vemos al hombre aplicando su arte a la consecución de su ideal, indefectiblemente, y, por el otro, podemos observar que, en esa vía, se

deleita de mil maneras diversas, y que, en su afán de vivir y de disfrutar de los bienes de la existencia, trata de procurarse el mayor cúmulo de goces estéticos; he ahí cómo consideramos estas tres entidades: el arte, la estetica, el ideal. Se diría que en esa brega interminable, afanosa, el hombre aplica su intelecto para triunfar, como aplica incesantemente sus pulmones y sus bronquios a mantener su integridad orgánica; en esa paciente, honrosa labor, que parece pedestre a los espíritus soñadores, como pudiera parecerles un suplicio de ergástula la propia respiración perenne a que está sometido el organismo, si se la considerara como una contrariedad; en ese eterno batallar por obtener un triunfo sobre lo imposible, según rezan las quimeras, porque no es eterno el batallar, allí mismo el hombre se solaza con el ensueño o se regocija con sus conquistas, y lucha asimismo, lucha siempre.

III

LA ACCIÓN EVOLUTIVA Y EL IDEAL

I. EL HOMBRE, POR SU ARTE, SE ENCAMINA AL IDEAL

En medio del intrincamiento de las formas de la actividad humana, puede verse que el hombre y los pueblos se dirigen invariablemente a la consecución del ideal. Resulta así, por un lado, que *la evolución dirige a la especie a su mejoramiento,* y, por el otro, que, *a medida que aquélla se mejora, el ideal evoluciona y se amplía.*

Esa ley se cumple a pesar de todo. Ella rige, por más que el hombre se rebele; pero es evidente, sin embargo, que se cumpliría mejor y más fácilmente si, conscientes de la ineluctabilidad y de la bondad insuperable de esa ley natural, la acatáramos y la secundáramos, en vez de resistirla, tan estérilmente por lo demás. Debido a esa ley es que todas las ramas artísticas, aun las menos aptas para el avance, tienden a ajustarse al ideal evolutivo, y es por ello también que siempre se realiza algún progreso, más o menos sensible, en todas las formas de acción. Todo se utiliza en esa marcha de avance, hasta los errores más caracterizados. Ellos quedan como una documentación aprovechable.

El hombre, guiado por su instinto, aplica su inteligencia en el sentido de garantirse y de mejorar su condición, y, entretanto que avanza, va conquistando posiciones para sí y acumulando, a la vez, mayores concursos y más amplios medios de acción que benefician a las generaciones que le subsiguen; mas, según lo dijimos ya, por mucho que progrese, no ha logrado la humanidad, ni podemos imaginar que logre jamás alcanzar la meta integral, es decir el colmo de sus aspiraciones, puesto que estas son progresivas tambien Si bien nuestra condición social, moral, económica, política e intelectual es incomparablemente mejor que la de nuestros antepasados, en cambio no es menor el haz actual de nuestras aspiraciones, en todo sentido Es tal el progreso operado, no obstante, que cualquier hombre de la antiguedad haría un papel deslucido en nuestros días.

Las ideaciones retrospectivas, que magnifican desmedidamente el pasado, no permiten apreciar en toda su magnitud los progresos alcanzados, ni los beneficios que de ellos derivan, y es por eso que nos engaña *la realidad de la evolución;* engaño en que también han caído los más eminentes pensadores. A pesar de lo que nos hagan entender las apariencias, puede verse que todas las manifestaciones de la actividad deliberada, como todas las modalidades mentales, se dirigen indefectiblemente a nuestro mejoramiento, con la misma espontaneidad con que la acción orgánica tiende a la conservación individual. Unas y otras convergen, pues. Es que siempre encarrilamos dentro del campo instintivo, esencial e ineludiblemente, todos nuestros anhelos, y en ese mismo riel es que encaminamos nuestras energías, en todas sus fases. De ahí que con ser tan variadas

y personales nuestras apreciaciones en todo orden de asuntos, se las pueda ver, no obstante, tan solícita y directamente aplicadas a servir al organismo, de todas maneras, en su intención por lo menos. Es bien ocioso, entonces, que se proclamen como superiores otras reglas de conducta, porque por dentro de toda acción tiene que hallarse rigiendo necesariamente, fundamentalmente, la médula instintiva, como la razón de ser de todo organismo, desde que ella es tan requerida en la individualidad, como lo son los órganos esenciales para vivir. Sería, por lo demás, un pleno contrasentido que nuestro entendimiento, esto es, que el propio intelecto se hallara en oposición con el instinto vital. Sólo por una serie de diabólicos engranajes verdaderamente trastrocados, podría "construirse" una cosa tan absurda, si eso no es más bien demoler que construir. No es menos cierto, sin embargo, que los propios filósofos han hecho a veces cuanto han podido para concebirse así, en la falsa inteligencia de que resultan de este modo superiores a sí mismos. Es verdad que esas lucubraciones no han logrado desviar al hombre del cumplimiento de la ley natural, pero han dejado regueros de prejuicios perniciosos, que pretenderían dar prevalencia a semejante aberración sobre la propia ley soberana de la naturaleza, tan favorable como es para el hombre, y para la especie, consiguientemente.

Escapan a todo cálculo imaginativo las consecuencias de estos espejismos en una acción continuada, multisecular, porque se manifiestan de maneras tan diversas y han herido la mente en tantas formas, que el cómputo de todas ellas se ofrece inabarcable a la mirada, como un remolino inmenso,

inmensamente fantástico. Baste decir que todavía se experimentan hoy muchas consecuencias de los más antiguos errores cardinales que nos hacen creer que obramos mal cuando obramos bien, y viceversa, para imaginar las extensiones del perjuicio que se ha ocasionado por tales vicios de concepto, tan fundamentales

Aún hoy día se supone que el instinto es algo inferior, y que el egoísmo es algo peor aún, que es vituperable. Para conciliar la realidad con las altas filosofías, no pudiendo dejar de verse a cada instante esos factores naturales ineludibles, íntimos, incisivos, decisivos, porque son congénitos, se hace una división entre el egoísmo instintivo psico-biológico que se acepta, no sin reservas, y el egoísmo moral que se reprueba. ¿Podría concebirse una oposición tan radical, una antinomia, dentro de la propia individualidad indivisible? Para nosotros, lejos de haber una contradicción, una oposición, un antagonismo, sólo hay una cuestión de palabras, puesto que, en el hecho, lo que se llama egoísmo moral, es una consecuencia directa del egoísmo psico-biológico, orgánico; y es precisamente este mismo injuriado instinto egoísta, el que opera la evolución hacia las formas del mejoramiento humano progresivo, de cuyos bienes y favores disfrutamos.

Nada nos enreda tanto, a veces, como nuestras propias disquisiciones metafísicas. Así, por ejemplo, creyendo enaltecer el arte, como medio máximo de acción, se le ha desfigurado, y se le ha deprimido todavía. Según el criterio dominante, una obra útil no puede reputarse "artística". Parece que dependiera principalmente de su inutilidad, el que pueda alcanzar el honor de ser llamada "obra de arte", su-

mo honor a que no pueden siquiera aspirar las que van dirigidas a la consecución de lo más necesario y eficaz. No es pequeño absurdo, sin embargo, el de reputar en menos lo más importante, y lo de más provecho.

Una obra de arte, en la acepción natural y más propia de la palabra, debería ser un esfuerzo creador, es decir, siempre un paso eficaz en lo inexplorado, que aumenta el caudal de los medios conocidos en los dominios del pensamiento y de la acción; pero es tan arbitrario el criterio filosófico a este respecto, que, al revés, conceptúa como superior lo que menos sirve. Esto es de un lirismo poco juicioso, por cierto. Un inculto, no entendido en especulaciones filosóficas, hará como las bestias, que se dejan guiar por el instinto, lleno de sabiduría; y tratará, ante todo, de inquirir la utilidad de un objeto cualquiera que se le brinda; pero apenas comienza a lucubrarse metafísicamente, se hace fácil un extravío fundamental en las ideas, y puede suceder también, como sucede, que, a merito de comprobar una falsa superioridad, se estime en más lo que vale menos.

La condición primordial de un esfuerzo cualquiera es su eficacia, como medio, y su utilidad, como fin Inagotables como son las aspiraciones humanas, la acción debe ser ordenada en el sentido de satisfacerlas lo mejor posible; y para ello, en primer término, debe dirigirse a obtener una ventaja, un provecho, el que, como se comprende, será tanto más recomendable cuanto más beneficioso y positivo sea. Un idealista, en cambio, piensa que eso es demasiado llano y claro y, por lo mismo, bajo, y opta, entonces, por otorgar una preeminencia a lo que menos sirve. Es que el ignorante, privado de los recursos evoca-

tivos, al ver antiguallas sólo se limita a constatar su vejez o su inutilidad, en tanto que el intelectual se entrega al ensueño, y se embriaga con él, en la inteligencia de que es eso lo mejor y más elevado que pueda hacerse.

Si hemos de tomar en cuenta el concepto, o sea la finalidad del esfuerzo para apreciar el esfuerzo mismo, como la mejor manera de juzgar estos asuntos, debería estimarse como su caracter superior la mayor utilidad, y no el que dicho esfuerzo pretenda eximirse de la demanda instintiva, para llenar una necesidad secundaria de boato o esparcimiento como la calidad más encomiable, para justipreciarlo, porque tal cosa es absurda. ¿Qué razones pueden hacernos suponer que sean superiores una estatua, un cuadro o una obra arquitectónica o musical, por admirables que sean, a las obras de conocimiento, por ejemplo, cuyas proyecciones sobre los destinos de la humanidad son tan proficuas, que es imposible abarcar sus beneficios directos e indirectos, por más que agucemos nuestra imaginación?

No obstante, todavía ahora, en pleno auge positivista, se sienten los prestigios que se otorgaron a las formas suntuosas cuando no podía preverse el cúmulo de bienes que habían de recogerse por la humanidad en las vías del trabajo de investigación, en el culto del conocimiento, y cuando tanto se esperó, aunque infructuosamente, en las otras vías.

Parece que sólo lo superfluo pudiera inmunizarnos del estigma prosaico y vil de lo necesario y de lo útil, para elevarnos por encima de las especies inferiores; pero no se advierte que no podemos sustraernos a lo uno y a lo otro, por más que lo intentemos. Lo único que cambia, sin embargo, es la manera de apreciarse

la necesidad o la utilidad. Así, por ejemplo, Schiller ha dicho: "El hombre no está completo sino cuando juega"; y Guyau afirma, en oposición: "El hombre no está completo sino cuando trabaja. Lo que constituye la superioridad del hombre sobre el animal, del hombre civilizado sobre el salvaje, es el trabajo". En uno y otro caso, están por igual presupuestas "la necesidad" y "la conveniencia": sólo se discrepa en su apreciación.

Es indudable, por otra parte, que ninguna de estas dos afirmaciones es exacta, por cuanto desconocen un hecho fundamental, y es que el hombre *nunca está completo,* porque es una entidad evolutiva, que tiende a completarse perpetuamente, ya sea por el trabajo, o bien por la expansión.

Por un falso concepto, el solaz se reputa superfluo, vale decir, innecesario, siendo así que es la única forma de reposo mental, en el estado de vigilia. El pájaro y el insecto que cantan o trinan, viven en el instante mismo en que emplean sus energías *en vivir,* de igual modo que viven los hombres cuando se esparcen, exentos de la enormidad de cargas y tribulaciones que acumulan sobre sí, más que otra cosa alguna los errores de sus filósofos y moralistas, como viven cuando se esfuerzan y se desesperan por producir. La ocupación y la holganza son, pues, dos elementos de valor relativo, que *sirven igualmente* al hombre, y es así tan inadecuado el trabajo cuando debemos descansar, como solazarnos cuando debemos trabajar.

Es arbitrario, entonces, establecer una preeminencia absoluta en favor del trabajo o del solaz, desde que depende de cada oportunidad el que deba otorgarse prevalencia al uno o al otro, como necesarios

o simplemente útiles. Ni Guyau, ni Schiller, al considerar el trabajo y el juego con un criterio tan exclusivo, han tomado en cuenta la plena relatividad de ambos extremos. Y no sólo el hombre está tan incompleto cuando se recrea y juega, como cuando trabaja, sino que por más que tienda a completarse por el trabajo y el reposo, si no cambian los términos en que está planteada la cuestión hoy día, es de presumir que no se completará jamás, en el sentido que se da a esta palabra.

Aquellas conclusiones tan contradictorias y excluyentes, se deben a la unilateralidad con que uno y otro han encarado la observación de los hechos.

La regla fundamental a que debe ceñirse todo esfuerzo, es *la de aplicar la actividad en el sentido más adecuado a las necesidades de cada etapa, de cada momento.*

Por más vueltas que le demos a esta cuestión, siempre resultará, en definitiva, que el hombre, como los demás organismos conocidos, trata de obtener el mayor número de elementos favorables para sustentarse de la mejor manera que le sea posible. En lo único que los aventaja es en su inteligencia, si bien ésta, a fuerza de ser imaginativa, ha llegado muchas veces a extraviarlo. Por eso es que puede vérsele a menudo conspirando contra sí mismo, en pos de un miraje cualquiera: el poder, la riqueza, la inmortalidad, etc., pero deducir de ahí que es más importante la inmortalidad, la riqueza, o el poder, que la vida misma, es un colmo de aberraciones. Como quiera que se mire, la vida es la condición fundamental, y es la finalidad a que, en resumidas cuentas, se aplican las energías a través de los propios desconocimientos. Mientras dura la individua-

lidad, la contemplamos de todas maneras, bien que trabajemos, bien que nos solacemos, bien que oremos, por más que al perder la conciencia de esta realidad, perdamos con ello los beneficios más positivos de la misma

Desde que se plasma la individualidad, ya comienza ese "culto a la existencia" que se desarrolla en un proceso de constructividad hasta que llega al apogeo, y luego se la descuenta día a día, instante por instante, hasta que se agota No sólo vivimos, pues, sino que es la vida el asunto que preocupa en todo momento, ya sea consciente, ya sea inconscientemente. El instinto vigila siempre, y esta realidad plena, la olvidamos a veces, cuando no la desconocemos, embriagados por una aspiración insaciable de mejoramiento. Es así que el avaro, y el acumulador de millones, viven ofuscados por el espejismo del éxito, de un éxito siempre relativo, y a menudo truecan el fin, que es la existencia, en medio, y el medio, que es el trabajo, en finalidad. Estos hombres que se suponen tan prácticos, heridos por la manía del oro, se afanan a toda hora, luchan incesantemente, como penados, y desdeñan en lo íntimo al que, más normalizado, mira alguna vez el color de los celajes, puesto que ellos entienden que nada hay que esperar de tal contemplación. Ésos no viven; se diría que soportan la existencia, una existencia que sería imposible para los que acostumbran gustar de las formas de esparcimiento en otros horizontes de esteticismos más abiertos y normales. Huelga decir que no es la vida el mirar celajes, pero es tan inconsulto, a nuestro juicio, el ascetismo que repudia toda expansión por innecesaria, como el lirismo de los prácticos que acumulan más de lo que necesitan, ya

sea fuerza u oro, o el de los filósofos que reputan superiores las manifestaciones menos útiles, como el solaz y el boato, por ejemplo. Todos éstos son extremos igualmente viciosos.

No es menos cierto que, ya sea que se cultive lo que se reputa práctico, o el propio lirismo de los soñadores, puede verse siempre, por un lado, que el ídolo íntimo es la vida, es decir, la propia individualidad, en todas sus direcciones y con todos sus matices, y de ese semillero de esfuerzos tan distintos como disciplinados por el instinto matriz, surge el ideal progresivo, de igual modo que en la huerta, por el esfuerzo constante de la savia vital que por distintas vías aspira a preponderar, surgen las flores y los frutos.

Cada cual aprecia a su manera la calidad y la bondad de la cosecha; empero, la realidad, en sus amplias líneas evolutivas, hace su selección a favor de las mejores, y éstas, vale decir, las más apropiadas a los fines de la vida natural, son las que perduran. Si miramos desde allí, veremos que no hay ni flores ni frutos como los del conocimiento, con tanta influencia cuanta tienen y han de tener en los destinos humanos, precisamente porque los favorecen.

En ese laberinto, más aparente que real, es, pues, donde se selecciona el recurso de acción y el recurso de reposo, incesantemente, con arreglo a una guía infalible, la del instinto, que procura adaptar el organismo a su ambiente natural; y en último término el cultor del solaz cede su puesto de preeminencia al del trabajo, —si bien ambos son respetables—, por cuanto este último acude a satisfacer una necesidad primordial: la vida, y concurre a habilitar al hombre para los propios goces del esparcimiento, así como

para ajustarlos a sus aspiraciones crecientes, inextinguibles, inagotables, inalcanzables, irrealizables. Es así que el hombre va incesantemente, por su arte, en procura de la realización de un ideal que crece a medida que se alcanza.

El mérito de un esfuerzo artístico consiste, pues, en su eficacia para servir al hombre, a la especie humana, mejor dicho, en su doble finalidad de vivir y mejorar; y si tuviéramos que señalar la obra de arte más meritoria, tendríamos que elevarnos necesariamente al plano donde se han obtenido las conquistas que de un modo más positivo han mejorado la condición del hombre, hasta permitirle la expansión estética, el propio solaz del ensueño embriagante que pretende rivalizar y preceder. El genio puede surgir en todos los órdenes de la actividad y en distintos grados, pero a la vez que debamos aquilatar el valor de un esfuerzo, es preciso juzgar, en primer término, *su utilidad*, y en segundo lugar, su entidad; y si debiéramos escalonarlos en una clasificación, debería atenderse a la eficiencia con que han servido a la humanidad, comenzando siempre por lo más necesario.

Se llama genio, lo mismo al autor de un cuadro, de una escultura, de una sonata, de un templo, etc., que al que descubre una ley, una relación constante, un orden de fenómenos, un procedimiento nuevo, o un recurso, u otra cosa cualquiera que pueda esclarecernos o servirnos, y como en toda rama puede surgir el genio, nos encontramos con que es siempre difícil establecer su orden de precedencia; pero, de cualquier modo que se debieran apreciar, es claro que los más indicados a la preeminencia *son los que*

más han concurrido al conocimiento, y no los que han contribuído al solaz únicamente. Los verdaderos benefactores del hombre son los que han aportado algo en el sentido de orientarnos, facilitando nuestra evolución hacia el ideal; los más grandes genios, a nuestro modo de ver, son los forjadores de ideas, *en un plano positivo,* que es donde se va cimentando el progreso humano, ese progreso que tiende a hacer participar de los bienes conquistados a todos los miembros de la especie, de modo que para todos la vida sea un bien estimable, y no para unos pocos no más, como ocurre con las culturas suntuosas.

Como quiera que sea, es instructivo observar que, en tanto que peroran los pensadores y moralistas, tratando de ajustar la realidad a sus puntos de vista, la humanidad, en cambio, trata de adaptarse a la naturaleza, y vive. Parece que fueran los analfabetos los que no pierden de vista la verdadera ruta. Es que éstos aplican el instinto, directamente, para codearse con la realidad, en vez de remontarse a las regiones idealistas de la quimera, para desconocerla. ¿Qué es lo que no se ha arbitrado para desviar al hombre de su senda?

Las cosas, por fortuna, están de tal modo dispuestas, que la ley natural se cumple a pesar de todo; empero, no es menos cierto que habríamos alcanzado mucho más si el esfuerzo se hubiera aplicado a respetarla y enaltecerla, no ya a conocerla. ¡Qué no habría hecho la inteligencia humana, si no hubiera salido del plano de las actividades positivas!...

II. ARBITRARIEDAD DEL ESFUERZO EMOCIONAL

Dentro de la órbita sentimental, donde forman, como ejemplares extremos, desde el místico contemplativo, que se identifica con sus visiones en el éxtasis, hasta el autoritario, guerreador, que haría marcar el paso a los hombres y a los pueblos al ritmo de un tambor militar; dentro de estas dos modalidades extremas, donde figuran todos los matices intermedios, el esfuerzo se caracteriza por su arbitrariedad. Como en los dominios de la idealización, que es la generatriz de la floración sentimental, nos dejamos llevar sin contralor por las veleidades de la mentalidad que modeló la tradición, las magnificaciones regresivas imperan, desde que nuestra individualidad precisamente está forjada en el pasado es su obra.

Por eso es que los cultores de la tradición resisten íntimamente todo conato innovador, el que, de un modo necesario, "rectifica" las formas de acción consagradas, y por eso es tambien que, al analizar los convencionalismos más admitidos, siempre se halla la trama de los más remotos prejuicios. ¿Qué es lo consuetudinario sino lo que fue adoptado como mejor medio de acción por nuestros antepasados? Bien, pues: el espíritu científico, racionalizador, que cunde hasta en las sociedades más tradicionalistas, se empeña en rectificar ese cúmulo de añejas prácticas, para ajustar mejor al hombre a la sociedad, y a aquél y a ésta a sus fines naturales.

En ese choque de ideas y aspiraciones determinado por el común propósito de asociarse mejor, el que se exhibe en todas partes, aun en los pueblos de mayor cultura, — lo que denota que no se ha

adoptado una formula racional constitutiva—, es tal el antagonismo de los bandos, que hasta llegan a poner en duda, recíprocamente, la buena fe del contrario.

Es lento, de veras, el proceso evolucional en las ideas; es lento hasta desesperar. Todavía deslumbran y seducen hasta a los intelectuales más selectos, los espejismos del pasado. La mayoría está aún ofuscada por el titilar de la leyenda, que la literatura se ha esmerado en mantener, encandilada, a su vez, por el ditirambo precedente. Si uno pudiera desprenderse de esa traba sugestiva que hasta por causas estructurales nos cohibe; si uno pudiera empinarse hacia lo más alto de la cerebración libre, racional, para otear desde allí, se vería quizá un conjunto de errores y contrasentidos, algunos despampanantes, que imperan, como los ritos, por la ley de la costumbre. Se vería, entre otras cosas, por ejemplo, que los propios pueblos más civilizados conservan todavía un apego enteramente ilógico a la panacea antigua de la violencia, que hacía quemar y matar de cien maneras diversas, para mejor convivir. Y no es esto sólo lo que habría de sorprendernos.

En los centros sociales superiores, el "apache", verbigracia, vive soñando todavía con la gloria, con la propia gloria. Él también encuentra el modo de procurarse un sitial en el Olimpo consagrado a guardar la memoria de los mártires de la fe, o la de los grandes guerreros, es decir, el único Olimpo que haya podido edificarse: la nombradía, donde se suele adjudicar, a veces, un rinconcito también al genio científico más benefactor. Auxiliado el apache por múltiples estímulos, ambiciona, a su vez, el recuerdo admirativo de la posteridad, y lo peor es

que lo conquista fácilmente. ¿Cuál de esos trabajadores infatigables que envejecen en pos de una fórmula científica, ha ocupado tan vivamente la atención mundial como el asesino Bonnot, por ejemplo? Bien se ve, pues, que todavía en esta materia, como en los lejanos tiempos de Eróstrato, basta hacer una gran barbaridad para ser inmortal. La condición es que la hazaña sea monstruosa; lo demás no importa.

¿Y puede sorprendernos esta realidad humana? No, puesto que las hay aún más abultadas en este terreno. Las naciones modernas viven corroídas por la necesidad de escuadras y de ejércitos que absorben recursos cuantiosos, los que, pudiendo arrasar todo lo que se ha construído pacientemente en el planeta y todo lo que vive en él, están, asimismo, sometidos a una pasividad de parásitos, que semejaría la parálisis, si no fuera por las guerras coloniales y las grandes maniobras: únicas válvulas de escape para esa inaudita acumulación de gases destructores.

Dentro del campo emotivo cabe todo: lo inverosímil, lo inconducente, y aun lo contraproducente. Ahí, librados al azar de las viejas idealizaciones, y con recursos modernos, todo puede alcanzar igualmente nuestra admiración, y todo puede ser por igual magnífico: la fuerza, la opresión, el crimen, el absurdo. En ese reino arbitrario, se busca como mejor lo más abracadabrante. Si hubiera de hacerse un recuento de las incongruencias reinantes, se intentaría una empresa fácil, si bien larga. Nos cuesta ver, sin embargo, toda la enormidad de los contrasentidos reinantes, porque todo aquello que está consagrado por la costumbre nos parece superior e indispensable, precisamente por razones estructurales, hereditarias, que, de no ser así, saltarían a nuestros ojos, como mon-

tañas, las aberraciones que con arreglo a la lógica natural detienen la evolución humana; y la violencia, en la cual cifran todas sus esperanzas los autoritarios, se ofrecería como el pico más enhiesto, allá en lo alto.

Es en los moldes de la ideología ancestral donde es preciso buscar la causa que más obstaculiza el florecimiento de la racionalidad, si se la quiere reducir Es en la persistencia de las viejas formas de idear, donde tiene que penetrar el bisturí de disección, si se quiere encontrar la raíz de ese mal tenaz que trasciende en los siglos y que deja que las ideas trogloditas lleguen a nuestros días y anden con grandes gafas en automóvil y en aeroplano, en el propio siglo XX. Es en la incondicional e inconsulta admiración de lo pretérito, donde conviene escudriñar, para ver por qué todavía se estima en tanto la violencia, a pesar de sus repetidos fracasos. Para que bajaran cinco centímetros las orejas del hombre, han tenido que correr millares y millares de siglos; pero bajaron. Para desalojar ciertas ideas, es preciso aún más. La fe en la violencia es una de ellas.

Todavía se cree sinceramente, por muchos, por los más, que sin ese elemento no hay orden posible ni seguridad, y esta aberración la sostienen los autoritarios en todos los estilos imaginables, con toda convicción. Así, por ejemplo, volviendo al ya ilustre Bonnot, cuya suerte hizo vibrar todos los cables de la tierra, se piensa que sin el escarmiento ruidoso (¡terrible para los inofensivos burgueses!), la vida de los felices vecinos de París corría peligro. Hay que reconocer, sin embargo, que, si en vez de tratar a esos descaminados como a héroes en desgracia, se les sometiera, por ejemplo, a duchas frías, en un

sitio poco frecuentado, bien pronto habría de reducirse su entusiasmo para delinquir estrepitosamente. Por de pronto, no contarían con el estímulo de las gacetillas minuciosas, para ellos glorificantes, puesto que saben que se las devoran tanto las criadas como las mundanas más encopetadas, llenas de emoción, lo cual les complace íntimamente, y es así que estas siniestras "notabilidades" despiertan la propia admiración, cuando no la envidia, de los cerebradores obscuros de todos los continentes

Expuestas las imaginaciones al contacto letal de las opiniones y comentarios que nunca se vierten tan abundosos y absurdos como con estos motivos, y al informarse acerca de usos sociales que tan mal se avienen con las conclusiones que formula el progreso científico, quedan sin saber a qué atenerse. Hasta los propios jóvenes que se están instruyendo, no saben ya qué pensar.

Si estos cultores del crimen "glorioso" no tienen más culpa, a veces, que la de no poseer una brújula directriz en medio del desconcierto de las ideas, ni una sola razón inhibitoria, porque nadie se ocupó de procurárselas, la sociedad, en cambio, que, por hallarse regida por los más preparados, debería demostrar cierta superioridad, aunque sea en ejercicio de su propia defensa, acude todavía al innocuo específico de nuestros pobres buenos abuelos: al verdugo. Con este lóbrego personaje, que data de la prehistoria, y el patíbulo, que semeja esos espantajos con los cuales se familiarizan las aves, a fuerza de verlos, y se posan encima para cantar, o para rascarse, si son rapaces, se querría intimidar a los que no tienen más vínculo que los ligue a la vida como no sea una serie de obscuras miserias, sin eco, y algún pun-

tapié instructivo, cuando no puros despechos, y es claro que al fin los apaches concluyan por burlarse del instrumento y del verdugo, y hasta que lo vayan a buscar para que les corte la cabeza, no sin hacerla pagar bien cara, a veces. Si se arrepienten, es tarde ya para que de ello saque provecho alguno la sociedad

Nos parece esfuerzo perdido el querer comprimir por el terror a los desalmados, a los coléricos, a los desesperados, a los sobreexcitados, antes de haberlos aquietado, por lo menos; no obstante, se les quiere conminar al respeto de la sociedad oponiendo a su inhumanidad o a su iracundia una represalia sangrienta, y aun estrepitosa. Veremos, ahora, qué resultados se obtienen por el nuevo agente nihilista, la dinamita. Es preciso reconocer que en el orden de usos emocionales perduran, a veces, como insustituibles, las mismas ideas que forjaron nuestros antepasados en instantes en que estaban preocupados con otros asuntos más premiosos que el de forjar ideas.

Es claro que planteada la cuestión social en el terreno de la opresión, más bien que en el de la cooperación, dentro de la equidad, resulta indispensable el uso de la fuerza y el aparato de la misma. El opresor, por hábil que sea, no puede persuadir al oprimido sino por la fuerza o la amenaza; ¿pero es necesaria positivamente la imposición? Nosotros creemos que no, por lo menos como regla fundamental de convivencia, y sería en verdad singular que el ser más inteligente del planeta tuviera que usar de los medios más brutales para vivir en sociedad y disfrutar de la vida. La violencia es un residuo de barbarie que, a causa de la costumbre, nos parece

una necesidad. El famoso explorador inglés Livingstone vivió entre caníbales africanos, inerme y pobre, y se hizo respetar, no obstante, y aun amar, precisamente porque no usó de la fuerza ni de la amenaza; en cambio, otro explorador, también inglés, Stanley, que confió demasiado en la fuerza persuasiva de los explosivos, tuvo que librar batallas y batallas para cruzar por entre las tribus africanas.

Planteada la paz social y política, interna o externa, fuera de toda equidad, se entra en lo arbitrario, donde el orden es una apariencia, una ficcion, puesto que es la simulación del orden por medio de la fuerza. No tan sólo se trata de un antagonismo radical de opiniones, —que esto sería poco—, sino de un antagonismo radical, casi vital, de intereses. Y es de asombrar que en la época del microscopio, del telescopio, de los sueros, del vuelo, de las maravillas mecánicas, de la radiografía y de los procedimientos tan ingeniosos que permiten vislumbrar, divisar la inmensidad de los mundos, no hayan podido verse aquí, en nuestra pequeña isla, — diríamos covacha, si no fuera nuestra —, cosas tan claras y sencillas. Es así que al par que se predicen los eclipses y los fenómenos sísmicos, no se advierten nuestros lunares más grandes, casi tan grandes, a veces, como el mismo planeta; y al lado de cosas esplendentes, se ven otras de una opacidad de tinieblas, rémoras estúpidas y hasta crueldades salvajes de pigmeo africano en medio de actos soberbios, no ya de las declamaciones sentimentales, esas mismas que hacen caer los calcetines de los tontos, al escucharlas.

No se hace un recuento juicioso de lo que sirve y lo que no sirve al hombre y a la especie. En vez de atenernos a los anhelos racionales, nos dejamos

seducir aún por las promesas del sentimiento, sin advertir que ellas no pueden salir de la proclama, que es su línea de flotación, y así van subsistiendo, a través de los siglos, los antiguos conflictos y sus consecuencias, perdurablemente. No se tiene bastante confianza en el razonamiento.

Cuando se entra al dominio emocional, se entra al reino de lo arbitrario. "Quelques notes de musique — dice Moreau de Tours al tratar de las ilusiones sensoriales del hachich — plongent dans d'infinies délices"; y esto mismo es lo que más caracteriza el campo emocional. Así como bastan unas notas musicales para deleitar, basta, a veces, también, una palabra, una mueca, una mirada, para provocar estados mentales en las mismas antípodas de la delicia. De todo hay en esa viña. Rige una desproporción pasmosa en la lógica emotiva, y eso mismo, quizá, es lo que le depara prestigios tales, que los más piensan aún que la vida quedaría privada de todo encanto si se desvaneciera el ensueño a base de viejas quimeras nimias, y así se relega el deleite de beberlo en los campos del conocimiento, donde también hay fuentes riquísimas, esas, sí, ubérrimas, para el propio encanto, vírgenes, puede decirse, en tanto que se liba ansiosamente en los fláccidos senos, de la fábula Es tal la obsesión del ensueño fabuloso, es tal el afán de dar caza al monstruo alado en los dominios de la ilusión retrospectiva, absurda, del relato tradicional deformado de mil maneras, que no se advierte que allí, por lo común, no se recoge otra cosa que el leve mariposeo efímero de la propia lucubración, confinada, en definitiva, dentro de una caja de hueso que sólo mide algunas pulgadas, es tal ese encandilamiento, decimos, que ni se detienen

los vates a considerar la poesía inmaculada aún de una cueva de trogloditas, no ya de la iniciación de las formas de la vida o de la fauna y la flora, tal como las revelan los investigadores pacientes, o el fósil multimilenario, donde también aletea el misterio fecundador del ensueño con revuelos capaces de sorprender la imaginación más fantástica.

Si no fuera porque el secreto de esta fascinación de la quimera está en nuestra propia estructura, moldeada precisamente en los cuños del pasado, no podría explicarse auge tan extraordinario en los mismos instantes en que la racionalidad realiza verdaderos prodigios, si puede usarse de este vocablo sin penetrar en el caos de lo sobrenatural.

Esa propia desproporcion de causa a efecto que caracteriza el reino embriagante de la emoción, la misma que delata su inferioridad, es la que constituye su gran título, entre los legionarios del ensueño. No nos ocupemos de los que tienen gustos bajos y vulgares. Hemos visto a dos espíritus de los más selectos, Guyau y Sergi, extraviarse en esos dominios de la quimera: ¿quién podría sostener que en ese terreno están a su verdadero nivel intelectual? Ahí, lejos de manifestarse la excelsitud del intelecto, se pone de relieve la predisposición ingénita a comulgar con la falacia, con lo estrambótico, con lo inverosímil, con lo propio contradictorio. En este dominio de la ilusión, lo mismo encanta la novela fantástica que la ficción teatral, que la poesía lírica, el cuadro, la estatua, el dije, el bibelot, el autógrafo, la tela o el libro o el arma antiguos, un sonido, el tono violáceo de un reflector sobre una bailarina, que semeja una diosa, tal como nos la describe la imaginación de nuestros más remotos antepasados.



Cada cual aplica a su manera los labios, sedientos de ensueño, a la boquilla del narguile embriagador. Los mismos que han juntado caudales a fuerza de privaciones, y que acaso por no ceder un dólar, a veces han sido crueles, también quieren soñar, y para ello pagan fuertes sumas sin reparo, expuestos a no lograr ese deleite codiciado, y aun a ser engañados, como los salvajes, con abalorios.

Si bien la investigación ha realizado tantas conquistas que transforman el cuadro de las orientaciones de la inteligencia, los soñadores siguen soñando con lo mismo de antes. Así, por ej., se estiman los viejos lienzos plomizos, ahumados, opacos, en tanto que el impresionismo tiende a fijar los aspectos perpetuamente fugaces del espectáculo cromocinematográfico de la naturaleza, y la arquitectura apenas si advierte que se van encendiendo nuevas "lámparas", según el vocablo de Ruskin. Los cultores del pasado quisieran volver atrás, como lo mejor, para comunicarse con la fábula deslumbrante.

Cuando el "arte nuevo" comenzó a sacudir sus alas, como un ave que se apercibe para un largo vuelo, se le recibió como se recibe la orden de despertar por la mañana. ¡Qué digo! Pareció la más grande insensatez. Ni se sospechó que por debajo de aquellas culebras retorcidas, torturadas, soplaba una brisa fresca, vivificante, quizá la misma que hacía retorcer esas propias culebras, y capaz de aligerar los cerebros calenturientos de los más perezosos dormilones. Esa brisa, originaria de las regiones del conocimiento, sin duda alguna, comenzo a interpelar a los que cerraban los ojos para seguir platicando con las musas fabulosas, y hoy es ya sorprendente el efecto producido. A los más reaccionarios se les puede

ver ahora contemplando con recogimiento lo mismo que antes reputaban sencillamente escandaloso y grotesco. Es la historia de siempre.

Los acuarelistas ingleses, como los maestros de Barbizon y otros cien más que tuvieron que ceder sus telas por un plato de lentejas, como innovadores, si resucitaran, al saber cómo se cotizan sus lienzos, pensarían que el mundo se ha vuelto loco. Y algunos de ellos hasta pudieron ver este pasmoso cambio.

En ese extraño reino de la antinomia emotiva, donde todavía las dríades siguen unidas a su árbol, en tanto que galopan briosos centauros por abruptas laderas, con igual lógica con que los europeos bailan de frac y guante blanco el "cake-walk", la machicha, o la danza del "apache", y en que el daltoniano dice "verde", lleno de convicción, cuando los demás dicen "rojo", y los poetas cantan al verde "cotorra" de nuestras cuchillas, es decir, al mismo que denigran las mundanas, en que el mahometano se siente renacer cuando el almuédano lo convoca desde la mezquita, mientras los budistas se ríen de él, allí se verá también agradecer a Dios el propio bien que se menosprecia. En ese reino, son nuestros antepasados los que gobiernan, al revivir en nosotros mismos. Al evocarlos, ellos, que dormitan en el fondo de nuestro ser, se levantan y desfilan fosforescentes ante nuestros ojos maravillados, haciéndonos ver las cosas más extraordinarias. Quizá, por un esfuerzo evocatorio, pueda reabrirse todavía una visión archipretérita del pitecantropo locuaz, del propio prosimio tal vez, del lemuriano. Allí, en esos dominios, todo es igualmente lógico y posible.

Esa crueldad felina, salvaje, que nos hace desear un arma cuando pasa un ave a nuestro lado, esa frui-

ción íntima que experimentamos al romper con estrépito un objeto inservible o, a veces, al matar un insecto inofensivo, o al destrozar una planta, por puro placer, ese respeto religioso a lo ignoto, al misterio; esa semi religión que rendimos a las brujas en la niñez, la que nos hace divagar todavía al ver los vientres amarillentos de los ofidios que exhiben en sus lóbregos escaparates los holgines y adivinas; esa supersticiosa credulidad que nos hace prestar oído atento a lo inverosímil, a los milagros, a las proezas imposibles, a los gestos más portentosos de los personajes más fantásticos: todo ese detrito indefinido e indefinible que forma en los lechos más hondos de nuestra individualidad, como se asientan unas sobre otras las capas geológicas, es el terreno en que más profundamente arraiga la emoción, y es en esa planta misma donde florece también, por una cultura especial, el más exquisito deleite estético del ensueño.

III. SUPERIORIDAD DE LA IDEACIÓN

Nos hallamos, puede decirse, en el punto en que el idealismo sentimental cede ante las demostraciones de la razón. Después de la accidentada etapa recorrida en la vía especulativa, vuelve el hombre, decepcionado, al culto de la Realidad, para encontrar ahí mejor acomodo

Es instructivo constatar que nada, ni los propios espejismos miríficos, han podido conmover al hombre de su centro de gravedad: el instinto, que lo incita a vivir y a mejorar su condición dentro de su ambiente natural. Por más que bajo el dictado de las

conclusiones especulativas la vida fue, a veces, un valor desdeñable, no por eso ha dejado de estimarse, y en el cúmulo de aspiraciones diversas, siempre pudo, y puede verse, que cada cual busca su lote terreno, si bien por distintas vías: el deleite mundano; el culto del músculo, por el placer orgánico; el culto de la inteligencia, por el placer de cerebrar; el poder, por el afán suntuoso, por la pasión de dominar, de imponer; el oro, por la facilidades que apareja, etc., etc.; pero son pocos aún los que estiman la vida misma, aunque fuera de ella todo sea negación.

Reaccionando contra el desencanto que ha producido el fracaso de los viejos idealismos, tan acreditados como ineficaces; en el desconcierto general de opiniones que caracteriza el momento actual de transición, más que nada, quizá, revolucionario, por un lado se entonan salmos a la caridad, a la paz, a la confraternidad, al añejo ascetismo, y, por el otro, himnos lujuriosos al individualismo epicúreo, a la fuerza, al músculo, al oro. Parece, en ciertos momentos, que se hubiera perdido todo derrotero, y que no se supiera qué hacer.

Todos estos extremos los consideramos igualmente inaceptables. No hablemos de las peroraciones sentimentales, que tan abiertamente riñen con la realidad. Al propio tiempo que se declaman, se observa que la acción está por completo en desacuerdo con ellas. A la vez que se proclama la confraternidad, la caridad, la paz, el respeto a la vida, los grandes astilleros y talleres nacionales se esmeran en construir máquinas de guerra; al par que se hace la apología de la castidad, se reglamenta la prostitución; al mismo tiempo que se pregona la sagrada

inviolabilidad de lo ajeno, todo el esfuerzo conspira con mil artificios contra la propiedad; por un lado, se condena severamente el juego por el idealismo de los moralistas, como por la ley, y por el otro, el juego se manifiesta de todas maneras, tanto subrepticias como francas, y aun oficiales

Las leyes y los preceptos morales prescinden, a veces, por completo, de las exigencias orgánicas, y parece que pretendieran imponerse como moldes de confección. En vez de tender a *ordenar* la actividad natural,. querrían desviarla de sus cauces normales, aunque sea en abierta oposición con la propia naturaleza, cuyas leyes, sí, son sagradas e inviolables. Es de tal suerte que, en medio de las convenciones arbitrarias de los hombres, que mantienen a las sociedades en estado de latente rebelión, forzosa, inevitable como un rebote, siempre se observará que las reacciones se producen como un sometimiento indefectible a la realidad, y así vemos fracasar, en definitiva, todo intento de deformación de la naturaleza, con arreglo a una inexorabilidad inquebrantable. Desde que todo es naturaleza, inclusos nosotros, ¿cómo podríamos consumar el absurdo de contrahacerla?

Por más que las peroratas sentimentales hayan parecido tan superiores, cada día se ve más claro el triunfo de la ideación encaminando al hombre, por el convencimiento también, como lo está orgánicamente, en el carril de la realidad. Los viejos idealismos, todos se disipan como nieblas. El ideal natural, más positivo y, por lo tanto, inmejorable, va desalojando todas las fantasías, una tras otra. Dentro de las sociedades humanas, sea cual fuere su grado de cultura, puede observarse que todas las reformas se seleccionan dentro de la ley inmutable, tendiendo

a ajustarse a sus mandatos, y lo que pareció una aspiración descabellada en esa vía, va perfilándose más y más netamente como una promesa, si no como una realidad, por entre la red de convencionalismos antojadizos que trazó la ignorancia de nuestros antepasados, de igual modo que, en esa misma vía, se rectificarán, uno a uno, los de nuestros días, por las generaciones que subsigan. A pesar de la rutilante aureola literaria con que se muestran esas visiones fuliginosas que nos trasmite la tradición, temblorosa aún, tan llena de fervor como de espanto hacia las terribles leyendas seculares, todos los espíritus se sienten cada vez más independizados al experimentar los beneficios del razonamiento libre, y se disponen a disfrutar de las ventajas del conocimiento racional. Por eso es que las disquisiciones idealistas, a pesar de hallarse tan acreditadas han tenido que ceder siempre ante el raciocinio, y cada día más.

Al observar lo que ocurre en el proceso evolutivo, se advierte, pues, por un lado, que las formas racionales prevalecen, y, por el otro, que las propias lucubraciones emocionales se van integrando con raciocinios que las rectifican, indefectiblemente, y, al hacerlo, van adaptando al hombre y a las sociedades cada vez más estrechamente a la realidad en la faz ideológica, como acontece en todo lo que es material. Este hecho constante demuestra, de un modo irrebatible, la superioridad de la ideación, la que triunfa y perdura así, en todos los dominios, ya sea en los de la acción como en los del pensamiento.

Todas las formas selectivas, en toda la escala orgánica, se rigen por un plan racional. Este factor, pues, se nos ofrece, por un lado, como una ley co-

mún infranqueable, y, por el otro, como la ley más provechosa. ¿Qué más es preciso para acatarla y también para decidirnos a secundar su acción bienhechora?

Es a la vida que debe entonarse el gran himno, y a la razón, que nos asocia a la naturaleza y nos permite disfrutar de tanto bien.

Si las idealizaciones pueden también concurrir, por su parte, a la obra de selección y de mejoramiento, ha de ser a condicion de que ensalcen lo que nos eleva, y no lo que nos detiene y nos paraliza. El culto a lo viejo, sólo por viejo; al oro, como fuerza; al músculo, fuera de la idea, fuera del ideal que nos independiza y nos libera, es peor que erróneo, inconducente, y aún contraproducente, como lo sería el aplicar energías para reducir un torrente que arrasa, y que, al arrasar, no tan sólo acarrea la pérdida del esfuerzo, sino tambien el desaliento. Las idealizaciones del lujo por el lujo, es decir, por la ostentación de nuestra vanidad, que nunca es tan vacua como al exhibirla; las idealizaciones del poderío, como inclinación a oprimir; del trabajo, como medio de dar un día amplio ensanche a nuestras pequeñas pasiones todo este clamoreo altisonante, jactancioso y vocinglero, lejos de favorecernos, es perturbador y pernicioso, por cuanto nos desvía de la senda natural que nos conduce hacia metas más racionales y más elevadas, por lo mismo.

El oro, por ejemplo, tan aclamado y codiciado, está muy distante de ser un maravilloso agente de progreso y de prosperidad. ¿Qué es el oro, en resumen? Un recurso, como el acero, como el músculo, como la pólvora, que tanto pueden servir para una

obra generosa como para una infamia. Así como el músculo se aplica a extraer útilmente de la tierra sus tesoros, con igual docilidad clava un puñal por la espalda. Fuera de la idea a que se aplica, y la propia idea fuera de la racionalidad, son valores arbitrarios.

Son las ideas, pues, *las ideas encaminadas en el conocimiento,* las grandes palancas, los grandes propulsores del progreso. Basta un descubrimiento, una comprobación científica, para que el oro, el músculo, el acero, la idea, todo se ponga a su merced, como un esclavo. El raciocinio es el agente, lo demás le rinde vasallaje como brazo ejecutor, en el mejor de los casos. Merced al raciocinio es que la fuerza, la propia fuerza, se ha sometido Los estados modernos, cargados de máquinas de matanza, quedan inmovilizados como Hércules sudorosos, bajo el peso de sus propias armas. y corazas, tan agobiados por el esfuerzo que hacen para conservar su enlucido, cuanto por el que hacen para no herir. El armamento es hoy más bien una razón diplomática que un recurso de acción, fuera de los simulacros y de las empresas fáciles de dominio, realizadas por una "entente", como si fuera un episodio en maniobras. Esos enormes leones de hirsuta melena se muestran los colmillos y las garras, y rugen, mas difícilmente se lanzan ya a un cuerpo a cuerpo mortal. Eso es obra del raciocinio. Éste va, paso a paso, indefectiblemente, realizando su obra de equidad, que es sabiduría.

Los emotivos dudan siempre de los efectos del razonamiento, y entienden que por momentos puede reproducirse lo mismo que ocurría en la antiguedad. Esperan en todo instante la reaparición de los viejos tiempos. Autóctonos del pasado, enamorados impe-

nitentes de lo que fue, creen íntimamente que las disquisiciones racionales se estrellan todas ante la soberbia de la pasion humana, inextinguible y, por lo tanto, "valor respetable"; pero no advierten que al magnificar así la soberbia pasional, se refieren a las propias pasiones, de tal modo que cambian de conversación apenas se les habla de la respetabilidad de las pasiones de los demás. Ellos razonan de un modo realmente singular. Les parece forzoso que Paris, como hombre, y, por lo tanto, esclavo de sus pasiones, tuviera que poseer a Helena, a trueque de la guerra misma, sin sospechar que sus temibles legiones pudieron fácilmente disuadirlo de la empresa. Para consumar tales milagros, basta que se informe la conciencia; y poco a poco ella se informa.

El oro mismo se ha domesticado. Ahora no está por completo contraído al orgullo y a las veleidades del amo. Al contrario, ya se invierte por toneladas en dar instrucción y en obras de utilidad *pública,* lo que equivale a decir que está sometido a los ideales de la razón. El mayor lujo de los multimillonarios es su munificencia: el dotar de escuelas, bibliotecas, asilos y hospitales al pueblo, para no perder su consideración. ¡Qué cambios se han operado! El lujo mismo, con ser tan señorial, comienza a evolucionar hacia el confort, dado que el lujo puramente ostensivo comienza a ser hasta de mal gusto. Lo viejo, en vez de ser un asunto de culto incondicional que se tributa a fuerza de genuflexiones, tiende a ser una documentación instructiva, diríase como los fósiles, si no fuera esto una irreverencia.

Tienen razón los aristócratas cuando dicen que ya no se puede vivir. Según los antiguos relatos, los

príncipes y los millonarios semejan semidioses consagrados a la dulce tarea de paladear las primicias que el poder y el oro proporcionan, y hoy, ya, en tanto que los modernos magnates y los Cresos viven abrumados por la propia fuerza de su poder o por el peso de su oro, como los guerreros de antaño gemían bajo sus ricas armaduras cinceladas, los pobres labriegos cantan, libres de carga, en sus chozas.

¿Podrá encontrarse algo más racional y lógico que todo esto? Los grandes acumuladores, los que quieren juntar más aprovisionamientos y más fuerza de la que han menester, resultan víctimas de ese exceso de prevision, como suele acontecer a los que comen más de lo necesario. Hasta los propios eruditos sienten, a veces, los inconvenientes de un exceso. Los mismos espíritus más fríos y calculistas, a menudo, por un error cualquiera, quedan encandilados ante los engañosos fulgores de una idealización unilateral, excluyente y defectuosa, pierden el hilo conductor de la ideación y se nos ofrecen ya como líricos ilusos, en tanto que ellos se suponen espíritus prácticos de la mejor calidad.

En ningún sentido es aconsejable la unilateralidad, en el campo ideológico, si puede serlo la especialización; y en ningún sentido es conveniente la inconsulta superposesión de bienes, que trueca el bien en molesta carga, por más que se la suponga tan digna de envidiarse. Es dentro del equilibrio de las facultades y en el libre estadio de la acción donde se esgrime el esfuerzo natural, el más proficuo y saludable, sobre todo cuando las facultades ejecutivas de avance cuentan con el concurso de un sesudo contralor crítico.

Por encima de los lirismos, menos generosos de

lo que parecen, por otra parte; por encima de la fuerza, menos poderosa de lo que se supone, reina el instinto, aunque todavía se le disimule como algo inconfesable, si bien prima, a veces, con verdadera ferocidad, hasta por debajo de las mismas homilías beatíficas, dulces como la miel. Casi podría afirmarse que a favor de esas declamaciones que denigran el instinto como elemento inferior, siendo, como es, "necesario", y respetable por lo mismo, éste se insinúa de mil maneras insidiosas, con artificiosidad, doblemente temible, porque sorprende y traiciona.

Es inútil, pues, que nos esforcemos en deformar la naturaleza, peor que inútil, es insensato. Por mucho que se ensalce la confraternidad, siempre llamaremos buen tiempo al que riega nuestras patatas antes que las del vecino.

Se ha pretendido sustraer al hombre de la naturaleza, sin advertir que está sometido a sus leyes como un insecto, como un grano de arena. Se ha pensado que para el hombre, dada su excepcionalidad, es punto menos faltar a las leyes naturales, que eludir una ordenanza, y toda vez que se ha intentado una transgresión, han debido palparse las consecuencias más lamentables. Al hombre, que por su propia estructura hasta le cuesta pensar, cuando llueve copiosamente, que a pocos kilómetros brilla un cielo sereno; al hombre, que mira como una irreverencia la alegría, si está triste, o la tristeza, si está alegre, se le ha hecho entender que es un ser extraordinario en la naturaleza, y que puede sustraerse a los mandatos instintivos, cuando ni hay fuerza, ni persuación siquiera, capaz de hacernos parecer, por un instante, menos superior de lo que es todo lo que nos interesa. Entretanto, se pretende imponer el propio criterio a

los demás, como insuperable, en el orden filosófico, moral, religioso, político, económico, a veces con la mayor arbitrariedad, y hasta se emprenden cruzadas en tal sentido y también perfectas campañas militares; y a esto se llama civilizar, aunque la prédica se haga por la boca del fusil. Lo que nos es personal, lo que nos interesa, ¡de tal modo nos parece superior!

En este embrollo descomunal de prejuicios y aberraciones, involucrados, identificados con nosotros como nuestra estructura, que es tradicional, así mismo, la ideación tiende a abrir por doquiera una brecha, e impera así que concreta una verdad. No es el músculo, ni la energía, ni el oro, pues, la gran fuerza: es la razón. Ella es la que realiza todo progreso. Basta que se constate una ley natural, un hecho general dentro de la realidad, para que se imponga un progreso como una necesidad a llenarse.

El arte humano, puesto al servicio de las orientaciones sentimentales, ha llegado a todos los desplantes. Puede decirse que ha servido para explorar los más falsos senderos. De ahí, es verdad que han podido cosecharse muchas enseñanzas provechosas, pero tambien lo es que la máxima enseñanza recogida es la de que fuera de la realidad, y fuera del conocimiento, como guía segura de adaptación al ambiente natural, no hay que esperar más que decepciones y contrastes. La guía emocional no nos ha indicado ninguna senda firme, estable, en ese esfuerzo perenne que realiza el organismo para ceñirse a su medio, y si no fuera porque el instinto razona, por más que la imaginación sueñe; si no fuera ese soberano regulador, hace ya tiempo que no habría huellas del hombre en el planeta, si pudo dejar una sola sin él. Tan solícito es este vilipendiado instinto egoísta,

que hasta en los propios mayores extravíos nos ha asistido y amparado.

Por más que los filósofos también hayan soñado, la guía instintiva ha regido por dentro de todas las veleidades, inflexiblemente, y de ahí que veamos a los hombres, como a los demás organismos, empeñados en ajustarse a las exigencias de su propia complexión natural. Los propósitos más rebeldes, como los más ingenuos, se han sometido así, poco a poco, a los deberes consiguientes a la ley de adaptación del ser a su medio. El instinto, por la ideación, lleva a la humanidad hacia su meta progresiva, a través de todas las vicisitudes.

De este esfuerzo surgen los nuevos horizontes y las nuevas esperanzas; de este esfuerzo nace la emancipación del espíritu, antes oprimido, torturado, como el alma de un malhechor Tal renacimiento, que ya esboza promesas de igualdad, no ya social, sino humana también, dentro de un concepto de justicia más elevado, precisamente, porque es más positivo, y menos sentimental por lo mismo; tal resurgimiento, decimos, se debe, más que a nadie, a los naturalistas, a los mismos a quienes se escarnecía en tanto que se fatigaban "contando las partículas de polvo", al tiempo que declamaban alto los soñadores. Al abarcar el proceso evolucional en sus lineamientos generales, se advierte la presencia de la ideación paciente, ingeniosa, dúctil y perseverante, ágil y tenaz, en su empeño de ajustar los medios de acción a los fines orgánicos, como aspiración superior, y al operarse este proceso por una selección cada vez más razonada, por ser cada vez más consciente, se ve mejor que los viejos idealismos sentimentales eran impotentes para satisfacer las aspiraciones del hombre,

siempre más elevadas, siempre crecientes, y cada vez más lógicas.

Por entre las divagaciones y ampulosidades emocionales, se ha insinuado la ideación como una cuña dispuesta a abrir en dos el bloque enorme de la entidad sentimental, donde han de penetrar, en sus propias entrañas, los beneficios de la luz. Es ella la que va escondiendo el antes vitoreado patíbulo, la que va diseminando la instrucción, la que va defendiendo la vida, la que inmoviliza los ejércitos, transformándolos casi en maniquíes que exhiben armas en desuso; es ella la que hace "vivible" la existencia al disipar el terror al misterio y al condenar la opresión, que tanto encarecían nuestros antepasados.

Queda, y quedará siempre, un margen inmenso para las idealizaciones arbitrarias, como refugio de los soñadores, y para solaz de todos; pero los mismos emocionales más recalcitrantes tendrán que asimilar las verdades científicas, quieran o no quieran, para acompañar el proceso evolutivo, y así como el espíritu positivista será cada vez menos idealizador, el sentimental será cada vez más ideador, puesto que la ideación es la forma superior de nuestra cerebralidad intelectiva, y tiene que sobreponerse al ensueño. Es la forma culminante.

La propia emoción estética, que es la floración más selecta y exquisita del campo sentimental, se abrirá cada día más en el sentido cognoscitivo, hasta llegar a confundirse con el deleite compensador del esfuerzo de la inteligencia que va independizando y elevando al hombre por el raciocinio; y es de este modo que el ideal humano se hará más y más compatible con las formas equitativas de convivencia.

IV

PERFECTIBILIDAD

I. EL MEJORAMIENTO HUMANO

El hombre evoluciona, y, al evolucionar, mejora. Nosotros nos hemos aplicado a demostrar esto del modo más claro y preciso que nos ha sido posible. Ahora vamos a intentar la demostración de que el hombre, por su parte, puede concurrir a esa obra natural, magnífica, dentro de cierta medida, por lo menos; y si lográramos evidenciar que él es no sólo perfectible por obra de su misma estructura y de acuerdo con la ley natural, sino que puede perfeccionarse por su propio esfuerzo, creeríamos haber hecho algo de positiva utilidad, puesto que, a nuestro juicio, no admite duda el que uno de los servicios provechosos que puedan prestarse al hombre, sea cual fuere su condición, es el de sustraerlo a las fascinaciones del pasado, —ideal regresivo—, limando ese dogal que elaboró él mismo en los siglos, aterrorizado y encantado a la vez por sus propias quimeras, el que lo oprime todavía, al punto de no permitirle a veces disfrutar del bien insustituible de la vida.

El hombre, ante todo, debe hacer honor a su inteligencia. La peor de las anomalías que pueda ofrecerse

en los dominios biológicos, es que el ser más inteligente sea el más abrumado por cavilaciones, el que vive más desasosegado, más infeliz.

La especie humana no utiliza los soberbios recursos de que dispone. Fuera de sus progresos "materiales", si puede decirse así, desde que todo progreso siempre responde a una idea, todavía la mente está inquieta, trabajada por todo género de preocupaciones arbitrarias y artificiosas, cuando no por desvaríos congojosos y absurdos. Para muchos, aún hoy, la propia existencia es una carga pesada. Basta esto, para ver que el mismo "amo y señor" del planeta ha caído en la más lamentable de las aberraciones metafísicas.

Desde que la humanidad se echó en brazos de la superstición, en vez de buscar en las leyes de la naturaleza, y dentro de sí mismo, los elementos de que ha menester para disfrutar de la existencia y para mejorar su condición; desconocida la realidad como su mejor ambiente; puesto el hombre en contradicción con ella, que es contradecirse a sí mismo, desde que él también es "realidad", se han producido los efectos de tan enorme desvío, y ha tenido forzosamente que deplorar las consecuencias.

Con todo, es tan optimista y generosa la naturaleza, que, a pesar de tamaño descarrío, a pesar de las falsas marchas y contramarchas, de los contrastes, de los fracasos y desencantos, tan reiterados, tiende ella misma, solícitamente, a reparar sus yerros, adaptándolo a su medio *por el conocimiento,* y a medida que lo adapta, *mejora su condición*. ¿Puede ser más espléndidamente generosa la ley de la naturaleza?

Desde luego, es algo ya el que podamos constatar que por más que nos desviemos, esa misma entidad, antes tan temida y ahora desdeñada, nos repone en

la mejor senda. Esto, que parece fatal, mejor dicho, magníficamente fatal, no es todo fatalidad, por cuanto a ello concurrimos también de un modo intuitivo, instintivo: concurrimos "como parte que somos de la naturaleza", como organismo que la integra, sometido, como lo demás, al ritmo soberano del "todo" que nos contiene.

La ilusión de que podemos prescindir de la realidad "externa", cuando somos todos y todo realidad *interna,* por lo mismo integrante, esencial, indivisible, idéntica a sí misma, porque no hay más ni puede haber más que realidad, esa ilusión ha mantenido al hombre en la quimera colosal, disforme, de que podía sustraerse a ella para mejorar su condición, y esta falacia máxima lo ha ofuscado durante largos siglos, poniéndolo en oposición consigo mismo, como enemigo de sí mismo.

Los filósofos más o menos fatalistas, por su parte, impresionados por la estrictez de la lógica dentro de la cual se rigen los fenómenos naturales, inclusos los de la propia vida orgánica que son simples modalidades de la realidad integral, piensan que todo está predeterminado, hasta los mismos detalles de la evolución; y otros, como Spencer, por ejemplo, creen que las propias cosas que hoy reputamos malas, y aun las religiones más groseras, han sido benéficas, si se las considera del punto de vista del ambiente en que han existido.[1] Debemos creer que hay en esto un verdadero paralogismo. Es cierto que el ingenio humano se ha aplicado incondicionalmente, en cada momento, a servir las exigencias presentes, que fue-

[1] H Spencer *Essais sur le progrès,* "L'utilité de l'anthropomorphisme", pág 114, v fr.

ron entonces, como son hoy las nuestras, fruto de las vinculaciones de cada cual con el medio; pero no es menos cierto que esto ha podido rectificarse y mejorarse, como podemos hacerlo ahora, y podrá hacerse siempre, dentro de lo relativo, naturalmente. De otro modo sería preciso justificarlo todo, hasta el saqueo, el crimen, la matanza.

Lo que hay de positivo, es que cuanto poseemos, todo se debe a nuestros antecesores, sin excluir a los trogloditas y a sus propios antepasados; pero esto no significa que no pudiéramos deberles más, como ocurriría si se hubieran aplicado, verbigracia, a conocer, más bien que a cohonestar sus conciencias visionarias por medio de ruegos y de otros recursos igualmente ineficaces e infecundos. Si en vez de legarnos tantas preocupaciones aflígentes como nos han trasmitido, nos hubieran deparado un mayor caudal científico y mayores recursos industriales, es evidente que nos hallaríamos mejor aún de lo que nos hallamos. Se habría acelerado más la marcha natural; y lo mismo podrán decir de nosotros las generaciones subsiguientes, con igual derecho y con igual razón.

Es claro que nuestra descendencia no podrá tener nada más, ni mejor, por vía hereditaria, de lo que le leguemos; pero no es lo menos que podríamos legarle una hijuela más estimable si ajustamos nuestras energías a favorecer la evolución, en vez de empeñarnos absurda y estérilmente en contrariarla. Para ello bastará que atendamos a las necesidades positivas de la especie, ciñendo nuestra acción a la lógica natural; para ello bastará que nos esforcemos, cuanto nos sea dado, en rectificar los errores tradicionales "por el conocimiento", como lo va realizando la evolución a pesar de nuestra incuria; para ello bastará

que secundemos esa obra benéfica, en vez de dejarnos remolcar pasivamente, o bien con entusiasmos, lo cual es peor aún, en las corrientes del prejuicio tradicional.

Sabemos, y debemos saber, que nada es más favorable que el razonamiento para la suerte de la especie; sabemos que nada nos eleva ni nos adapta mejor a nuestro propio ambiente, que el conocimiento y su utilización; sabemos, y debemos saber, que el proceso evolutivo natural nos compele al progreso, invariablemente, incesantemente, y que éste se obtiene por medio de la aplicación de las conquistas científicas. ¿Qué más se requiere para que nos dediquemos empeñosamente a conocer, y a aplicar y divulgar los resultados?

Nada más evidente que, para favorecer a la especie, es preciso reducir por la instrucción las rémoras tradicionales, como lo hace el proceso evolucional. La constante racionalización de todas las formas de la actividad humana; la necesidad, *cada vez más sentida,* de divulgar el conocimiento *a pesar de sus efectos,* entre otros las reivindicaciones obreras y las demás consecuencias de la emancipacion, que, por un colmo de desconocimiento y de mal entendido egoísmo, los reaccionarios y conservadores conceptúan desastrosas, ¿no nos están diciendo bien claro que la ley natural nos lleva por esa vía, y que es tan insensato tratar de contener ese impulso incontrastable, como lo sería el negar todo paso a un río?

Los reaccionarios y conservadores, condenados así a un perpetuo fracaso, tendrán que remedar eternamente la íntima queja de aquel aristócrata francés que, a principio del siglo pasado, decía: "El que

no haya vivido en los siglos anteriores a la Revolución, no ha conocido la dulzura de vivir". Todos los privilegiados, pesarosos, seguirán suspirando esa triste letanía nostálgica, por los siglos. La evolución es, precisamente, en esta faz, demoledora del privilegio, porque es igualitaria; permítase, pues, a los de abajo, si no descontar, celebrar las ventajas de ese triunfo, por lo menos, dado que la excepción sólo compensa "al excepcionado" de los inconvenientes de la desigualdad, del atraso, de la ignorancia, del obscurantismo, de la opresión de los demás, y acaso ni eso mismo.

Pero algo verdaderamente instructivo es que ahora parecen de una equidad incuestionable las propias "concesiones" que se hicieron sobre la boca de los fusiles y arcabuces, o ante la punta de las lanzas, a los oprimidos. Las que no parecen serlo, son las que se formulan hoy día. Así ha sido siempre. Hoy, los "favorecidos" arguyen contra todo renovamiento con la misma lógica con que arguían antiguamente los que disfrutaban de soberbias regalías, diezmos y primicias; y esto se reproduce, y se reproducirá, sin duda alguna, en todo tiempo. Por eso es que, a medida que se eleva la conciencia humana, ésta cuenta más con lo que puede procurarse por su propio esfuerzo, que con lo que se le da por pura gracia, lo cual, en resumidas cuentas, es siempre demasiado poco. Lo que conviene constatar es que, sea cual fuere nuestra actitud, la acción natural evolutiva conduce necesariamente al conocimiento y a la aplicación del conocimiento, y que una consecuencia directa de esto es una transformación de las formas generales de la actividad. Nada modifica tanto la

manera de pensar y de obrar, como este factor de adaptación.

No es el hombre, como dice Quatrefages, "un animal que tiene necesidad de lo superfluo",[1] sino más bien un animal que tiene necesidad de vivir "evolutivamente". No es una superfluidad avanzar, perfeccionarse: es una necesidad orgánica. Es así que vamos reformándolo todo, perpetuamente, y sólo por error pueden ser desconocidas las ventajas que ofrece esta condición de nuestra propia naturaleza, aun cuando tengan que ceder algo los que a favor del desconcierto han tomado más de lo que debían tomar.

Los mismos espíritus soñadores que lamentan estos pasos de avance, pareciéndoles envidiables los bienes de las épocas pretéritas, que los conciben, no como fueron, sino idealizados al través del relato sentimental, apenas tuvieran que renunciar los beneficios de que disfrutan ellos mismos, hoy día, como fuera menester para reconstruir el pasado, bien pronto advertirían la poca sensatez de sus lucubraciones retrospectivas de admiración gratuita. Retrocediendo algunas décadas no más, la existencia se haría intolerable. La propia vida fastuosa de Versailles, que llena la imaginación, resultaría deplorable para el más adocenado burgués moderno, por más que subyuguen aún a los soñadores "las pelucas empolvadas". Parecería que asistimos a una reunión de personajes frívolos, al verlos en sus cenáculos y fiestas, sobre todo si pudiéramos despojarnos de nuestra fantasía evocadora, y, a poco an-

1 Quatrefages: *L'espèce humaine,* pág. 338

dar, se notarían no pocas deficiencias, en lo tocante al confort principalmente.

Otros sueñan con los tiempos bíblicos, atraídos por la sencillez de las costumbres y acaso por la longevidad tan frecuente entonces, sin contar con que aquella sencillez primitiva, por sí sola, trocaría en un año un mes de los de nuestros días; y que, por lo tanto, perderían siempre en el cambio, cuando no sintieran otros efectos mucho más lamentables.

La evolución va transformándolo todo, y de un modo cada vez mejor, a pesar de las añoranzas de los sentimentales, que, incapacitados por sus propios sueños para amar "lo que es" más que "lo que no es", truecan lo posible por lo imposible; peor aún: lo mejor posible por lo imposible peor. Volver atrás significaría una serie de privaciones y desencantos progresivos, a medida que retrocediéramos en los tiempos. ¿Puede ser más inconsulto el anhelo de los "antiquistas"? Una retroevolución sería un verdadero desastre, indescriptible. Implicaría el renunciamiento de todo lo que se ha alcanzado a costa de tantos esfuerzos sobre un misterio cuyos residuos y cenizas todavía nos perturban hasta la desesperación, a veces. En los más deslumbrantes apogeos pretéritos no es tampoco envidiable el pasado, donde tan sólo pueden hacer incursiones los poetas, porque van acorazados dentro de sus propias idealizaciones soñadoras. El pasado fue tan insuperable para nuestros antecesores, como para nosotros lo es el presente. Sólo por un falso razonamiento podemos pensar de otro modo.

Los propios sabios de la antiguedad, con cuya cita nos envanecemos, tendrían que cursar en las facultades modernas, y lo harían con vivo interés, sobre

todo en lo que atañe a las ramas positivas. Jamás pudieron vislumbrar siquiera los progresos actuales, y es así que Aristóteles y Platón, no ya Tales y Pitágoras, se asombrarían si entraran en un laboratorio o en una manufactura moderna. El propio Gutenberg, mucho más cercano, si viera funcionar un linotipo o una Marinoni, se llenaría de estupefacción; y esto que ha ocurrido con los de ayer, ocurrirá siempre. ¿Puede superarse *la moralidad* de esta ley que conduce al hombre a su perpetuo mejoramiento?

Paralelamente a la evolución humana, el arte evoluciona, y evoluciona por efecto del cambio que se opera en las ideas. En la faz filosófica, moral, política, económica, social, industrial; en fin, en todas las manifestaciones de la actividad se producen mutaciones correspondientes a toda conquista ideológica, incesantemente, invariablemente.

Es preciso, pues, formar conciencia de esta realidad, para determinar nuestra acción en la vía más util y eficaz, que es, precisamente, la que más se ajusta a la ley natural. De esta manera es como resulta más fecunda. Es menester que sepamos y no olvidemos que nuestra propia complexión *es evolutiva,* para que ajustemos nuestra acción al propósito de perfeccionarnos, porque es ésa la ruta que trazan todos los antecedentes, inequívocamente, en toda la extensión que puede abarcar nuestra mirada hacia atrás. De este modo podemos seleccionar los recursos mejores de acción en el sentido de la marcha evolucional impuesta por la ley más venturosa. Es preciso combatir todas las formas del cesarismo y del privilegio, lo mismo que cualquiera otra pauta *insociable,* por el conocimiento y la divulgación del co-

nocimiento: único medio de favorecer a la especie, por ser el que la adapta del mejor modo a su ambiente natural insustituible. Es preciso acelerar lo más posible la asimilación de las conquistas científicas entre los elementos sociales más descuidados, en la inteligencia de que hay un progreso tanto más fundamental y efectivo a medida que se eleva a los que han quedado rezagados en la lucha, en condiciones de inferioridad, puesto que de este modo es que pueden alcanzarse las reglas mejores de asociación humana. Cuanto más homogéneos sean los componentes sociales, más fácil será que prosperen las modalidades superiores de la actividad general. Hay que corregir los errores de composicion social, engendrados por las falsas ideas que dominaron cuando la llamada ciencia vivía de la especulación, o de la contemplación mística, mejor que de la investigación. De ese modo es que ha podido perpetuarse la desigualdad más irritante como una forma regular y obligada de convivencia social e internacional, y ha llegado a hacerse la apología del pasivismo, de la sumisión, como de la "accion" mejor para los destinos del hombre y de la especie.

Es cierto que la igualdad perfecta es una utopía, porque la desigualdad comienza en el nacimiento, en el que cada ser recibe su cuota de salud, de vigor, de inteligencia, determinada por infinitas causas precedentes; pero no es una utopía tender a diluir los beneficios sociales, *como lo hace la evolución,* a pesar de las protestas reaccionarias y conservadoras. No es menos cierto, también, que las piltrafas de la caridad son, no tan sólo escasas, sino humillantes, para que de ellas deba esperarse la habilitación de los rezaga-

dos en la lucha, para poder luchar, para poder disfrutar de la existencia, que es el bien capital.

Es tan inadecuada la caridad que pretende mitigar las más irritantes desigualdades sociales, como lo es la suntuosidad para educar, para manifestar los progresos realizados, para demostrar la cultura de un pueblo. Naturalmente, nos referimos a la suntuosidad rumbosa de unos pocos, en medio de la miseria de los más, que podría simbolizarse con un gran templo o un monumento colosal, riquísimo, cualquiera que sea, en medio de chozas donde se alojan puros desvalidos.

Acusa un egoísmo no inferior a su ingenuidad salvaje, casi canibalesca, la duda que asalta aún a ciertas gentes, las que, aturdidas por el movimiento igualitario, se preguntan inquietas: ¿quién desempeñará las funciones más viles y más rudas del trabajo, el día que reine la igualdad? No se piensa que esto mismo ha debido azorar a los espíritus retardatarios de las épocas de mayor opresión y atraso, y que, sin embargo, todo lo que hemos mejorado, puede decirse que se aquilata por los pasos que se han dado en el sentido de informar a la conciencia humana, lo cual *siempre equivale a mejorar la suerte de los oprimidos y desheredados.* Una realidad tan clara como ésta, no se ve. Es que los fuertes están siempre propensos a valerse de su fuerza, en su exclusivo provecho; los demás deben conquistar posiciones, si quieren mejorar; y para ello es menester que se les instruya, a fin de que puedan formar conciencia de su derecho y de su fuerza, y puedan ampliar sus aspiraciones. Esto, sí, sería secundar la evolución natural, que, por lo demás, se cumple aun cuando no la secundemos, y tambien

cuando la contrariamos, si bien menos aceleradamente, y con verdaderos trastornos en este caso.

Es cierto que la selección natural es casi siempre un proceso a base de crueldad. En la lucha por la vida, cada organismo tiende a triunfar, cueste lo que cueste; pero el hombre, más informado y con mayores recursos, en vez de someterse incondicionalmente a esa forma natural de evolución, podría, en su propio provecho, adoptar formas semejantes a las que utiliza en las selecciones artificiales. En estas formas selectivas no permite, verbigracia, que el toro, el carnero o el caballo padre combatan para apoderarse de la hembra, que es, sin embargo un recurso natural de selección, el que también ha descartado el hombre, en su ordenamiento social, en su provecho. Como ser más inteligente y capaz de influir de algún modo en los detalles del proceso natural, el hombre se halla habilitado para *favorecer* la evolución de la especie sin acudir a la crudeza a veces brutal y otras veces admirable, también, que se observa en las formas de acción de las especies inferiores. Sería un contrasentido, por ejemplo, que la humanidad, más inteligente, se rigiera por los cánones que rigen en la selva o en los abismos marinos o en los dominios entomológicos.

Ya constatamos una excepción a esas reglas selectivas, en los servicios de asistencia. Las especies inferiores al hombre, y aun las propias sociedades humanas inferiores, abandonan o eliminan a los inservibles, mientras que las sociedades humanas tienden a recogerlos y ampararlos en hospitales y asilos. De acuerdo con las formas rudimentarias de sociabilidad, al parásito que de algún modo no sirve a la especie, se le abandona o se le excluye, cuando no se le extir-

pa sin piedad. Con arreglo a las pautas de la moral natural, esto, al fin, es más lógico que oprimir a los elementos productores, y aun que la propia caridad "ciega", que predica el inconsulto sentimentalismo de la tradición, poniendo en igual caso al que no quiere concurrir a la acción colectiva que a los que no pueden concurrir.

Si las especies inferiores, a causa de su misma inferioridad, estuvieran sometidas a reglas inmutables, como piensan algunos, el hombre, que descuella por su mayor inteligencia, debe aprovecharse de su propia superioridad, utilizando sus recursos en pro de sí mismo y a favor de la especie. Si se observa el proceso natural, para sacar partido de sus enseñanzas, se verá que las aspiraciones tienden a ensancharse incesantemente en un sentido cada vez más general, por obra de una mayor racionalidad. El hombre ha comenzado por considerarse el centro mismo de todas las órbitas: la moral, el derecho, la salud, el poder, la fortuna, etc., como si todos los bienes a cuya posesión aspira fueran una privativa excluyente. Esa manera de considerar su jerarquía en la naturaleza no era propicia, por cierto, a las formas cooperativas de convivencia, y de ahí que se haya ido al régimen de opresión, es decir, a la explotacion de todo en provecho propio. Esta ha sido la causa de las perturbaciones y conflictos constantes de hombre a hombre y de pueblo a pueblo.

Aquella remota forma egocéntrica de encarar la vida, que arranca de la prehistoria, ha ido evolucionando hacia el antropocentrismo, dentro de la medida que requieren progresivamente las convenciones sociales, políticas y económicas, como puede verse desde los tiempos históricos hasta nuestros días, y

asistimos a la iniciación de un régimen más positivo, más informado, el que tiende a sustituir la opresión, la explotación inconsiderada e incondicional de los demás en provecho propio, por la cooperación equitativa. Claro que esto se ve, más que en la realidad efectiva, en las orientaciones del pensamiento. Hoy ya se esboza la aspiración igualitaria racional sin que logren sublevarse los espíritus reaccionarios y conservadores, por lo menos abiertamente, si acaso un hondo escozor molesta en las intimidades obscuras de la caverna psíquica.

Por la presión de las ideas, la actividad tiende a demoler todas las Bastillas, para fundar la igualdad estable. Ese anhelo se va concretando, sin perjuicio de la selección natural, como se comprenderá, y no por causas sentimentales, por el amor o la compasión, sino por acto de conciencia, por efecto del conocimiento, que nos permite percibir los vínculos de solidaridad que ligan al hombre con el hombre; vínculos que tienen que atenderse en la vida de asociación impuesta al hombre por su propia naturaleza. Todo ha concurrido, de una u otra manera, a operar este resultado, hasta los propios errores; pero es la cultura científica la que ha permitido concretar todo progreso. Sobre los aluviones de la experiencia es que se van construyendo las civilizaciones. Si se analizaran una por una las causas constitutivas del espíritu positivista de nuestros días, se vería que no han sido perdidas las propias gimnasias especulativas que agotan las vetas de la ideología metafísica y fideísta. Es, por una parte, la decepción que ha nacido de la esterilidad de estas vías, y, por la otra, la confianza que inspiraron las feracidades del campo experimental, lo que determinó los nuevos rumbos y aspira-

ciones de hoy día. Bien se ve que la médula de esta evolución es el conocimiento.

Si el hombre, como ser más complejo, ha podido intentar la realizacion de todos sus desvaríos y sueños fantásticos, erigiéndose en semidiós y llegando en su soberbia hasta a entronizarse y a tiranizar, no por eso pudo menos de rendirse a la realidad al sentir los efectos de su desconocimiento: guerras, conspiraciones, crímenes, y tantos otros flagelos y formas de conmoción y perturbación cuantas son las que se palpan por doquiera.

Por algo rige una ley común entre las unidades de cada especie dotadas de idéntica estructura. Esa igualdad natural es la que determina los vínculos solidarios que se perciben en todas las especies, como una ley de equilibrio. Se diría que es la misma ley estática que determina el nivel de los líquidos, y, como tal, inviolable. Toda acción que intenta desconocerla, engendra la reacción correspondiente. Por eso es que la historia se nos presenta como una sucesión de acciones y reacciones, en la cual prima siempre la ley natural. Todo desconocimiento presupone necesariamente una reacción efectiva o latente, y es así que la imposición y la violencia se han caracterizado siempre por reacciones de fuerza y de conocimiento. A medida que retrocedemos en los tiempos, los reinados autocráticos y los episodios bélicos desfilan en nuestra mente como las imágenes de un cinematógrafo; a medida que avanzamos ocurre la inversa; vemos que las autocracias son cada vez menos prepotentes, menos autoritarias, y que las guerras tienden a reducirse, a declinar, a desaparecer. Es cierto que ese proceso ofrece algunos accidentes, así como que no nos es fácil abarcarlo dentro de su ritmo majes-

tuoso en la sucesión de los tiempos, pero resulta así mismo bien visible en el diagrama la línea descendente de las acciones violentas y la línea ascendente de conciencia, de conocimiento, que va dirigida a restablecer el equilibrio.

Toda vez que hemos violado la ley natural que vincula a las unidades de cada especie se ha establecido la base de una reacción, en la que ha podido recogerse por lo menos una enseñanza, y ella misma tiende a ajustarnos al imperio de esa ley inconmovible, ineluctable. Si se observa cómo se va perfilando más y más el concepto de la ecuanimidad en la conciencia humana, se verá que la evolución nos lleva persistentemente a derribar, en cada grupo social, las desigualdades artificiosas que ha creado el hombre en sus agrupaciones; y de pueblo a pueblo, vemos eso mismo. Cada vez son menos escarpadas las fronteras que se han trazado. Se advertirá, así, que ella trata de equiparar a los individuos que forman en cada nación, y que el propio patriotismo, a su vez, evoluciona hacia el internacionalismo, hacia el humanitarismo racional. Estas dos tendencias van a encontrarse en un mismo punto: la igualdad específica, que es un reconocimiento de la solidaridad que vincula naturalmente a las unidades de idéntica organización.

A fuerza de acciones y de reacciones vamos llegando, pues, al pacifismo racional. La voracidad belicosa que ha determinado las construcciones más espantables, inspirada en el afán de primar por la imposición en la lucha por la vida, queda así paralizada, porque al informarse la conciencia humana, se acentúa el convencimiento de que la violencia es casi siempre un medio de acción contraproducente. La guerra, la esclavitud, las extorsiones, el saqueo, los castigos

corporales, el duelo; en fin, todos los medios violentos y arbitrarios están en descenso.

Las reivindicaciones populares promovidas hace poco más de un siglo en Francia, se operaron a base de guillotina, y las que se despliegan hoy día, no menos hondas ni menos fuertes, tienden a plantearse y resolverse por el debate, por la deliberación, por la disciplina, por la propaganda y por los demás medios racionales, abandonando por ineficaz y nociva la violencia. El socialismo moderno ha comprendido que para triunfar debe manifestarse como una aspiración consciente, firme y tenaz, más bien que como una voluntad imperativa y prepotente, que duplicaría las resistencias. De ese modo se impone más fácilmente, tanto como una fuerza cuanto como un derecho respetable. Es la mayor fundamentación de la conciencia lo que explica todos estos fenómenos, y no la compasión o el amor, ni los demás arbitrios sentimentales.

A este progreso sensible han concurrido fundamentalmente las innumerables formas de la actividad aplicadas al conocimiento y a la difusión del conocimiento, como elementos positivos, y, como simple documentación, las decepciones y contratiempos sufridos en los dominios de la sentimentalidad. A medida que una mayor conciencia ha permitido examinar el prejuicio, lo convencional, la rutina, los viejos resabios, las inveteradas formas de parasitismo y comensalismo social, —formas peor que estériles, perturbadoras y dañosas, por cuanto desvían al hombre y a las sociedades de sus fines naturales, pretendiendo establecer un dominio de hombre a hombre—, el espíritu crítico se ha perfilado poco a poco hasta llegar al libre examen, y de ahí que sobre el propio

pasivismo medioeval tan nebuloso, se haya visto alzar ya la fusta valerosa, para seguir progresivamente castigando el señorío despiadado de los privilegiados; de ahí que no sea éste un mundo "insípido y tonto", según lo concebían todos, amos y vasallos, unos y otros infelices, desdichados, sólo porque vivían en negras tinieblas, sino, al contrario, un tesoro a disfrutarse. Cada vez son menos los estólidos que denigran a la realidad, y cada vez serán menos aún los que incurran en el absurdo de no participar de sus bienes y halagos.

Un criterio más positivo va enalteciendo a la óptima realidad, que nos da cuanto somos y tenemos. Este concepto de la realidad y de la vida irá modificando al hombre y a las sociedades dentro de un criterio normal, cuya generosidad es superior a toda elucubración. La ciencia, como resultado de un sesudo esfuerzo investigatorio, habrá operado este prodigio terrenal sobre un mar de quimeras desesperantes, funéreas, letales. Obligado el hombre a exhibirse tal cual es, y no tal como se le dijo ser por los filósofos fantasistas, tratará de modelar su personalidad sobre bases efectivas, en vez de confiar en los recursos siempre efímeros, y hasta torturantes, de la afectación, y hará así mejor papel, como mono evolucionado, que como dios caído y humillado. Si bien es imposible predecir lo que ocurrirá, dado que un nuevo recurso puede transformarlo todo, no nos parece aventurado conjeturar que será el hombre tanto más dichoso y superior cuanto más se adapte a la realidad por el conocimiento. Serán, pues, los mismos "herejes" y "locos" que han explorado pacientemente las vías fecundas de la experimentación, los que habrán preparado ese porvenir promisor. Los conser-

vadores y reaccionarios también disfrutarán de todo esto, como lo han hecho siempre, no sin mantenerse en una prudente reserva, formulando salvedades. Es que los retardatarios, misoneístas, no concluyen de ver que lo propio que han aprendido a amar, es una serie de "novedades" envejecidas, es decir, una inacabable serie de esfuerzos realizados también por otros viejos herejes y locos, en oposición a las tendencias a que ellos están afiliados, ellos, los mismos que se aprestan después a utilizar las conquistas que parecen inmejorables, más tarde, al asimilarse y al disfrutarse con una inefable sonrisa de satisfacción en los labios. Esos esfuerzos son los que dan a la vida, antes tan mal apreciada, el carácter de una finalidad superior e insuperable; no el de una penitencia, según lo entendía la ignorancia visionaria de nuestros antepasados.

Si hubiera de pagarse con gratitud la obra de tantos benefactores, no bastarían, por cierto, el bronce y el mármol que consagran su memoria; mas, por una verdadera fortuna, no es ni el mármol, ni el bronce, ni la cuestionable gratitud de la posteridad, lo que ha determinado su obra, sino el cumplimiento de una aspiración orgánica. No es el esfuerzo que se realiza por vía de sacrificio, pues, el que ha conseguido tanto: es la satisfacción de una exigencia que ciertos espíritus atienden con igual espontaneidad con que la madre se desvela por la prole, con la llaneza con que las plantas dan sus flores y sus frutos, con la fruición con que se acerca un vaso de agua a los labios cuando se siente la sed.

Trataremos de demostrar nuestra tesis exponiendo, aunque sea someramente, las ideas que nos hemos formado acerca de la individualidad humana.

II. LA INDIVIDUALIDAD

El hombre es un ser paradojal. Al propio tiempo que cree en lo increíble, teme ser víctima de una ilusión respecto de la existencia objetiva del mundo externo; a la vez que discurre sobre cosas sobrenaturales y exhibe pueriles supersticiones, con retorcida suspicacia se pregunta si realmente existe lo propio que nos magulla y nos empapa de evidencias en todo momento; por un lado, descubre la celula, y, por el otro, pone en duda la existencia real de los mares y de las montañas. Y no es pequeña su impaciencia, por otra parte. Se inicia apenas la observación de la naturaleza con espíritu científico, y ya se querría dar una solución integral definitiva a los más arduos problemas, entre otros, al de nuestra propia estructura. Se diría que el hombre, ávido de curiosidad, espera que surja la clave del enigma como por encanto, como salen palomas del canasto de un ilusionista entre aclamaciones.

Se comprende que sea difícil inducir por completo las causas de una individualidad compleja, modelada en un proceso muchas veces milenario, evolutivo y progresivo aún, si es la célula, como parece ser, el substratum de toda organización vital. Esto, en realidad, ni es un problema, todavía; puede considerarse más bien como un verdadero misterio que es preciso roer, desgastar poco a poco, y adelgazarlo mucho si se quiere penetrar, y eso en el caso feliz de que fuera penetrable. En tal supuesto, séanos permitido, si no abordarlo, expresar, por lo menos, nuestra impresión a su respecto, para los fines de la demostración emprendida.

La opinión más corriente hoy día, acerca de la individualidad orgánica, es la que presenta a esta como "un agregado" celular.

Desde luego, para explicarnos un hecho cualquiera, siempre es juicioso no perderlo de vista. Si hubiera de considerarse el organismo como un simple agregado, habríamos tenido que omitir precisamente el propio enigma que se desea descifrar, porque sólo un verdadero milagro podría hacer que la yuxtaposición de substancia, ya sea o no homogénea, produjera efectos tan variados y complicados, a la vez que armónicos, como son los que exhibe la individualidad en toda la escala biológica. Por más que la substancia orgánica, en sus propios aspectos más simples, se ofrezca ya "compleja", con modalidades especiales para admitir la tesis de un agregado, sería preciso reconocer que ese elemento inicial ha producido una obra muy superior a sí mismo. Es cierto que es tan maravillosa la obra orgánica celular en todas sus fases, que fácilmente hace pensar en lo prodigioso. Basta seguir, aunque sea mentalmente, el desarrollo del embrión, para admitir que en las formas vitales hay algo más de lo que puede observarse en los dominios de la substancia inorgánica; que se la supone así, mejor dicho. Es tal el cambio que se opera en ese proceso de crecimiento ordenado, regular, y con todo, portentoso, del embrión, que si a alguien no informado al respecto, ni acostumbrado a oir hablar de estas cosas, se le mostrará el germen en su punto inicial, y se le dijera: "lo que mira es lo mismo que ha sido usted", creería ser víctima de una broma, y protestaría despectivamente, como el gran Chevreul cuando le dijeron que descendía del antropoide. Pero si este hecho tan extraño, a pesar de su frecuen-

cia, no puede ser explicado satisfactoriamente por medio de una simple agregación de substancia, ¿cómo podría serlo en la faz biogenética, para que ese ser tan complicado pueda llegar a las prodigiosas formas regulares de reproducción que se observan *en el resultado* de ese proceso, cuyo aspecto inicial ni es posible imaginar, dada su duración inmensa? ¿Qué ha ocurrido para que se opere tan admirable fenómeno?

La simple agregación de substancia dentro de formas mecánicas no lo explica. Es preciso suponer otra cosa; por lo menos un cúmulo enorme de cambios y combinaciones de substancias cada vez más complejas y heterogeneas, que, por una sucesión de transformaciones y transmutaciones, ha ido diferenciando la materia inicial con arreglo *a un plan unitario;* un proceso en el cual las modificaciones van acentuándose, porque las consecuencias de cada cambio van siendo causa de nuevos efectos, y éstos, a su vez, causa de nuevas transmutaciones. Sólo así concebimos las complejidades del organismo actual, sus elementos, sus atributos, sus facultades. Ésa es obra, no tan sólo de adición mecánica, sino de complejidad, de evolutividad, de progresión, de tenacidad inflexible, dentro de un propósito esencialmente unitario, indivisible, individual. Es más que una suma, entonces.

Considerado en su misma faz ontológica, todo nos lleva a pensar que ese embrión insignificante que contiene en sí mismo al hombre, y que se transforma en un tiempo relativamente breve, hasta producirlo, no puede ser el resultado de una simple acumulación de substancia por causas mecánicas, sino más bien de un inextricable proceso de ordenamientos progresivos, de cambios, de sucesiones de cambios sobre "una

base" más simple, — tan unitaria en un principio como en todo su desarrollo —, base que poseía el embrión, en su mismo germen, aunque sea en una forma virtual, potencial, eventual, pero ya con todos los elementos constitutivos de la individualidad, los mismos que ha desarrollado con los propios atributos antes imperceptibles en su punto de iniciación. No obstante, sorprende todavía que haya podido mantener ese proposito individual, y desenvolverlo a través de infinitos obstáculos, de tal modo que, al quererlo considerar, nos domina el asombro, el estupor.

No es poco admirable que el propio embrión humano contenga elementos capaces de plasmar, en breve tiempo, a una ágil y elegante bailarina, verbigracia, un acróbata, cuando no un héroe, un observador sutil o un sabio genial. Se trata, pues, de algo más que de una gran manufactura químico-mecánica de autómatas. Las transformaciones que realiza esa semilla manteniendo su unidad incolume, hasta fructificar por completo, son tales, empero, constituyen una diferencia tan grande entre el germen y el producto, que parecería fundamental. Nosotros, inconsecuentes, en nuestro afán de simplificar, creemos ver, por un lado, una misma cosa, y, por el otro, negamos la individualidad integral. Cierto que entre la celula, donde están en cierne las maravillas de la individualidad, y la individualidad, hay la misma o mayor diferencia aún que entre el cuesco del ciruelo, por ejemplo, y éste en plena fructificación; pero ¿cómo puede negarse que ese hueso prodigioso, a la vez que mínimo, que prohija la vida del árbol y que está habilitado para tomar un desarrollo tan rápido y tan acentuado, hace su perseverante esfuerzo, precisamente, "para mantener su propia entidad indivi-

dual"? ¡Qué incomparable odisea la de la substancia, para conservar *su individualidad orgánica!*

Nosotros vemos "el resultado", y apenas nos es posible tomar una breve nota del esfuerzo colosal que esta obra representa, al considerar por un momento, dentro de nosotros mismos, todo lo que realizamos instante por instante para mantener al organismo, para defenderlo, para mejorar su condición en el planeta. Ese esfuerzo, más anheloso todavía así que se retrocede en los tiempos pasados, ha debido hacerse sin interrupción en el transcurso de siglos y siglos, por centenas, por millares, por millones de centurias, quizá, para que se realizara esta obra orgánica, que algunos miran sino como una adversidad, como un bien poco apreciable.

El concepto que tenemos, natural, espontáneamente, de la individualidad orgánica, no se ajusta a ese mecanismo ciego que nos la representa por una simple acumulación de materiales, como un peñasco o una montaña, esto es, construída por células sometidas a leyes químicas que sólo por un milagro se juntarían así, tan armónicamente, constituyendo una unidad integral. Creemos que hay algo más. El concepto que nos hace formar esa individualidad tan unitaria que sentimos, que palpamos dentro de nosotros mismos, es, por lo menos, obra de "asociación", no de simple agregado dinámico, mecánico, que no podríamos razonablemente considerar, si fuera así, tan solidarizado dentro de una unidad concreta, indivisible y consciente, tal como se nos ofrece con tantas evidencias.

Ese prematurismo científico que, en su impaciencia, va haciendo caudal de toda novedad para explicarlo todo de una sola vez, tiene que ir reformando

sus opiniones a fin de ajustarlas a cada nuevo elemento de juicio, y es así que se ha ido del determinismo biológico al determinismo químico y al mecánico, con prescindencia "de una realidad", es decir, del propio misterio de la individualidad que se pretende explicar, la que se manifiesta consciente aún, y, por lo mismo, "capaz de optar" por las conclusiones de su propio conocimiento. ¿Cómo conciliar esto con la tesis de la agregación mecánica de substancia? ¿Cómo conciliar esas unidades individuales celulares con los fenómenos unitarios de la individualidad integral?

Por de pronto, antes de sacrificar el concepto "evidente" de la individualidad; antes de hacer tabla rasa con lo que palpamos a cada instante, para suponer que el propio organismo que investiga acerca de su propia estructura y de su propia causa es un autómata, habría que esperar a mayores complementaciones de conocimiento, porque, de otro modo, sólo subvertimos la lógica fundamental. La realidad casi nunca se manifiesta bajo aspectos tan endiablados. A pesar de todo esto, se cree posible dar ya una solución a este "misterio", que no es, por cierto, el planteamiento de un problema concreto: la individualidad orgánica. Los más eminentes pensadores creen posible hallar una solución, en el campo de la disquisición filosófica, sobre asuntos aun tan sumidos en lo ignoto. Así, por ejemplo, ocupándose de uno de los aspectos más escabrosos y trascendentales, relativos a la individualidad humana, dice Bergson que, "para cortar el debate, es menester primero un terreno común en donde se entable la lucha, y como para los unos y para los otros no cogemos las cosas más que en forma de imágenes, es en función de las

imágenes y de las imágenes solamente, como debemos plantear el problema".[1] Nos parece, sin embargo, vana la esperanza de que se "corte el debate" sobre este asunto que una nueva lente de aumento puede presentar bajo aspectos inesperados; y la humanidad, guiada por su buen sentido, espera esa nueva lente, más bien que el término de la batalla metafísica en el campo especulativo. Con su criterio práctico, sólo renunciará a una evidencia a cambio de otra evidencia.

Llevada por su instinto, que es más sabio que los sabios, la humanidad no abandona la brújula de la evidencia sino cuando se concreta una verdad efectiva, comprobable. Sólo entonces se detiene a asimilar; pero entre tanto que los filósofos dilucidan sus hipótesis, sigue viviendo, sigue produciendo, sigue luchando, como antes. En tanto que Schopenhauer y sus discípulos consideraban la vida como un mal, si algún soñador trató de procurarse un convencimiento en tal sentido, los demás, afortunadamente, continuaban frecuentando, gozosos, los talleres, los paseos y los teatros. — ¡Ay de los hombres, si se hubieran detenido a asimilar las disquisiciones del metafisicismo especulativo! — Y todavía siguen confiando en su individualidad consciente y hasta un poco libre, a pesar de la boga en que está el determinismo.

¿A qué no ha llegado la conclusión de los más ilustres filósofos? Ha llegado a dudar de la existencia de la realidad objetiva, a negar la realidad del peñasco que nos detiene y nos lastima, si de él prescindimos; ha llegado a dudar del bien de la existen-

1 Bergson: *Materia y memoria,* pág. 13, v. c.

cia; ha llegado a negar la libertad. Hasta nos hace sonreir el que pueda atribuirse a una simple reacción química, o a la ley de conservación de la substancia y de la energía, la obra de los propios filósofos que construyen pacientemente sus ingeniosas teorías, no ya la tarea de los observatorios astronómicos, o la de los que deliberan acerca de un horario de tranvías, o sobre una partida de ajedrez, o sobre el color de una corbata. Y comienzan los propios autores de todas estas disquisiciones liberticidas, por renegarlas apenas terminan su disertación, al hacer uso de su facultad de deliberar, en la propia esquina de la Universidad, cuando discurren consigo mismos acerca de si deben tomar hacia la derecha o la izquierda, y al optar por la izquierda o la derecha "con arreglo al resultado de dicha deliberación".

Las dos escuelas filosóficas, — la idealista y la materialista —, pretendiendo ser comprensivas de la realidad integral, cuando la realidad es "inabarcable", pretenderían que la humanidad se rindiera a sus demostraciones más bien que a las evidencias que palpa en todo momento, antes de que se presente una conclusión positiva; y esto es imposible, tan imposible, que los propios teorizadores más entusiastas, según dijimos ya, fuera del momento en que peroran, proceden como los demás, y se rinden a la evidencia.

A nuestro juicio, es tan inaceptable la tesis de una libertad completa, ideal, como la del determinismo químico-mecánico, que nos reduce a la condición de simples fantoches. Tenemos una noción tan clara acerca de nuestra individualidad, apta para deliberar y proceder "de acuerdo con esa deliberación", si no siempre, por lo menos alguna vez, que no po-

dríamos cambiar de opinión sino cuando se nos pudiera demostrar que es una ilusión el esfuerzo deliberativo, y otra ilusión el acto de decidirnos por aquello que, al deliberar, nos pareció mejor. Es claro que si se admite la tesis de un simple agregado celular como base constitutiva de la individualidad morfológica, puede intentarse más fácilmente una demostración en tal sentido; pero si se advierte que sólo por una federación, por una asociación celular, en todo caso, ha podido realizarse esa "unidad" tan compleja y que, no obstante esto, responde a una voz, a un mandato, de un modo más o menos armónico, pero siempre armónico, de tal suerte que se considera la excepción como una anomalía de carácter patológico; si atendemos a que todo el conjunto celular está de acuerdo en un propósito común y concurre a él, no como lo haría un aparato mecánico muy complicado, una maravilla de relojería, sino *mediante una deliberación* que obliga a veces a tomar un sesgo diametralmente opuesto al que hubo de tomarse antes de deliberar, y que toda la masa celular acude allí para acatar el resultado de ese pensamiento que se transforma todavía evolutivamente, no nos es dado pensar que sólo son los ácidos y las sales, o las vibraciones de la energía total, los que nos mueven, como se muven los títeres con hilos, sino que nosotros, por nuestra parte, también movemos algunos hilos en la gran madeja.

Nuestro concepto de la propia individualidad se acusa desde la vaga sensación cenestésica, y se confirma por una serie inacabable de manifestaciones instintivas, volitivas, conscientes en grado mayor o menor, el que todavía nos es dado apreciar de algún modo; y ese mismo concepto lo tenemos respecto de

las demás individualidades morfológicas, sin excluir las propias más inferiores, si bien dentro de cierta medida, que acaso reducimos todavía más de lo debido. Es preciso, pues, descubrir esa razón, esa causa de la unidad armónica y consciente, antes de rotularla con la palabra "ilusión", la que en oposición a la evidencia, sólo puede aplicarse juiciosamente cuando se la explica, en vez de esquivarla; porque el hombre no se resuelve a abandonar esa brújula, la evidencia, por una ingeniosa disquisición metafísica; y en esto no puede proceder mejor.

La hipotesis del agregado celular está, por lo demás, en contradicción con la propia unidad del sistema nervioso, con los fenómenos de la sinergía funcional, con la inhibición, con la volición, con la deliberación, con la opción que hacemos a favor del resultado de esa deliberación que, a veces, hasta depende de un informe previo, de un cálculo complicado, no ya contradiciéndose con cien otros fenomenos que observamos dentro de nosotros mismos a cada paso. Podría asegurarse que ningún hombre, de ninguna raza y de ninguna época, se ha sentido autómata perfecto; todos, al contrario, manifiestan la noción de alguna libertad para determinar sus actos. No estamos, pues, en presencia de una ilusión, sino de *un hecho;* no se trata de una creencia, sino de *una evidencia.* Este hecho, esta evidencia, tienen que ser explicados, y no solo rebatidos por simples especulaciones abstractas, especulativas.

El culto a la hipótesis integral, que parece ser un sucedáneo del idealismo místico, en el afán de explicarlo todo de una vez, va echando mano de la histología, de la bioquímica, de la mecánica, para dar una conclusión total, sin advertir que todavía el mis-

terio que se va penetrando poco a poco, está muy lejos de haberse disipado por completo, y que, en consecuencia, puede haber muchos otros elementos ignorados que, al concretarse, permitan dar una solución más acorde, por lo menos, con la evidencia. Siempre habrá tiempo, por lo demás, para convenir en que somos maniquíes, muñecos.

Si no hay más que un agregado celular, no hay individualidad integral, sino más bien un conjunto de unidades, sin plan unitario; puesto que volveríamos forzosamente al milagro, otra vez, para podernos explicar cómo las unidades que integran ese conjunto, en vez de regirse por su propia ley, acatan "la ley del conjunto" con tanta sabiduría. Estos elementos "más simples" a que se acude para explicar el "compuesto" tan complejo y armónico como es, dejan de lado las manifestaciones más claras de la unidad individual: la conciencia, entre otras. Si esas células se han reunido como se reunen los granos de arena para formar las dunas, ¿cómo explicarse esos fenómenos congruentes, acordes, inteligentes y unitarios, si bien complejos y poliformes, que revela toda individualidad?

Encaramados en la cumbre del "resultado" del proceso operado en millones de años, por un esfuerzo de todos los instantes, empeñoso, fatigoso, también inteligente, dentro del propio bloque formado por esa serie de concursos multiples, variados, cambiantes, tenaces, evolutivos, progresivos dentro de una razón de progresion que no sólo aumenta en cantidad sino también en calidad, querría descubrirse el secreto total por obra del ingenio especulativo, y se llega a proclamar como solución la suma de las celulas, con igual lógica con que pudiera decirse que

un piano es la suma de algunas tablas, tantos kilogramos de hierro y tantos otros de marfil o marfilina, o que un ferrocarril es fierro, madera, cuero, vapor, etc. Ni el agua que bebemos es tampoco la suma de hidrógeno y oxígeno; ni la medusa es igual a la suma de las medusas de la colonia constitutiva; ni un pueblo es la suma de los hombres que lo componen, ni una alhaja, siquiera, es la suma de las piedras que la integran, sino algo distinto, con carácter propio.

Sabemos que el organismo humano es un tejido celular; empero, ese algo más, que hace del conjunto de células un hombre, vale decir, *una individualidad*, tan armónica y tan unitaria, que se admite como una excepción la posibilidad de personalidades alternativas, o bien múltiples dentro de él, como una verdadera curiosidad; ese algo más, decimos, deja ver que hay diferencias efectivas entre la substancia que forman su tejido y el tejido mismo, cuando no sean diferenciaciones operadas en el proceso multisecular de la evolución.

Se ignora todavía la naturaleza de ese elemento que se llama "afinidad", en la substancia inorgánica, así como la de las manifestaciones termoquímicas que acompañan a las combinaciones de los cuerpos inorgánicos. Las teorías se han expuesto para explicar estos fenómenos, hasta el momento, han corrido la suerte que espera a todo intento ineficaz; pero no por eso queda menos evidente un hecho, precisamente el hecho que quiso explicarse: esa fuerza misteriosa de afinidad en la substancia que atrae a ciertas moléculas y repele a otras que le son indiferentes, o que para determinar con éstas mismas un solo cuerpo, se requiere la intervención de circunstancias o agentes par-

ticulares; y esa otra realidad termoquímica queda subsistente por más que no haya podido concretarse la causa y por más que haya fracasado la teoría del flogisto, que pretendía haberla descubierto y explicado.

Si respecto de la substancia llamada inorgánica — lo cual, por otra parte, no está comprobado que lo sea — hay formas peculiares de vinculación, de cohesión, de asociación, ¿por qué no admitir que en la substancia orgánica, más compleja, haya un agente, una razón, un factor análogo, y también desconocido, que determina análogas atracciones, y que por lo mismo que esto se opera en un dominio más complejo, puede determinar la unidad biológica, la individualidad típica? Queda siempre en pie la misma duda. ¿Por qué unas veces se asocia y otras se disocia o no se asocia la substancia? ¿A qué responden las diferenciaciones de la substancia? Hay una continuidad ininterrumpida en las manifestaciones de la vida, que presupone cierta "solidaridad" bien acusada en los componentes. "El sifonóforo —dice Hæckel— es fisiológicamente un animal "unitario" con numerosos órganos, y morfológicamente constituye una medusa primitivamente independiente".[1] ¿Cómo explicar semejante fenómeno de asociación capaz de formar una individualidad fisiológica, por causas ciegas, fatales, puramente químicas o mecánicas? ¿Por qué se han subordinado dichas unidades dentro de un plan complejo, a la vez que armónico y unitario? ¿Por qué se han refundido en una colonia

[1] E. Hæckel. *Las maravillas de la vida,* t. I, pág. 163, v. c El texto dice "único", donde me he permitido interpretar como "unitario".

para producir una entidad morfológica de conjunto, con funciones propias, y, a la vez, tan distinta de la que formaron las unidades independientes que la componen? ¿Por qué se mantienen así alimentando y concurriendo sumisamente a servir las exigencias de la nueva individualidad creada por un propósito común? ¿A qué obedece ese tributo, esa esclavitud, a veces el propio sacrificio del componente en favor del compuesto? ¿Es acaso lo mismo que se observa en las asociaciones colectivas? En la colmena, por ejemplo, sorprende la abnegación de las unidades que se sacrifican "por la colmena", es decir, por su obra; pero nos violenta pensar que eso se debe exclusivamente a leyes estáticas más bien que *orgánicas*.

La mejor manera de eludir una dificultad cualquiera, consiste en explicarla por la Fatalidad, o por el Milagro, o por la Providencia; pero no por eso queda menos inexplicada y dibujando puntos inquietantes de interrogación, los mismos que nos siguen preguntando: ¿por que la Fatalidad, el Milagro o la Providencia dispusieron así las cosas, mejor que de otro modo?

Este problema vital se plantea también en los corales, la esponja, el hongo, las propias cristalizaciones, no ya en el reino vegetal. Las plantas parecen ofrecerse al observador, cada vez más, como "organismos". Fuera de los admirables fenómenos de anemofilia, de entomofilia, de dehiscencia, es decir, de sus medios de reproducción, en todo lo cual hay verdaderos prodigios de ingenio y de previsión, que revela un *instinto vital,* — si en vez de presuponer una Providencia ocupada en ordenar sus movimientos y destinos, atribuimos a la propia ley natural de su desarrollo ese afán de prosperar y perdurar que exhi-

ben, como todos los demás organismos—, hay en las plantas, también, un propósito común, manifiesto, en la substancia que las integra por asociación, en favor de la individualidad integral.

Queda el problema de la individualidad, como el de la causa de las diferenciaciones morfológicas, sin contestación satisfactoria. No obstante, son igualmente hechos reales una y otra cosa. ¿Por qué las células se asocian unas veces para formar un insecto, otras para formar un reptil, otras un felino, otras un hombre, etc.? Si se comprende que los individuos formen especie más bien que tipos enteramente distintos, no se comprende por qué la célula opta por una u otra forma de individualidad compleja, más bien que por uniformarse en un solo tipo. En las propias formas inferiores, típicamente orgánicas, que también se han supuesto inconscientes, puesto que el hombre, en razón de su egocentrismo, optó siempre por reputarse una excepción en la naturaleza, ha debido reconocerse, empero, "un instinto", también vital, que necesariamente *implica conciencia.* ¿Qué puede ser el instinto si no es la conciencia de la propia individualidad? Fuera de la individualidad, no tendría razón de ser este factor de conservación, de perpetuación, como no tiene explicación la vida fuera de él.

Al hablar de la síntesis del plasma, dice Hæckel: "Se reprocha con frecuencia a nuestra concepción monista de la arquiogonía el no haber logrado aún en nuestros laboratorios obtener albúmina y, sobre todo, plasma, por síntesis; pero se olvida que no conocemos aún la estructura complicada de los albuminoides y que tampoco sabemos lo que pasa en los granos de clorofila, cuando, bajo la acción de la luz solar,

forman plasma nuevo. ¿Cómo en tales condiciones y con los groseros medios de la química actual, va a efectuarse la síntesis de cuerpos cuya constitución íntima ignoramos? Esta discusión es completamente ociosa: no es una razón el que no podamos imitar artificialmente un proceso natural, para que lo consideremos sobrenatural por eso".[1]

Bien se ve que estamos en pleno misterio; pero si en el estado actual de la ciencia no existe, realmente razón alguna para pensar en lo sobrenatural, preciso es confesar también, con igual fundamento, que tampoco hay base para forjar hipótesis integrales a fin de explicar las manifestaciones de la vida, y, sobre todo, cuando las conclusiones van a desconcertarnos, en vez de ponderarnos, como ocurre siempre que se realiza una conquista positiva de conocimiento. Es cierto que los progresos científicos van construyendo un argumento formidable en favor de la tesis monista, al reducir cada vez más la inmensa variedad de la substancia a unos pocos cuerpos simples; pero la insolubilidad del misterio vital la plantea el propio sabio Hæckel, al establecer que *"la organización es una consecuencia del fenómeno vital, pero no su causa"*.[2]

En el fenómeno vital está implícita *la individualidad,* que es instinto, conciencia, voluntad, y un poco de libertad, por lo menos. Es el fenómeno vital, pues, el que queda precisamente excluído de estas investigaciones, desde que no es explicarlo el decirnos cómo se manifiesta, y menos aún el decírnoslo de modo tal

---

[1] Hæckel *Las maravillas de la vida,* t. II, pág 120, v. c

[2] Hæckel. *Las maravillas de la vida,* t I, pág 52, v c.

que nos confunde en vez de esclarecernos, según ha bría de suceder necesariamente si se diera con la vía de la realidad. Ésta no puede presentarnos en oposición con nosotros mismos, puesto que también *somos realidad.*

Como quiera que sea, *la individualidad es un hecho,* aun cuando no se la pueda explicar. Comienza por manifestarse en el perenne proceso de asimilación y desasimilación, que no puede racionalmente explicarse sin un principio de solidaridad en los tejidos que la forman. Esa "yema" a cuya constitución, conservación y desarrollo concurren asiduamente todos los tejidos con una solicitud admirable, no se la explica por la intervención exclusiva de las fuerzas ciegas de la naturaleza, tal como se la concibe, ordenando hechos en el mundo que se supone anórgano y sometido a leyes preestablecidas, inmanentes, fatales, cuando la ley la va dictando el propio ser en su ansia de vivir. De ese modo no hacemos sino aplazar la explicación, remitiendola a "la naturaleza" con igual fundamento con que antes se la remitió al milagro.

A medida que cada organización vital evoluciona, va perfilándose cada vez más la individualidad, hasta que declina y perece, no sin antes tratar de reproducirse, de perpetuarse. Guiada por el instinto, que implica conciencia hasta en las propias formas más simples y mecanizadas, forzosamente, —si no prefiere llamársele "Providencia", como antes—, la que llega en el hombre hasta la deliberación más sesuda; auxiliada por tejidos que se han ordenado en el lento proceso de adaptación, ininterrumpido, se la ve y se la siente laborando constantemente en favor de la individualidad, lo mismo que se la ve y se la siente en

el esfuerzo que ésta hace para prevalecer y reproducirse como "entidad individual". Esa propia energía que va disciplinando a su favor el organismo, y que si se se indisciplina, tal incidencia se reputa como una aberración o una desgracia, de igual modo que cuando la individualidad cede a la presión de cualquier elemento accidental interno o externo, en las enfermedades, en la degeneración, en el suicidio, en la morfinomanía, en la embriaguez, en el ocio mismo, ¿no nos está diciendo que la individualidad orgánica es una realidad, aunque no se la pueda explicar satisfactoriamente?

Nos parece insuficiente que se nos diga, para formar un concepto cabal acerca de la realidad de ese ser que hasta se preocupa de inquirir su propia causa, que dicho organismo activo se rige por la misma ley que rige a las substancias inorgánicas, incapaces de manifestar de igual modo su individualidad, no ya de formularse cuestionarios metafísicos, y de hacer pesquisas minuciosas para resolver y contestar. Sería, tal vez, más conducente indagar con escrupulosidad si en la misma substancia que despectivamente hemos supuesto tan desnuda de nuestros propios atributos, no hay algo más de lo que presumimos, y entonces, cuando hubiésemos modificado nuestro concepto acerca de la substancia, en general, quizá pudiéramos formarnos una idea más clara respecto de cómo habiendo una identidad fundamental en toda la substancia y, consiguientemente, en la supuesta ley común, constante, universal y preestablecida que la rige, cómo, decimos, esos elementos, hasta hoy desconocidos por completo, han podido determinar las diferenciaciones tan sorprendentes que se observan por todas partes y de tantas maneras. La explicación

tiene que ser persuasiva más bien que abigarrada y despampanante. Acaso también sea sencilla.

Tal vez esa misma afinidad que se advierte en la substancia llamada inorgánica, mediante un proceso evolucional, por tantos millares de veces secular que ni puede conjeturarse la fecha de su iniciación, pudiera, por medio de su propia progresividad darnos la clave del *instinto,* que presupone *conciencia y voluntad,* y que, por lo mismo, podría ser la causa de las individualizaciones acusadas, a veces, de un modo tan acentuado y tan complejo; pero sin eso, sin otro elemento que el de las reacciones químicas y el de un mecanismo ciego, queda por completo inexplicada, no ya en las manifestaciones humanas superiores, sino hasta en las más inferiores también, en el propio insecto, en el propio infusorio, y tanto menos explicada cuanto más se llegue a constatar la identidad de la substancia, que, sometida a una sola ley, común, implicaría identidad de efectos.

Vemos una mariposa que se dirige a una flor. Nos acercamos, y la mariposa se aleja; nos retiramos, y vuelve la mariposa a la flor. ¿Qué acción mecánica pudo determinar este ya complejo fenómeno de *conciencia?* Se toma el protozoario para reforzar la tesis, y allí mismo ya se plantea la individualidad, que nosotros no podemos concebir racionalmente si no es mediante una intervención de conciencia, así como de voluntad, lo mismo que para concebir la del hombre civilizado que estudia, observa y teoriza. ¿Qué es, pues, lo que determina el enorme abismo interpuesto entre el cuerpo inerte y el ser viviente, entre el canto rodado, por ejemplo y el insecto?

La influencia directriz de los agentes externos que han de actuar, quizá, lo mismo en la planta y en la

plastídula que en el hombre, aunque no sea de igual modo, ni con igual intensidad (el propio fototropismo, el termotropismo, el quimiotropismo), no contradicen la individualidad que reacciona, precisamente, hasta en las propias organizaciones más simples, y trata de reaccionar *en el sentido de la individualidad,* bajo la misma presión de tales excitaciones externas. También cuando declina el organismo, con la vejez, cediendo a una sucesión de circunstancias que lo llevan irremediablemente a la disolución, aun así, el instinto vital tiende a conservar la individualidad orgánica y la acompaña en todo ese proceso, a pesar de los reiterados contrastes que va sufriendo y la van minando, hasta el instante mismo de expirar, rendida a la necesidad natural de disolverse.

Las desviaciones del instinto, los propios errores o desarmonías o ignorancias, como se les ha llamado, prueban la influencia de este elemento esencial de la individualidad en el desarrollo de la misma, y contradicen la hipótesis de la fatalidad como única ley de la vida orgánica. Debemos admitir, sí, que los organismos, como todo lo existente, se manifiestan en un campo de acciones y reacciones constantes tal como es la realidad, pero esto no supone por sí solo que *la individualidad que integra necesariamente esa realidad,* por su parte, sea por completo impotente e ineficaz, esto es, que no tenga acción propia. Semejante suposición nos llevaría a una conclusión singularmente original. Resultaría que el hombre, antes reputado un semidiós, sustraído y por encima de las "miserias" de la naturaleza, vendría ahora a quedar como un autómata perfecto, ridículo juguete de todos los agentes externos, sin ninguna acción ni

influencia propia sobre ellos. Una y otra tesis nos parecen igualmente insostenibles.

Fuera de la individualidad que se manifiesta por una conciencia más o menos clara o primitiva, cenestésica, si se quiere; fuera del instinto que incita a la conservación y defensa individual, no se concibe una organización activa, ni menos evolutiva, que se mantiene a expensas de una serie ininterrumpida de actos congruentes, ordenados. Un ser a quien faltaran tales elementos, quedaría de inmediato expuesto a la disolución. No basta la fuerza de cohesión que se manifiesta en la substancia inorgánica, para explicar una organización vital, por simple que fuere: es preciso algo más que eso para asegurar su subsistencia, su lucha, no ya su reproducción, con los atributos que la acompañan como indispensables y que llegan a veces, en la maternidad, hasta el sacrificio del propio ser. La individualidad implica *la existencia del instinto,* por lo menos, y él supone conciencia y voluntad, esto es, conocimiento y acción volitiva en el sentido del conocimiento. Estas manifestaciones de la vida son la vida misma, indivisible desde este punto de vista, puesto que si faltase cualquiera de tales concursos, faltaría *la causa* que determina la organización vital, y quedaría ésta a merced de los agentes externos, que la llevarían de inmediato al fracaso. Cuando se habla, pues, de inconsciencia, de abnegación o de altruismo, debe entenderse que se habla de una reducción de conciencia o de instinto, porque a la vez que se les considerara excluídos, debería suponerse excluída la razón de la existencia misma. De igual modo, cuando se constata la falta de personalidad, de carácter, en un individuo, sólo se advierte una atenuación de esos agen-

tes esenciales en toda forma orgánica, y no una ausencia total, que presupondría la pérdida de la individualidad, o sea la de la vida misma.

Antes de aceptar la tesis del determinismo químico-mecánico, optamos por admitir que en toda substancia existen, virtualmente, los mismos elementos que exhiben las formas vitales superiores más complejas, elementos que, al evolucionar, han llegado a acentuarse dentro de una identidad esencial, como arborescencias de ese principio matriz, y que sólo se trata, pues, de diversos grados de desarrollo de una misma substancia. Desde la mónera y la plastida hasta las asociaciones pluricelulares; desde las formas simples de organización vital hasta el hombre, que se supone el organismo más perfecto y más inteligente, se trataría así tan sólo de modalidades y aspectos morfológicos de *la individualidad* dentro de una identidad substancial que sólo pudo diversificarse merced *a su instinto,* o sea a la causa, a la razón de ser de la individualidad, y a su poder de actuar en la línea del instinto *(voluntad),* lo cual presupone *conciencia,* necesariamente. Quizá la propia afinidad que se observa en la substancia más anórgana, implique "un principio instintivo". Es más lógico pensar esto, que suponer que los organismos *han creado* facultades propias, o que alguna entidad superior se las ha legado, sea el milagro, la naturaleza o las leyes químicas o estáticas. De la nada, que es una pura negación psicológica, no pudo surgir la variedad de manifestaciones que ofrece la naturaleza, tan diversas como esplendentes; más aún: de la nada, con arreglo a los elementos de juicio que informan nuestra lógica más evidente, no puede resultar ni un solo grano de arena.

Sería curioso que, después de tantos afanes, tuviera que admitirse la facultad de crear: ¡el milagro!

I EL INSTINTO

Hemos dicho que, según nuestro modo de ver, la individualidad orgánica es obra de instinto, de conciencia y de voluntad. Precisando más nuestra idea a este respecto, diremos que el instinto está identificado con la individualidad orgánica, y, por lo tanto, se le puede considerar como *la individualidad viviendo dentro de las formas de acción consagradas y asimiladas por su ascendencia.*

Así como no se concibe una organización vital que no responda a un plan, no se concibe esa organización sin una dosis de conciencia y de voluntad. En efecto, ¿cómo podría concebirse la formación y el desarrollo de una entidad siempre compleja, como lo es todo organismo, sin que se hallara dotada de estos atributos indispensables a su sustentación y a su defensa? Suprimido el instinto, quedaría suprimida la individualidad, y la individualidad orgánica sin conciencia ni voluntad, sucumbiría como algo inepto para vivir. Sería substancia ciega expuesta a cada instante a zozobrar, si acaso pudiera haber llegado a constituirse sin tales concursos.

El instinto es la razón de ser de todo organismo; es la fuerza de cohesión que determina su funcionamiento y lo mantiene: es la individualidad misma. Todo el conocimiento adquirido; todo lo que pudo acumularse de experiencia, de conciencia, es lo que constituye el instinto, o sea la forma de acción incorporada a cada organismo por la selección y la herencia, que aprovecha la individualidad en todo mo-

mento para satisfacer sus exigencias orgánicas. Sin ese caudal de acción apropiada al mantenimiento de la individualidad, ésta se hallaría a merced de todos los factores de disolución que, en la brega por la lucha que sustenta cada organismo a su favor, la pondrían en peligro. Bastaría que se aboliera la función instintiva por un momento, para que se pudiera disolver desde luego la individualidad. Se ve, en cambio, a todo organismo ocupado en todo instante en su propia suerte, ya sea favoreciendo el cumplimiento de sus funciones fisiológicas, como todo lo demás que le interesa. El instinto es al acto reflejo lo que la razón es al instinto, en una misma dirección y con un mismo propósito organico, idéntico por completo, y es así que, a mayor conciencia, se manifiesta mayor aptitud para evolucionar, mayor empeño en hacerlo, y también una mayor capacidad para rectificar las formas usuales de acción, a fin de adaptar mejor el organismo a su medio.

¿Que elemento externo podría lógicamente tomar sobre sí la tarea y la responsabilidad de vigilar en todo instante lo necesario para que el individuo, de cualquier naturaleza que fuere, se procure lo que le es menester a cada momento para subsistir, y para defenderse de todos los peligros a que está expuesto? Nosotros no vemos, sin el milagro, sin un milagro asiduo y perenne, cómo pueda realizarse esa obra interminable que regula los actos de la substancia orgánica en todas las manifestaciones biológicas, sin excluir ninguna; y como el milagro no explica nada, al contrario, confunde, preciso es creer que el propio organismo es el que se amaña para sobrevivir, para prosperar, para reproducirse, y para defender a la prole mientras necesita ser protegida. Esa obra

ingeniosa y pertinaz, de todo instante, tampoco puede atribuirse a causas sobrenaturales, porque *es una obra natural*, lógica, racional, casi diríamos demasiado pedestre, para ser realizada con la avara intervención de los dioses o las hadas. Estas divinidades hacen su proeza, cuando más, de una sola vez, según los relatos más acreditados, y luego se llaman a silencio; mientras que en la realidad se ve una acción no interrumpida, tenaz, inmensa, inmensamente variada, y siempre más o menos apropiada a las necesidades de cada individualidad. La serpiente de Uganda, por ejemplo, cazadora de pájaros, ¿cómo pudo ser informada por nadie de que fácilmente hallará una presa a su alcance, si espera a que alguna avecilla se enrede en la planta en que acecha, quedando en la imposibilidad de volar? ¿Quién, ni qué ley física o química ha podido suministrarle tan útil conocimiento? Por todas partes, entre los mismos peces e insectos, se advierte un cúmulo de actos congruentes con la necesidad de vivir y procrear, mil diversos arbitrios, casi todos ingeniosos y adecuados a las necesidades de cada organización. Entre los animales inferiores, a veces más inferiores por su pequeñez que por su habilidad, las hormigas, los termites, las famosas abejas que han despertado la admiración de todos los observadores de la naturaleza, estos pequeñísimos seres cuya disciplina social asombra aun cuando se la considere con el pesimismo del gran Buffon, se ve que hay un espíritu de ordenamiento y de defensa social lleno de complicados misterios, que el hombre querría resolver con arreglo a su propia lógica, de igual modo que los apicultores quisieran "perfeccionar" la vida de la colmena en el sentido de su rendimiento. Por todas partes hay sig-

nos de inteligencia, y a los hombres, en cambio, que son los seres más inteligentes, les cuesta creer que esta modalidad tan difundida en todos los dominios biológicos, pueda ser compartida también de algún modo, por animalejos tan minúsculos, que nos hemos acostumbrado a mirar con desdén, por más que a veces puedan darnos algún consejo saludable. ¿Qué es, pues, esa infinita variedad de actos coordinados, hábiles, eficaces, armónicos, sorprendentes, cada vez más sorprendentes así que se los observa?

Verdaderamente, no se alcanza una razón para explicar la sabiduría de los organismos, como no sea un largo aprendizaje hecho a sus propias expensas. Lo que da la apariencia de una fatalidad a las formas ordinarias de actuar en los organismos inferiores, principalmente, es la repetición casi mecanizada en la accion ordinaria, es decir, la que se ha incorporado por la costumbre y que se ejecuta casi con la espontaneidad del reflejo; pero puede verse, no obstante, que apenas se atraviesa una dificultad excepcional, hasta los animales más inferiores se aplican a resolverla apelando a nuevos arbitrios.

A medida que se retrocede en la escala orgánica, puede verse que es cada vez más rutinaria la actividad; empero, siempre parece haber un motivo de sorpresa en la observación atenta de las propias extracciones inferiores de organización vital. Cierto que a menudo se manifiestan con tal regularidad esas formas de acción de los seres más simples, que parecen enteramente automáticas; pero, habría que preguntarse cómo ha podido asimilar esas mismas prácticas mecánicas con una lógica tan eficaz que les permite subvenir a sus necesidades y aun perpetuar-

se, si estuvieran privados de todo conocimiento, de toda facultad cognoscitiva y de voluntad.

Hay un hecho constante en la actividad orgánica, y es que siempre se manifiesta en favor de la individualidad. Unas veces llega a la proeza, y otras a la crueldad, a condición de favorecer al individuo, y esto se observa en las unidades orgánicas inferiores, lo mismo que en las organizaciones vitales superiores, el hombre incluso. Las propias anomalías, las "desarmonías", la ignorancia del instinto, como llama Fabre con más propiedad a los errores instintivos, denotan que el instinto es obra de conocimieno *hereditario - individual,* y no obra de un mecanismo perfecto de la naturaleza o de una divinidad superior, omnisciente. Esa falibilidad que se acusa dentro de una línea invariable, como es la de bregar cada organismo fundamentalmente para sí y para su prole, nos está diciendo que se trata de "errores" y no de desarmonías, que serían inexplicables dentro del criterio de un mecanismo de la naturaleza, y esto es tan cierto, que, para juzgar estos mismos actos, se les encara, y debe encarárseles, del punto de vista de los intereses orgánicos, y no de otro modo. La ley inconmovible es que todo organismo procura protegerse.

Dice Darwin: "El instinto de cada especie es bueno para la misma; pero no ha sido producido, en cuanto nosotros podemos pensar, en beneficio de otras especies. Uno de los casos más convincentes que conocemos de animal que en la apariencia lleve a cabo un acto por el solo bien de otro, es el de los pulgones, que voluntariamente ceden a las hormigas

su dulce excreción".[1] Este propio acto de altruismo, como lo presume el eminente observador, al hacer su reserva, debe reputarse *una apariencia* más bien que una realidad. Quizá fue en su origen una forma defensiva del pulgón, y por efecto de la costumbre u otro motivo que no nos es dado descubrir, mantiene esa práctica que contradice aparentemente, debemos creerlo así, la ley biológica que aplica el instinto a servir los intereses orgánicos individuales, y que lo aplica sin consideración alguna a los intereses de los otros organismos y sin hacer más concesiones que las que fueren compatibles con esa necesidad primordial.

Podría decirse que el instinto es la acumulación de experiencia y sabiduría obtenida por cada organismo a su favor, a través de los siglos. Nosotros nos consideramos exceptuados de esa ley, y creemos que estamos en libertad de proceder con arreglo a móviles mucho más impersonales, sin advertir siquiera que abusamos del "yo" de tal modo, y que lo hacemos con tanta convicción acerca de su excelencia, esto es, de que se trata de algo superior, que no caemos en la cuenta de su propia pequeñez, tan insignificante, si se la mira del punto de vista de los demás organismos, sin excluir el propio ejemplar congénere, y todavía, cuando consideramos algo que parece substraerse a esa ley, lo comentamos extensamente, como un suceso extraordinario. El heroísmo, la abnegación, la propia munificiencia, parecen ser sucesos dignos del más altisonante de los panegíricos· ¿por qué? Debemos suponer que es por hallarse

1 C. Darwin: *Origen de las especies,* t. II, pág. 135, v. c.

estos actos en oposición a una regla general, a la que todos nos sentimos sometidos.

Cuando el investigador realiza experimentos sobre el perro, el conejo o el cobayo, no lo hace, por cierto, en vista del interés que en ello puedan tener los caninos o los roedores, sino atento al beneficio que de eso pueda resultar para el hombre, de igual modo que el feligrés de una parroquia no cumple sus deberes religiosos en favor de las especies inferiores, ni siquiera para que aprovechen de sus buenos oficios los creyentes de otros dogmas, sino en su propio interés, principalmente, y nada es más natural. Cierto es que, a veces, los más sentimentales soñadores, que utilizan los sueros animales, como los demás, y comen carne, se escandalizan de que se recurra a la vivisección para descubrir secretos favorables a la especie en una forma tan ventajosa e impersonal cuanto es y puede serlo la científica, mas no lo hacen sin abrigarse también con buenas pieles ajenas.

Por debajo de todo acto hay un interés orgánico. Nosotros no advertimos la inexorabilidad de este elemento del que todos somos vasallos y tributarios, como lo son todos los organismos, necesariamente, desde que es algo sin lo cual la organización vital sería imposible; no lo notamos, digo, a causa de las magnificaciones idealistas, sentimentales, que nos hicieron tomar en serio nuestra excepcionalidad, y seguimos pensando que el instinto es una entidad inferior sólo digna de los "animales", entretanto que conjugamos, y seguimos, y seguiremos, conjugando todos los verbos agradables en primera persona y en todo tiempo. A nosotros, siempre tan dispuestos a favorecernos, nos parece que esto es de una superioridad incuestionable, y hasta creemos que no ha-

rían mal los dioses en interesarse en nuestra suerte aun cuando para ello fuera preciso descuidar a los planetícolas, cuyo destino, por lo demás, comparado con el nuestro, siempre nos resultaría insignificante. No hay que dudarlo.

El egoísmo instintivo se manifiesta idéntico, en substancia, en todos los organismos, por mucho que nos esmeremos en demostrar lo contrario, y por más que creamos de buena fe que el nuestro es de otra alcurnia. Esto es precisamente lo que nos impide ver en nuestros actos el mismo afán de vivir que reina en toda la escala viviente: vivir por vivir; pero si uno pudiera descomponer cada uno de los actos que ejecuta a cada paso en ese sentido, hasta llegar a su razón más íntima, vería que todos están inspirados en ese común propósito fundamental, si bien alguna rara excepción, error u ofuscación se ofrezca para confirmar la regla; y, por otra parte, notaría en el propio anhelo de mejorar la condición humana, la confirmación de aquel propósito, que lo subraya así.

El largo proceso de tanteos experimentales que presuponen nuestras más usuales formas de acción, que encontramos "hechas", nos hace difícil considerar las verdaderas razones que la inspiraron, y es de este modo que, por más positivas que ellas sean, nos resulta grato creer que son de un linaje extraordinario. Esa variedad de actos que realizamos en todo instante, todos sometidos por igual a un control multisecular, a comprobaciones pacientes reiteradas con ahinco, todas encaminadas en el mismo propósito de amparar al organismo, de vivir, se pone de manifiesto en todo momento. Si para cada acto de los múltiples que ejecutamos en la vida normal, tuvié-

ramos que hacer una deliberación; si esa interminable sucesión de observaciones, experimentos y razonamientos no se hubiera hecho por nuestra ascendencia, es claro que no podríamos hacer todo lo que hacemos. Así, por ejemplo, cuando circulamos por las calles de la ciudad, si para cada conflicto que nos presenta el tráfico tuviéramos que detenernos a resolver tantos problemas como son los que allí mismo están planteados, los accidentes alcanzarían a cifras espantables. En cambio, merced a la experiencia acumulada, vamos resolviéndolos sin darnos cuenta de que lo hacemos, como los empleados bancarios suman, restan, multiplican y dividen automáticamente, así que se habitúan a las operaciones más corrientes. El esfuerzo perseverante que representa la multitud de actos que ejecutamos también nosotros con automatismo, es lo único que puede explicar la llaneza con que resolvemos las cosas ordinarias de la existencia, en tanto que nos confunde, nos abruma, y nos quebranta, a veces, cualquier suceso inopinado, y nos obliga a detenernos y a meditar sesudamente.

Todo, sin embargo, está dirigido, en lo fundamental, en la misma vía: la protección propia. Si entramos con una golosina en una sala donde haya niños, en actitud de ofrecerla, todos claman por obtenerla para sí, con la misma espontaneidad con que procuran rehuir un castigo o una amenaza; y si por una excepción se infringe esta regla, todos miran ese suceso con extrañeza, y tratan de inquirir la causa del mismo. Lo más que puede acontecer en estos dominios, es que el instinto se halle educado y sometido a reglas más ordenadas y conformes con las conveniencias sociales, pero siempre habrá de ser a

condición de que no quede por esto desamparado el organismo, la individualidad, a cuya imposición es preciso subvenir de algún modo.

Como una consecuencia del afán individual de vivir y prosperar; como una demostración del propósito de amparar la propia prole ante la supremacía del instinto egoísta vital, ni es necesario comentar todo lo que realiza la maternidad humana; en las propias especies inferiores se revela, a menudo, no ya con toda solicitud, sino hasta con verdadera crueldad, esa obligación natural de protección a la cría. No sólo se defiende, pues, con todo tesón el organismo, sino el fruto orgánico, también, en todos los dominios biológicos. ¡Es preciso ver con qué admirable egoísmo se aprovecha de todo para sí, con qué refinamientos y con qué fruición cada organismo tiende a depositar su óvulo y a defenderlo! Son inenarrables estas escenas en plena naturaleza, el cariño, la ternura, la dulzura exquisita con que atienden a veces a su prole las propias fieras. Las mismas avecillas de elegante plumaje, de movimientos de dama, de canto plañidero, o gárrulas; los insectos multicolores, todos, de una u otra manera, a condición de amparar sus polluelos o sus larvas, exhiben garras hasta para el acto canibalesco; y la propia cría, por su parte, hace cuanto puede para acomodarse de la mejor manera posible en su modesto rinconcito. El polluelo del cuclillo — este pájaro, que con toda comodidad pone sus huevos en nido ajeno — comienza por arrojar fuera del nido a los hijos de la propia ave que lo alimenta, los que mueren de frío, si acaso salvan de las consecuencias de la caída.[1] La avis-

[1] C. Darwin: *Origen de las especies,* t. II, pág. 148, v c.

pa "Cerceris", cazadora de "Buprestes", a la que llama Fabre "savant tueur", por encima de su crueldad tiene la sabiduría de paralizar al coleóptero destinado a la alimentación de sus larvas, hiriéndolo con su aguijón en los centros motores, de tal modo, que queda vivo, si bien inmovilizado, en espera de que aquéllas puedan servirse de él, en su legítima aspiración de llegar a insectos perfectos, capacitados ya para reproducir estas mismas exacciones crueles en favor de su prole, "para recomenzar la vida de la madre que ellos no han visto jamás", según la frase sugestiva de Metchnikoff. La madre, cumplido su deber, no se detiene ya a hacerles arrumacos a sus hijuelos. León Dufour, sabio entomólogo, supone que los cerceris dan muerte a su presa inyetándole algún líquido antiséptico que permita la conservación de sus carnes y vísceras.[1]

Todo esto mismo que de mil maneras diversas se repite en toda la escala orgánica, demuestra, por un lado que el instinto es la individualidad actuando por variados medios en su afán de adaptarse y de perdurar, y, por el otro, que debe atribuirse a "su conciencia" más bien que al cumplimiento de leyes comunes mecánicas o extraterrenales, ese vivo empeño que de tantos modos pone de manifiesto toda organización vital para lograr aquel propósito. No hay más fatalidad, pues, que la de *la ley propia de cada forma orgánica*, dispuesta para colmar el empeño de vivir y perdurar. La ley se la traza el organismo interesado en su propia prosperidad.

En el reino vegetal también se observan fenómenos análogos de amor incondicional a la individua-

1 E. Metchnikoff. *Études sur la nature humaine*, pág. 35.

lidad, especialmente cuando se manifiestan en su esfuerzo tenaz de propagación, de perpetuación. Dice Metchnikoff que, en cuanto a armonías de la naturaleza, es difícil encontrar ejemplos tan perfectos como lo son las costumbres de las avispas cavadoras, —las mismas a que antes nos hemos referido—, *y el mecanismo de la fecundación de las orquídeas.*[1]

La supuesta mecanicidad que rige a las plantas queda, empero, contradicha en este mismo orden de fenómenos admirables, al descubrirse "aberraciones" y "desarmonías" en estos dominios también, las que no pueden razonablemente explicarse por la hipotesis de un mecanismo integral, capaz de hacer prodigios de *inteligencia* en todo lo demás. Resulta así que, por un lado, nos asombra la inteligencia, tan lógica como multiforme, con que proceden las plantas en su esfuerzo de conservación y de propagación, análogo al de todo organismo vital, y de un modo tan sorprendente que atribuimos su acción a causas mecánicas, superiores a ellas mismas; y, por el otro, constatamos *errores* en sus procedimientos, que serían inexplicables e imperdonables si hubieran de atribuirse a una entidad superior, llámese Naturaleza o Providencia. ¿Qué hemos de pensar, pues, sino que las plantas están regidas por una ley análoga a la de todos los demás organismos, es decir, a todas las "individualidades" orgánicas?

En este dominio, lo mismo que en el zoológico, se advierte un apego tal a la propia individualidad, que, a trueque de mantenerla y de reproducirla, se acude, a veces, a recursos muy semejantes a los propios arbitrios más sesudos y documentados de los

[1] E. Metchnikoff *Études sur la nature humaine*, pág. 37.

que el hombre emplea para lograr lo mismo que pretenden los vegetales a su favor. Se supone que ese esfuerzo que hace la planta para arrojar sus semillas lejos de sí, — idéntico al que hace el insecto, o el ave, o el mamífero, los marsupiales, verbigracia, al guardar la cría, porque todos por igual están dirigidos a garantir la vida de la descendencia —, es debido a causas ultraorgánicas, que habrían de explicarse por un medio menos lógico, "el mecanismo", que raya en lo sobrenatural. A medida que se investiga, sin embargo, todo conduce a explicaciones simples y llanas. Esos propios contrasentidos, o desviaciones, o incorrecciones, considerados como errores de acción, y que todos los naturalistas constatan *del punto de vista racional,* llámense desarmonías, anomalías, ignorancias o aberraciones, así como lo que revela el campo de la propia disteleología, según Hæckel,[1] tiende a excluir toda concepción mecanicista y a apoyar la de la individualidad orgánica, aplicada en toda la escala por igual, a adaptarse al medio del modo mejor posible, y expuesta a error, como lo está el propio hombre, organismo más complejo y, sin duda alguna, superior. Si encarada así esa serie de desviaciones, se puede explicar debido a la falibilidad de todo "individuo" viviente, ¿cómo podría explicarse el error dentro de la inexorabilidad de una ley natural común? ¿Cómo podría eximirse un organismo cualquiera de una ley de ese carácter, y cómo se explicaría una ley tan sabia y grandiosa incurriendo en errores que no escapan al hombre, y en pequeñeces, miserias y crueldades que

1 E Hæckel. *Histoire de la Création,* pág. 550, v. fr

también lo sublevan, por más que él mismo no sea ajeno a ellas, en su propio afán vital íntimo?

Dentro de la hipótesis mecanista tampoco se encuentra el modo de conciliar los fenómenos de conciencia o de conocimiento, que se manifiestan en el hombre, por lo menos, con tantas evidencias. Esta teoría, en resumen, no hace más que sustituir un misterio por otro misterio; un misterio más simple y más llano por otro más abstruso, más inextricable y abrumador. No hablemos del hombre cuya conciencia (conocimiento) no podría ser puesta en duda sin caer de nuevo en el más radical y estéril de los escepticismos. Entre los propios insectos hay detalles que no pueden ser lógicamente explicados sin acudir a lo prodigioso, a lo contranatural, acaso como sucedáneo "científico" de lo sobrenatural. Así, por ejemplo, dice Fabre que el himenóptero melífero conoce de antemano el sexo de sus crías, y prepara una provisión algo mayor para la hembra, por ser ésta un poco más grande. [1] ¿Qué ley común de la naturaleza ha podido detenerse a articular este detalle, de un mecanismo tan complicado? Ora se admita el conocimiento, ora se le excluya, siempre nos preguntaremos, en el primer caso, ¿por qué le permite al himenóptero hacer esa sutil distinción? ¿Es en bien de la cría? ¿Por qué dispone que el melífero, un insecto al fin, sepa más que el hombre acerca de su prole, que el propio sabio que trata de explicarse su verdadera situación en el Universo? ¿Por qué le permite utilizar ese conocimiento, mediante un acto tan lógico de previsión? Y, en el se-

[1] J. H. Fabre *Souvenirs entomologiques,* Serie 10ª, pág. 191.

gundo caso, nos interrogamos: ¿por qué a la vez que ese colosal y admirable mecanismo lleva su providencia y su solicitud por la suerte de ese animalillo a tal extremo, deja incurrir en tantos yerros a la hacendosa abeja y la expone a sacrificios terribles en pro de su fecundación, y de la suerte de la propia colmena? Bien se ve que por esta vía creamos misterios en vez de explicarnos

Y estas mismas preguntas se reproducen a cada paso si se observa la variedad de actos de habilidad y de inteligencia que exhiben los organismos más pequeños de la naturaleza, los más despreciados e insignificantes, en cuanto a su tamaño y a su jerarquía en la consideración del vulgo: las hormigas, los termites, las avispas, etc. Hay verdaderos ejemplos de sabiduría en sus dominios, al lado de ejemplos de refinada crueldad "inteligente". Fabre, el incansable observador, a cada paso constata procedimientos ingeniosísimos en su acción. Así, por ejemplo, el Sphex, lo mismo que el Cerceris, adopta un procedimiento hábil con el fin de paralizar su presa, digno de figurar en un laboratorio de fisiología, y hasta se cree que algunos insectos usan del propio antiséptico en ciertos casos, según se ha dicho. Aunque esta "preparación" no la hayan adquirido mediante cursos especiales y reglamentados, la manifiestan, así mismo, y al admitirse la posibilidad de que tan ínfimos insectos recurran a este arbitrio admirable de conocimiento, así como que también lo utilizan, se admite lógicamente que su acción no debe ser atribuída a causas de carácter general, sino a causas *individuales,* congéneres de las propias humanas, por más que para reconocerlo tengamos que

bajar del estrado augusto que nos deparó la tradición por un engaño.

Resulta así que la naturaleza es siempre más sencilla y más razonable de lo que se la ha imaginado.

La piedra de toque infalible para justipreciar la verdad, es la evidencia. Toda verdad que se concreta se presenta de tal modo clara, que cualquiera puede comprenderla y comprobarla. Aquellas hipótesis, en cambio, se ofrecen ingeniosísimas, es cierto, pero no explican satisfactoriamente "los hechos", ni están siquiera al alcance de los más, y debemos creer que entre los partidarios más eximios, como en sus propios autores también, dejan lagunas, contradicciones, vacíos y dificultades, hasta para ellos mismos. En esta senda, diríase que volvemos por otros recursos distintos a las mismas grandes quimeras antiguas, que nos confunden en vez de iluminarnos, como ocurre cuando se perfila una verdad, forzosamente.

Entretanto, el instinto individual, orgánico, está allí, vigilante, atento, imperando en todo instante sobre la individualidad, identificado con ella. Es imposible desconocer ni su existencia, ni su eficacia, porque son de una realidad evidente. Como quiera que se considere la individualidad, está siempre protegida *por sí misma*, ya sea que llamemos instinto, conciencia, Providencia o de otra manera a esta defensa solícita, o bien que atribuyamos a dicho elemento una causa externa o interna. Lo más que puede admitirse es que el instinto se discipline, pero no que se excluya, puesto que tal cosa implicaría la pérdida de la individualidad, que es la pérdida de la vida Entretanto que se declama, vemos que en el gran cañamazo total de la realidad cada ser conduce su hilo vital y borda a su manera, siempre con

el propósito de mantenerlo, de defenderlo, de robustecerlo, por arbitrios diversos, indescriptiblemente diversos. Unos lo hacen con arreglo a un plan que semeja mecánico, porque se repite a través de los tiempos, siempre de acuerdo son ese propósito individual, y otros tratando de rectificar su plan constantemente, para tejer con más eficacia; lo cual, en todos los hilos vitales significa lo mismo: perdurar, perpetuarse de la mejor manera posible.

Cuando denominamos instinto a esa serie de actos incorporados en las formas ordinarias de acción, ya asimiladas en cada especie, olvidamos que éstas pueden transformarse, y se transforman así que en ello se advierte una ventaja, lo que, por lo demás, requiere asiduas comprobaciones, tanto porque es lento el asimilar, cuanto porque, dado el interés tan superior que existe en todo esto, nadie se resuelve a cambiar las prácticas ya consagradas, sin antes cerciorarse de los efectos. Es de una lentitud inverosímil todo cambio fundamental. Si para que llegaran las comunidades de insectos a instituir la esclavitud transcurrieron quizá muchos millares de años, para que el hombre se decidiera a abolirla de entre sus usos, no se ha requerido mucho menos, por cierto. Es tan pausado ese proceso de mecanización instintiva, que ha hecho pensar en la inmutabilidad de su acción, especialmente en las especies inferiores, sin advertir que también para llegar a adoptarse por ellas esas mismas formas ya mecanizadas, ha debido procederse *a base de conciencia,* por elemental que ella fuere; puesto que, de otro modo, tendríamos que explicarnos tales sucesos por medios sobrenaturales o contranaturales, que, lejos de explicar, complican la cuestión y la confunden.

Quizá pueda un día descubrirse la causa de las afi-

nidades que se observan en la substancia anórgana y que determinan modalidades tan diversas en sus formas de combinarse, para producir compuestos distintos al componente, dentro de ciertas condiciones particulares, no uniformes. Esa misma afinidad, actuando en la substancia orgánica, más compleja, podría, según dijimos ya, como una fuerza de cohesión análoga, de simpatía, diríase, explicar la asociación orgánica dentro de una individualidad típica, muy distinta del componente, la que brega por sobrevivir, como tal, y de perpetuarse, con tanta y tan invariable tenacidad, sobre dicha base unitaria, equilibrada e indivisible, de "entidad orgánica". Esa fuerza que une algunas veces dos cuerpos, y otras los mantiene indiferentes, cuando no los repele, la misma que forma el pedrusco, y que se observa en todos los grados posibles en toda la materia, desde la combinación química que se conserva fija, hasta el plasma, el tejido de substancia vital que se alimenta por intususcepción, dentro de un plan armónico, tan solidario que permite al conjunto individual realizar su proceso de constante asimilacion y desasimilación, a condición de mantener la individualidad, creada por reproducción y sostenida con tanto esfuerzo, a través de los siglos; esa misma acción "propia" de la substancia ¿no podría explicar la individualidad, mejor que la tesis de un mecanismo integral que no sabemos a qué ni a quién atribuirlo, y que, además, nos desconcierta?

Es verdad que se notan diferencias que parecen abismos abiertos con radicalidad fundamental entre los múltiples fenómenos naturales; pero así que se observa, se va percibiendo que las supuestas soluciones de continuidad se resuelven en un sentido favorable a la tesis evolucional, por un lado, y, por el

otro, se advierte un propósito común en todas las formas de combinación o de asociación de partículas o animálculos, a la vez que un mayor cúmulo de atributos en la substancia ínfima, no ya en los propios organismos que se reputaron tan inferiores antes de ser sometidos a una escrupulosa observación. Y si resultara que es una fuerza análoga a esa de afinidad, la que determina el supuesto agregado celular, tendríamos la clave de la individualidad orgánica, porque ese elemento que llamamos instinto no sería otra cosa que la razón de ser, la causa misma de la asociación celular, actuando con el propósito íntimo de subsistir dentro de las modalidades peculiares a su estructura, y valiéndose de todo aquello que le sirve para conservarse, para perdurar, para prosperar. Sería la individualidad que actúa con arreglo a sus recursos propios, en pro de sí misma. No sería, pues, una "consecuencia" de la individualidad, ni un efecto de combinaciones y mecanismos ultranaturales, sino la causa eficiente de la individualidad, con la cual se hallaría identificada, esto es, *la individualidad misma* que brega a su favor.

II LA CONCIENCIA

Excluída "la individualidad orgánica" integral y unitaria, no acertamos a explicarnos la conciencia, ni su utilización. Sin embargo, los positivistas modernos mantienen en rangos paralelos a la célula constitutiva y al organismo contituído, esto es, mantienen la individualidad del elemento componente "en el compuesto", por más que éste se manifieste tan clara como persistentemente preocupado de sí mismo, tanto como lo está la célula en acatar y se-

cundar ese propósito individual del conjunto. Este hecho, evidente, desautoriza la hipótesis de la supremacía del elemento que, en todo caso, sirvió para tejer el organismo, colocando a la célula en un plano enteramente secundario y auxiliar con respecto a la entidad constituída.

Para orillar la dificultad que emerge de la armonía de estas dos entidades, tan definidas como solidarias, asociadas, casi identificadas, se ha apelado a todos los arbitrios de ingenio, sin lograrse, a nuestro juicio, ningún éxito hasta ahora, puesto que la hipótesis de la conciencia-epifenómeno que concibió Maudsley y adoptó Huxley, por más que cuente con tantos y tan esclarecidos partidarios, no ha podido, que sepamos, explicar la conciencia orgánica, unitaria, individual, que por todas partes se manifiesta, de una u otra manera, en los dominios biológicos. Esta solución, en vez de disipar ese misterio, lo acentúa, por cuanto no se alcanza a comprender, fuera de lo prodigioso, cómo pueda sumarse, ni por quién, el resultado de las impresiones celulares de conciencia, ni cómo pueda el organismo integral aprovecharse de ese elemento que contiene la célula constitutiva, en sí misma. Es tal la imposibilidad de demostrarlo, que hasta se ha llegado a negar sus efectos, por más evidentes que ellos sean.

El agente que identifica a la conciencia atómica con la conciencia de la substancia vital organizada, "viscosa", según se ha dicho, en sus propios aspectos más simples, queda invisible e inexplicable, como lo está el que identifica a la de la plastida con la del organismo ya construído, perfecto, diremos, aplicando la locución entomológica. ¿Cómo se explica "la suma" de conciencias celulares, si es una suma?

¿Quién es el que percibe el resultado de esa "sinergía" celular? ¿Por qué maravilla sobrenatural o contranatural se manifiesta ese fenómeno de conciencia en la individualidad organizada, si es simplemente una adición de conciencias ultramicroscópicas, diríase, separadas, independientes, y tan ineficaces, que las cosas pasarían igualmente sin ellas, según lo afirma el profesor Le Dantec como algo axiomático? [1]

De este modo caemos de nuevo en lo mirífico.

Si alguien, con un alfiler, nos punza una mano, toda la masa celular individual acusa los efectos de tan leve lesion. Más todavia: si se nos amenaza con un puñal, antes de que llegue a herirnos, toda la masa celular ha recibido una conmoción y se apresta a repeler el ataque, acudiendo con tal unidad de conjunto, que no podría hacerlo mejor la propia célula, personalmente, para esquivar una agresión que le fuera dirigida a ella misma. Entonces ocurre interrogar: ¿qué elemento es el que explica esa acción armónica de conjunto, idéntica a la que desempeña el elemento simple, mínimo, componente, a su respecto, en toda organización vital? Aquí hay dos aspectos de ese proceso, igualmente inexplicados: 1º, el que todo ese conjunto tan variado y tan variable, sea obra de puro mecanismo; y 2º, el que la obra resultante de tan complejo mecanismo tenga, en sí misma, los propios atributos que obstenta cada uno de los componentes, todavía más acentuados.

Nos parece que, para explicar la individualidad, se recurre a un expediente ineficaz, puesto que hoy, como ayer, queda por igual en pie el misterio de esta entidad definida, consciente, capaz de querer y de

1 F Le Dantec: *Le déterminisme biologique,* págs. 2, 156.

obrar de acuerdo con su volición, dentro de cierta medida por lo menos, sabiendo lo que quiere, y comunicándolo a veces hasta con exceso a los demás, reaccionando sobre sus formas ordinarias de acción mediante una serie de deliberaciones, de observaciones, de experimentaciones, de cálculos, que la conducen, por vías complicadísimas, a conclusiones impensadas, a menudo, y esto nos parece muy distinto de lo que ocurre con la substancia inorgánica, que se la supone sometida a puras reacciones químicas y a ajustes puramente mecánicos. Por más que se extreme la imaginación, no se alcanza a salvar la distancia que, como un muro inexpugnable, separa lo mecánico de lo orgánico. Ningún mecanismo, por ingenioso que sea, es capaz de manifestar conciencia individual, por más que lo simule; ni el cronómetro, ni el sumergible, ni el linotipo, ni ningún otro, aun cuando lleguen a adquirir complementaciones fantásticas, pueden lograrlo. El torpedo, verbigracia, va con la consigna de estallar apenas toque un cuerpo duro, según creemos; pero por más que se perfeccione, nunca podrá llegar *a discernir,* como puede hacerlo a cada instante el marino, y estallará aun cuando el cuerpo duro que encuentra a su paso no sea el que se tuvo en vista al enviarlo.

Hay una rigidez tan estricta en lo mecánico, que no puede confundirse con la plasticidad que revela el mundo orgánico, y tal diferencia se presenta como una barrera insalvable. Esa ductilidad consciente de los cuerpos orgánicos que se acomodan a las circunstancias y reaccionan de acuerdo con ellas y, a veces, *aun en oposición con ellas,* revela que la substancia organizada es distinta de la que suponemos anórgana, tal como la concebimos por lo pronto, salvo que

ésta tuviera iguales atributos, imperceptibles para nosotros, y resultara que lo que reputamos mecánico es orgánico; pero, de todas maneras, estaríamos de igual modo frente a un misterio en este caso mismo, y no frente a una solución, puesto que no por eso quedaría menos ignorado este paso de lo imperceptible a lo perceptible.

Si se dijera que los supuestos mecanismos vitales, más complejos, pueden ofrecer una más variada serie de efectos, si para explicar esta mayor variedad de efectos se acudiera a las asociaciones de insectos, de abejas, de termites, de hormigas, por ejemplo, siempre quedaría en pie la misma dificultad para explicar la conciencia "individual" del conjunto social, puesto que si bien en la colmena, verbigracia, vemos que los elementos que la componen manifiestan cierta solidaridad, no la concebimos tomando por sí misma una iniciativa "propia", a la cual hubieran de someterse los individuos que la constituyen, abdicando por completo su entidad, su conciencia individual, en tanto que en las organizaciones vitales prima la acción de la conciencia integral sobre la de los elementos asociados, cuya individualidad ha sido sometida casi incondicionalmente a la individualidad del conjunto. En el primer caso, la iniciativa parte del elemento asociado; en el otro, parte de "la asociación". En otras palabras: en el primer caso, es la abeja la que gobierna "con sus células constitutivas", y en el otro, tendríamos que es la colmena la que toma el gobierno por encima de la individualidad apícola; en el uno, como se ve, el individuo brega en favor de sí mismo; en el otro, como que no tendría razón de ser la individualidad social, fuera del interés del asociado, éste sólo se une para atender

mejor a sus necesidades propias, aun cuando para ello llegue a veces hasta el sacrificio de sí mismo, como suele ocurrir también en las propias asociaciones humanas. Pero no podrá equipararse jamás, por más que se perfeccionen las formas sociales, la entidad del grupo asociado con la entidad individual del sujeto que se asocia, si bien hay algunas analogías; porque en estas agrupaciones sociales el individuo es "el objeto" de la asociación, el que mantiene y trata de mantener su individualidad, en tanto que en las organizaciones vitales el fin es "la asociación", la cual tiene, por lo demás, iniciativas y fueros *propios,* y en ella el elemento constitutivo reduce su individualidad. Lo que semeja una colmena es una agrupación humana industriosa, mas no el hombre que desempeña el papel de la abeja. Entre estos dos elementos, cada uno en sí, la abeja y la colmena, puede decirse que hay la misma diferencia que entre un proceso de asimilación y otro de agregación.

Si la conciencia individual no se explica por medio de un agregado celular adicional, tampoco se concibe a la conciencia desempeñando una función de simple espectador "inútil", tan vano, tan ocioso, que las cosas se pasarían de igual modo aun cuando ella no existiera. Esto nos parece un colmo de temeridad del ingenio hipotético, el que atenta a la realidad en plena faz, deformándola por completo, en vez de explicarla, como lo pretende. Suponer que el conocimiento que tan fatigosamente se adquiere para saber a qué atenernos, es una ilusión peor que inútil, desconcertante, es suponer que todos nuestros sentidos y facultades, vale decir, lo propio que nos está sirviendo admirablemente en todo instante, con un tacto cada vez más práctico y más eficaz, no hace

otra cosa que engañarnos, a nosotros, míseros autómatas, que, por lo mismo que lo somos, ni debiéramos saberlo. Esto es inverosímil, por no decir ininteligible, absurdo. El hombre, respecto de sí mismo, se plantea una cuestión que se agitó con un motivo risueño: "¿Froso es hombre o es autómata?" La única diferencia está en que, entonces, eran los espectadores quienes se dirigían esta pregunta, mientras que ahora es el propio Froso quien interroga. Hay, pues, algo de cómico también en los asuntos más graves e importantes.

El concepto de la individualidad orgánica, tan evidente como es, queda omitido en todas estas disquisiciones enteramente desviadas, a nuestro juicio, que para dar una explicación apelan a lo sorprendente.

El hombre que alcanza a comprender las leyes mecánicas, y construye mecanismos bastante complicados, no puede ser un autómata, a su vez, librado a las aventuras de toda reacción químico-mecánica, sin hacer, por su parte, otra cosa que presenciar todo esto como los ojos de vidrio de un oftalmólogo presencian desde la vitrina lo que ocurre a su alrededor; el hombre que ha llegado a descubrir que no hay creación ni destrucción de substancia, a pesar de tantas apariencias contrarias, no puede ser una entidad pasiva, ineficaz, en la propia plena realidad en que actúa *como parte.* Al considerar estas explicaciones, se diría que, acostumbrados al desmentido, mediante la observación de la naturaleza, nos anticipamos a él por medio de fantasías que, lejos de iluminarnos, nos confunden, pretendiendo suplantar la evidencia por lo abstruso, por lo incomprensible. Lo que nos interesa es conocer la realidad, no el

buscar una explicación cualquiera, aunque sea dentro de lo extravagante, de una especie de "cubismo" filosófico que, al desfigurar la evidencia, deforma a nuestros ojos lo existente; lo que importa es descubrir "lo que es", no el deslumbrarnos con recursos de imaginación, que a menudo resultan simples ceremonias bautismales, con lo cual, por más que se aguce el ingenio, no se logra sino la sorpresa de un instante. La realidad, de por sí, es bastante respetable y generosa para conformarnos; tan generosa y respetable, que nunca podrá superarse en ningún sentido. Lo más y lo mejor que podemos intentar es comprenderla, y éste es el máximum de toda aspiración superior.

Volviendo a reanudar nuestra investigación acerca de la conciencia, se ofrece desde luego esta dificultad: ese supuesto epifenómeno, como quiera que se le considere, siempre resulta "individual", esto es, comprensivo de la organización pluricelular. Esta cualidad de la conciencia no se puede explicar, pues, por una adición de conocimientos, es decir, de actos de conciencia "celulares". Comprendemos que con los elementos de juicio actuales, es difícil conciliar la vida individual del conjunto con la vida individual del elemento constitutivo de aquella individualidad más compleja: el hombre, el ave, el pez, el insecto, etc. Este eslabón es el que debemos buscar, y el hecho de que no se le haya encontrado, no es una razón para prescindir de él. Por otra parte, ¿cómo podría vivir un organismo sin contar con elementos "vitales"? Caeríamos de nuevo en el automatismo, en el mecanismo vital que nos confunde en vez de ilustrarnos.

Es cierto que los elementos que forman el tejido

orgánico, en todo el desarrollo de la individualidad integral, parecen obrar por cuenta propia. No obstante esa apariencia, queda en pie, sin contestacion satisfactoria, un hecho indubitable· ¿cómo han podido tejer ese organismo tan complicado y armónico a la vez, que, por su parte, también acusa una individualidad, más intensificada aún, y más capaz que el propio elemento constitutivo?

Bergson constata esta nebulosa que se ofrece como un escollo en el problema de la organización vital, cuando examina la tesis finalista, y dice: "Un organismo está compuesto de tejidos, de los que cada uno vive por su cuenta. Las células de que los tejidos están hechos, tienen también una cierta independencia. En rigor, si la subordinación de todos los elementos del individuo mismo fuera completa, podríamos negarnos a ver en ellos organismos; reservar este nombre al individuo y no hablar más que de finalidad interna. Pero todo el mundo sabe que esos elementos pueden poseer una verdadera autonomía.

"Sin hablar de los fagocitos, que llevan su independencia hasta a atacar al organismo que los nutre; sin hablar de las células germinales, que tienen su propia vida al lado de las células somáticas, basta con mencionar los hechos de la regeneración: aquí un elemento o un grupo de elementos manifiesta repentinamente que si en tiempo normal se somete a no ocupar más que un espacio pequeño, y a no realizar más que una función especial, podría hacer mucho más, y hasta podría, en ciertos casos, considerarse como el equivalente del todo" [1]

[1] René Gillouin. *Los grandes filósofos; Enrique Bergson*, pág. 169, v c.

Como se ve, queda inexplicable la individualidad del organismo integral dentro de la individualidad del organismo componente; pero ¿acaso es ésta una razón para negar aquella realidad, tan palpitante como es? Esa individualidad que aprovecha de todos los concursos que le prestan sus tejidos celulares, y en la que las acciones más o menos adversas "para ella" de ese cúmulo de animálculos, son simples episodios de sí misma, como las enfermedades, los accidentes, etc.; esa individualidad que inquiere acerca de la mejor acción de tales concursos, los que, lejos de negar su existencia, la afirman; esa individualidad que observa el desarrollo de dichas intervenciones, no sólo para tratar de explicárselas, sino para desenvolver las que le son más propicias, y hasta con detrimento de aquellas unidades, y que, a condición de mantener su propia entidad, llega a atentar contra los propios elementos que la integran, cual si se tratara de suprimir un molesto parásito, y también a menospreciar "el conjunto" de esos elementos, a la misma condición, como lo hacen los dualistas, que quisieran salvar algo del desastre inevitable de la desorganización de las masas celulares constitutivas; esa individualidad patente, decíamos, ¿cómo negarla?

A nuestro juicio, el arte científico consistiría más bien en plantear problemas y hasta dificultades, antes que en anticipar conclusiones y en darlo todo por explicado, aun cuando no lo esté, como no se explica la conciencia, dentro de la hipótesis del epifenómeno, que no sabemos cómo habría de poder manifestarse, a la vez que en el elemento mínimo componente, en el total de la individualidad. Esto, por un lado, y, por el otro, las consecuencias tampo-

co se avienen con la tesis de la ineficacia de este precioso elemento, que, con arreglo a aquella hipótesis, *presenciaría* tan sólo, sin quitar, ni agregar, ni modificar nada en ese torbellino de acciones y reacciones químicas, en el que se exhibiría como un apéndice inútil de la individualidad, y, como tal, destinado a perecer, en vez de adquirir mayor desarrollo, según se advierte en la realidad. Cada día puede constatarse con más claridad que la conciencia está en vías de crecimiento, y tan decisivamente actúa en la actividad humana, que toda ella se va transformando con arreglo a los dictados del conocimiento. ¿Cómo negar, pues, su eficiencia?

Nosotros no alcanzamos a percibir una diferencia entre conciencia y "conocimiento". Al contrario, nos parece ver manifestaciones enteramente idénticas, fundamentalmente idénticas. Lo que llamamos conocimiento, es tan sólo el desarrollo de una manifestación cualquiera de conciencia, y debido a que no hemos podido dejar de explicarnos de algún modo todo lo que se presenta a nuestra mirada, el proceso rectificador nos causa la impresión de un descenso, según lo dijimos ya, por cuanto nuestras explicaciones primitivas siempre han debido adolecer del vicio de lo sobrenatural, de lo milagroso, en cuyo centro mismo nos habíamos ubicado, con toda inmodestia. Ese "descenso" a la realidad, que se opera por la conciencia, precisamente, por el conocimiento, que va demoliendo las ilusiones ingenuas, primitivas, que trasmitió la tradición, nos produce un desencanto igual al que experimentaríamos si, después de habérsenos hecho creer que éramos hijos de algún millonario aristócrata, vinieran las par-

tidas de estado civil a demostrarnos que somos, en cambio, descendientes de un recio y fornido labriego.

Pero lo verdaderamente característico es que todo conocimiento, como todo acto de conciencia, por rudimentaria que ella fuere, *siempre integra* nuestra acción, y tan cierto es que todo ser reconoce la utilidad y la eficacia de una mayor conciencia, que el esfuerzo de perpetuación induce a la paternidad a informar la conciencia de la prole, y, a veces, hasta en las especies inferiores. El hombre, por su parte, cuanto más civilizado, más se esmera en prevenir y dar saludables consejos a sus hijos, y luego los envía a la escuela y a las universidades, para que completen "su individualidad" por el conocimiento; y esta individualidad en formación que asimila enseñanzas, a su vez, las utiliza indefectiblemente, aun cuando no siempre saque todo el provecho que pudiera sacar, y de tal modo, que hasta se considera un contrasentido el que no se utilicen dichas enseñanzas lo más posible; y se notará que, aun en tales casos, no deja de emplearse de alguna manera esa "mayor conciencia", aunque no se tome con ella un partido más ventajoso y positivo ¡Tan eficiente es la conciencia!

La conciencia, como autoconocimiento y como conocimiento de lo que es ajeno a nuestro "yo", en esa doble faz, debe haberse manifestado primero como una vaga sensación cenestésica, para después irse perfilando hasta llegar a las formas superiores introspectivas o a las de inducción y deducción acerca de los fenómenos que se desarrollan en el exterior de la individualidad. Se advierte, no obstante, un mayor desarrollo en las facultades aplicadas al conocimiento exterior, y una mayor precisión en las conclusiones. Probablemente esto se debe a que es en esta línea en

donde hubo de ejercitarse más el ingenio. Antes de que el hombre pudiera dedicarse a la introspección, ha debido llegar a disipar sus preocupaciones y cuidados apremiantes, puesto que, de otro modo, no pudo nacer ese empeño en aclarar estos misterios por el conocimiento. Hasta entonces la propia individualidad debió ser una simple plataforma defensiva, vigilante, con sus focos encendidos, como una fortaleza siempre dispuesta a repeler una agresión, más bien que interesada en el ordenamiento y el examen de su interior, con fines puramente cognoscitivos.

Preciso es convenir que, en pleno desasosiego, como vivió el hombre primitivamente, y como vive en estado salvaje todavía, no hubo de tener mayor interés en la observación de sí mismo. Puede decirse que el único punto que debía reputar seguro, era precisamente la propia individualidad: con ella podía contar como con una aliada leal; pero fuera de ahí, todo debió ser para él inquietante. En el propio salvaje puede verse que, si bien tiene un poder visual y auditivo sorprendente, carece de toda noción acerca de sí mismo, de igual modo que respecto de ideas abstractas.

Debemos creer que si el esfuerzo aplicado por la inteligencia humana para propiciarse el mundo exterior, se hubiese aplicado con igual empeño en el sentido introspectivo, quizá no fuera tan hondo como es el misterio que rodea los estados de conciencia, los que, todavía hoy, se definen por los más eminentes psicólogos a fuerza de perífrasis; y si descendemos de grado en grado en la propia especie humana, no hay que llegar a las especies inferiores, para ver, cada vez más, que es nulo el esfuerzo in-

trospectivo apenas se examina al hombre inculto. Lo progresos realizados en el ordenamiento social, por un lado, y, por el otro, la tranquilidad resultante de las conquistas científicas, han permitido que el hombre vuelva hacia sí mismo, para explorar sus propios arcanos.

El insecto que vemos empeñado en todo momento en "conocer" lo que le rodea, palpando, explorando lo que está a su lado, lleno de curiosidad, es casi seguro que jamás se ha aplicado a inquirir lo que es él en sí mismo. De ello sólo tendrá una vaga noción cenestésica que lo impulsa a defenderse. Esa es su conciencia individual. En el hombre, sólo vemos al civilizado que comienza a dedicarse a ese examen con algún interés. De ahí que lo que perdió la acuidad de su mirada y de su oído, lo ha ganado en aptitudes para inducir y deducir. Una vez que pudo disipar los temores que le inspiraba lo externo, el hombre se ha replegado sobre sí mismo.

En el examen introspectivo no tenemos más base de conocimiento que una forma especial de "sensación", puede decirse, puesto que los demás recursos no nos sirven para escudriñar nuestra propia psiquis. En cuanto al conocimiento de nosotros mismos, estamos en la condición del auriga subido en el pescante, respecto de su vehículo. Él "siente" cuando alguna de las piezas no marcha bien; pero si pudiera bajar para cerciorarse del verdadero estado de dichas piezas por medio de sus ojos y de su tacto, entonces podría hacer una afirmación más fundamentada. La conciencia, en la faz introspectiva, es menos apta para conocer, de lo que lo es en cuanto atañe a lo demás, es decir a lo que es extraño a la propia individualidad, donde es posible utilizar sen-

tidos con que no se cuenta para la autoobservación. Puede imaginarse así cuán difícil es investigar lo que ocurre en el mundo psíquico, donde comienza la dificultad por hacernos ver lo propio mediante simples tanteos sensoriales, realizados, diríase, en una cámara obscura; y acaso por esta misma dificultad es que, merced a la mayor acucia de las facultades perceptivas y a la dexteridad de las funciones intelectivas aplicadas al conocimiento de lo que es exterior, nos es posible descubrir un estado de conciencia en los terceros, con más precisión, tal vez, de lo que lo hacemos respecto de nosotros mismos. Tan cierto es esto, que hasta nos servimos de este recurso para apreciar mejor nuestros propios estados psíquicos.

La conciencia, actuando en el dominio introspectivo, no es la visión de sí mismo, sino una vaga sensación que semeja a la táctil, y que, por lo mismo, no puede abarcar todo el campo de una sola vez, ni puede penetrarlo enteramente. Lo que es posible definir algo más, son los estados típicos de conciencia, pero no los ordinarios. Resulta así que el conocimiento del mundo exterior es más fácil y completo del que tenemos acerca de nosotros mismos. Tal afirmación parece paradojal porque, respecto de nosotros mismos, como que estamos en posesión de todo lo íntimo, se diría que nos hallamos mejor informados; pero si bien es cierto que tenemos bajo la mano el secreto de nuestras mayores intimidades, éstas se nos ofrecen de un modo tan impreciso y obscuro que, a menudo, sabemos mejor lo que atañe a los demás que aquello que se refiere a nosotros mismos.

Tomadas en sus formas superiores, ya evoluciona-

das, la conciencia y el conocimiento, debe parecer un despropósito el suponer con tales atributos a las organizaciones inferiores; pero si se les considera en sus aspectos iniciales, como "una sensación" solamente, y muy rudimental, no ha de asombrarnos el que pueda un día constatarse que toda la substancia posee, en algún grado, por mínimo que fuere, conciencia de sí misma. Bastaría que al dilatarse y al contraerse, al vibrar, experimentara la más leve sensación imaginable de su propia existencia, para que pudiera admitírsela, y es claro que desde ese aspecto rudimentario, desde la conciencia atómica que presume Hæckel, hasta las formas intensificadas de conciencia de las organizaciones superiores, caben infinidad de graduaciones y variedades, dentro de una identidad fundamental. En el hombre mismo es tan enorme la diferencia de conciencias, que hasta se podría pensar que son distintas radicalmente. No ha mucho se hizo en Italia una encuesta a fin de conocer, entre otras cosas, qué grado de capacidad ofrecen los analfabetos para concebir las ideas abstractas, y por más que esta pesquisa se realizó respecto de las generalidades más corrientes, el resultado fue pasmosamente demostrativo en el sentido de comprobar una ineptitud completa, en esos elementos incultos, para toda generalización, para toda abstracción. Nadie, sin embargo, podrá dudar de la identidad esencial de la conciencia humana.

Si se fuera así descendiendo hasta las extracciones humanas más inferiores aún, y de ahí se siguiera el examen, comenzando por las especies más inteligentes, para seguir todavía en una línea descendente, grado por grado, en el dominio biológico, quizá se llegara a constatar que esos abismos radicales que

suponemos, se van aplanando sin soluciones considerables de continuidad, hasta llegar a las formas de organización más inferiores. Como quiera que sea, resulta, en verdad, elocuente el hecho de que, a medida que se observa, siempre se van modificando las opiniones en este mismo sentido.

Son ya muchos los naturalistas que admiten la existencia de una individualidad, análoga a la humana, en el mismo reino vegetal. Si la planta siente afluir su propia savia hacia las extremidades, cuando se la riega, por ejemplo, habría ya una manifestación de conciencia idéntica esencialmente a la que exhiben las organizaciones más superiores. Así que se le ve erguir bajo la accion del riego, y revive, ¿quién puede negar la posibilidad de que *sienta* los beneficios de ese concurso que le devuelve la vida? El que tan ínfimos fenómenos de conciencia permanezcan ocultos bajo el fuero interno individual, no nos autoriza a negar su existencia. Se comprende que en las organizaciones inferiores la conciencia no ha de ofrecerse muy acentuada, así como que no es menester que ella se manifieste de este modo, para que pueda admitirse la existencia de tal modalidad inseparable, a nuestro juicio, de toda *organización* vital. Nos referimos a la conciencia-sensación, es decir, a la forma elemental de conciencia, que es la que debe presuponerse, por lo menos, en toda forma organizada

Para que la conciencia humana llegara a acusar formas de racionalidad, en su empeño de adaptación, capaces de una compresión más general acerca del mundo exterior, y exhibiera el propósito de inquirir las causas de su propia estructura, han debido pasar siglos de perseverante esfuerzo, y ahora que palpamos el resultado de tales disciplinas, nos engreímos, cre-

yendo que somos los únicos seres conscientes, con igual lógica con que antes se pensó que la realidad era un mundo hecho expresamente para el hombre, cuando en todo tiempo otros organismos han disfrutado de él con igual derecho, si no con iguales medios de acción, así como gozando también, por su parte, de los beneficios de la vida.

En el esfuerzo de cada organización vital para adaptarse, — esfuerzo en que se echa mano de todo recurso—, es que han ido apareciendo las modalidades complejas de conocimiento, a base de conciencia elemental, de conciencia-sensación, que es conocimiento, y así es que se ha modelado la conciencia superior.

Para nosotros, negar la eficacia de la conciencia es desconocer un hecho evidente. Los psicólogos y fisiólogos escudriñarán cómo se opera el conocimiento, del mismo modo que los geólogos estudian el proceso de formación de las capas terráqueas; pero del hecho de que no se pueda conciliar con la acción de la conciencia la parte conocida de la actuación de los nervios aferentes y eferentes y de las neuronas, en la red donde se realizan las funciones del conocimiento, no puede deducirse una negación, como no podría negarse la existencia de una cordillera sólo porque no se atina a dar con la verdadera clave del proceso de su composición. Desde el salvaje, que es poco más que un primate o un castor o una abeja; desde el pigmeo centroafricano, el fidjiano, el manyema hasta el europeo o el americano civilizados, no hay más que un organismo evolucionado "a base de conciencia", de conocimiento. A nuestro modo de ver, esto es evidente como un axioma. Todo lo que ha realizado los contrastes que

se manifiestan en la humanidad, puede resumirse en esta sola palabra: CONCIENCIA, que es el único elemento que hubo de producir los progresos realizados. Cualquiera de los organismos que pudiera alcanzar un grado de conocimiento tal como el que ha asimilado el hombre tan penosamente, le podría disputar su dominio; y quizá, con espíritu más práctico, le propusiera formas de arbitraje para poder convivir en paz, disfrutando de los bienes insustituibles de la vida.

III VOLUNTAD

Otro aspecto de la entidad orgánica es "la voluntad". Hemos dicho que, fuera del instinto, que es la individualidad bregando en favor de sí misma, los dos elementos esenciales, inseparables y constitutivos de toda organización vital, son *la conciencia* y *la voluntad,* los que la van modelando y asistiendo en todo momento, en su empeño de adaptación al medio, en su ansia de vivir y de perpetuarse. Todo lo demás. las percepciones, la memoria, la imaginación, etc., son elementos auxiliares de la individualidad edificada "sobre aquella base", recursos que ha acumulado y de que ella se vale para realizar su propósito fundamental. vivir, que es también reproducción, perpetuación. Así como utiliza sus sentidos, sus órganos y sus miembros, usa de todas sus aptitudes o facultades y de todo otro medio que pueda hallarse a su alcance, para llenar esa necesidad primordial, y, al hacerlo, *evoluciona.*

Nosotros concebimos estos elementos como simples "aspectos" de una entidad indivisible, y no de modo que el organismo — por fuera de ellos — se

sirva de tales concursos, lo cual implicaría reconocer que puede dejar de hacerlo. Esto no lo admitimos, por cuanto a la vez que se desintegrara de atributos tan capitales, iría derechamente a su disolución; no habría, pues, individualidad, sino un residuo de la misma, como ocurriría si a ésta se la despojara de un órgano indispensable para cumplir las funciones fisiológicas fundamentales.

En la obra de asociación celular solidaria, "orgánica", que presupone un proceso *armónico,* íntimamente dispuesto a modelar y conservar la individualidad, la facultad de "querer" se manifiesta, no ya como simple expresión de energía, sino como un elemento intrínseco, esencial, inseparable de la misma, como "un órgano" fundamental que tuvo y tiene que subvenir en todo instante a las exigencias funcionales, como concausa de la propia organización y de su subsistencia. La voluntad es la energía acumulada en todo el proceso evolucional a favor de la individualidad, vale decir, la energía "disciplinada" por el organismo, en su afán de llenar sus necesidades y aspiraciones, y aplicada a servirlo. En el constante esfuerzo de adaptación que éste realiza "como parte integrante de la realidad", todo lo que ha podido acopiar de energía volitiva, es decir, dispuesta a secundarlo, es lo propio que aprovecha en todo momento para atender a sus funciones naturales. Esto, como se ve, no puede ser obra de leyes preestablecidas, ciegas, fatales, que se suponen decidiendo de sus destinos, sino obra de su propio empeño vital, orgánico, el que subsiste, si bien se transforma al evolucionar; y nos preguntamos. ¿cómo podría nadie preocuparse tanto con su suerte, ni la naturaleza, ni los dioses, ni la fatalidad, asistién-

dolo en todos estos minúsculos esfuerzos asiduos, tenaces, congruentes, perennes, que realiza la entidad orgánica, si no es ella misma, que lo hace guiada por su alto interés vital? ¿A quién atribuir, que no sea ella, ella misma, ese propósito inflexible, de todo instante, que exhibe de mil maneras diversas, y siempre, invariablemente, encaminado con tesón en el sentido de satisfacer sus necesidades y sus aspiraciones, que son también necesidades? ¿Qué ley ni qué entidad encargada de formular leyes inmanentes de carácter universal, pudo esmerarse en tal grado de solicitud y de previsión, a la vez que la deja incurrir en errores y extravíos en medio de los tanteos que realiza para escoger las mejores sendas en su anhelo de vivir, de mejorar su condición?

La conciencia y la voluntad, como elementos constitutivos de la unidad orgánica, son las que realizan ese esfuerzo vital; más aún, lo determinan, puesto que ni habría podido plasmarse el "individuo" sin tales concursos. Vemos, así, que el organismo *"conciencia-voluntad"* apela a todos los arbitrios imaginables para consumar su intento fundamental de vivir, y vemos también que apenas se desintegra, se opera su disolución, como ocurre en el suicidio, por ejemplo, efecto de una dislocación de la entidad individual, por una ausencia u obliteración de la conciencia o de la voluntad, o por "abulia" determinada por causas morbosas latentes o accidentales, que, destruye la individualidad, quitándole su razón de ser. Apenas se inhiben estos elementos esenciales de la organización vital, queda la individualidad expuesta a la presión de los agentes externos, que la disuelven. A nosotros, mientras gozamos de los beneficios del auge individual, los suicidios y demás

formas de menospreciar la vida se nos presentan como actos cercanos del heroísmo, sin contar con que haríamos lo propio si hubiéramos llegado a un estado igual de abatimiento, de exasperación o extravío.

Lo que confunde al estudiar estos asuntos, es la ilusión de hallarnos fuera de la realidad que llamamos "externa". Está acusada de tal modo la individualidad orgánica, que hasta se supone substraída o por lo menos capaz de substraerse del medio, como si pudiera haber una separación, siquiera sea imaginaria, entre el ser y su ambiente natural, que no tan sólo lo alimenta, sino que, ademas, lo ha determinado. La realidad es al ser lo que la planta a la flor, lo que la raíz a la planta, lo que la tierra a la raíz. Fuera de esa abstracción puramente subjetiva, la cual, por lo demás, también se opera dentro de la realidad y a favor de la realidad, no es posible establecer ninguna distinción categórica entre el organismo y su medio, que lo ha determinado y lo sustenta en todo instante, sin solución alguna de continuidad. Hasta para hacer incursiones en el campo psíquico tenemos que apoyarnos en esa propia realidad que los soñadores, por un espejismo, querrían embellecer enriquecer, perfeccionar, y en la que los propios filósofos, víctimas de igual engaño, admiten que tal enormidad sea posible. ¡Véase si está acentuada la individualidad orgánica!

Esa misma individualidad, que con su haz de energías trata de prevalecer de mil maneras, que brega perpetuamente a su favor, y que, al hacerlo, brega también en pro de la especie, vinculada a ella por dos factores. *la identidad orgánica y la necesidad social;* esa individualidad que querría someter-

lo todo a su mandato y a su servicio, precisamente para acentuarla más, llena de anhelos insaciables, se la omite como un valor desdeñable en el estudio de estas cuestiones, y de ahí que hasta se haya llegado a considerar al hombre como un ser reducido incondicionalmente a sufrir los efectos de procesos químicos y mecánicos, en los que no desempeña otro papel que el de una pasta pasiva, con la misma arbitrariedad con que antes se le consideró por encima de la realidad, substraído por completo a los deberes de la lucha orgánica, que son coercitivos y perentorios para él como para cualquiera entidad biológica.

Empinados en la cumbre del resultado obtenido en un proceso de elaboración constante, cuyo punto de iniciación ni no es posible vislumbrar, frutos, como somos, del esfuerzo continuado de nuestra ascendencia, cuyo abolengo se pierde en los tiempos de lo que llamamos prehistoria, tiempos que, tal como lo suponemos, a su vez, han tenido su prehistoria, esto es, sus enormes extensiones también desconocidas, puesto que del pasado queda más bien la obra que el recuerdo, vale decir, una obra que es el eterno presente a que concurre siempre todo lo que existe, a su manera, no acertamos a darnos cuenta de la realidad integral, como resultante de todo lo que ha existido y de todo lo que se ha hecho, quizá porque se nos han narrado los sucesos naturales como extraordinarios, haciéndonos morder esa manzana de oro que guarda el dragón de cien cabezas. Mareados por la leyenda que suministra aquel néctar tan grato a la aspirada inmortalidad, nos parecen ya insulsas las exquisitas manzanas de nuestro huerto; y por más que estamos en lo alto de este presente que nos contiene y nos deja ver los destellos esplendentes de la

vida, ebrios todavía de prodigio, querríamos atribuir lo que somos y poseemos a algún descendiente del Milagro, en vez de detenernos a disfrutar de los inmensos beneficios que nos depara el esfuerzo realizado en los siglos para constituir nuestra ya privilegiada individualidad, íntimamente satisfechos, como lo hacen los seres más humildes de la naturaleza, que asisten al festín desde un sitial inferior, y así mismo lo hacen con un sentido tan práctico, que hasta se les envidia. Ese pasado que todavía vemos poblado de seres fantásticos, y del cual, fuera de lo que le adjudica nuestra imaginación, no queda otra cosa que *el presente,* y las reliquias, ellas mismas modernizadas, es decir, "también presentes", influye de tal modo en nosotros, que nos lleva a pensar aún con fruición en ese cúmulo de personajes imposibles, en tanto que desdeñamos lo real, que no es, por cierto, menos grande, menos noble, ni menos poético, ni menos sabroso que todas esas nimias leyendas.

Si fuera posible descubrir la veta de donde arranca el magnífico proceso vital, la modesta, seguramente tan modesta cuanto heroica iniciativa que condujo a las ya complejas formas biológicas actuales, el elemento que afrontó esta empresa y la llevó a término, quizá nos parecieran irrisorias las propias fábulas que ofuscan todavía nuestro magín como cosas tan superiores.

Tal como están planteados hoy día los problemas que se refieren a las fuentes de la vida, hay que confiar más en lo mínimo, en el animálculo haciendo obra de dioses, que en los dioses haciendo obra de pigmeos, para dar con la clave del misterio que apasiona. Si fuera posible remontarse hasta las fuentes constitutivas de las formas biológicas ya construídas,

de las mismas que se solazan forjando mentalmente ninfas, divinidades y mil otras fantasías que encandilan como luces de Bengala, tendríamos que acudir a lo ínfimo, porque de otro modo no se nos ofrece ninguna explicación razonable. En otros senderos, todas las tentativas han fracasado. Habría que pensar, con Hæckel, que son los átomos de carbono los que han comenzado la acción orgánica, "organógena", como él dice. Ése sería el elemento primitivo, o el Protilo de Crookes,[1] más bien que los dioses que se han marchado mohinos, a medida que el hombre ha comenzado a inquirir, en vez de someterse incondicionalmente a escuchar sus proezas, vertidas por los labios de nuestros abuelos iluminados y crédulos, convencidos de la necesidad religiosa como de una exigencia vital. Todos los elementos de juicio acumulados en el campo firme de la observación de la naturaleza, nos conducen a pensar que descendemos de "lo mínimo" capaz de realizar obras portentosas, más bien que de lo inmensamente grande interesado en cosas mínimas, que condujo al hombre por un camino donde se va desmoronando todo, hasta la propia individualidad, y se va desconociendo todo, inclusos los bienes de la vida misma.

Habría que suponer, tal vez, que la afinidad de la materia, esa fuerza de atracción que se manifiesta en la propia substancia inorgánica, tiene por causa una "sensación", por muy leve y rudimentaria que ella sea. Si así fuera, ya podríamos ver en esto un esbozo de *organización,* puesto que ahí mismo se hallaría implícitamente admitida "la voluntad", en esa disposición a unirse o a permanecer indiferente,

[1] E. Hæckel, *El monismo,* págs. 133 y 136, v. c.

cuando no a repeler ciertas otras substancias. En esa misma modalidad que, en la substancia considerada como anórgana, hace que se asocien las materias afines y se disocien las demás, habría un germen de individualidad orgánica, es decir, una base positiva para explicar con elementos simples la iniciación de las formas de la vida En ese solo esfuerzo de contracción y de expansión realizado para asociarse o disociarse, según convienen o no las otras substancias, vale decir, *según las sensaciones,* se hallaría un elemento capaz de explicar una faz del comienzo del proceso evolucional que pudiera dar la razón de las arborescencias volitivas y de conciencia dentro de un principio individual necesario, no sin que también ofreciera, aun así, su larga y obscura "prehistoria", de igual modo que la divisibilidad de la substancia ofrece como límite teórico una simple abstracción la indivisibilidad atómica, aun cuando el átomo pueda resultar un universo.

Desde luego, todo elemento, por más ínfimo y primario que se le juzgue, cuenta ya con una fracción de energía, puesto que la energía es inseparable de la substancia. Sería preciso poder determinar qué significa esa energía en las minúsculas partículas de la substancia, es decir, qué propiedades tiene, además de las que han podido constatarse. Si bien ha llegado a creerse que ni el hombre tiene acción propia alguna en el concierto de energías integrales, nos parece más lógico pensar que todo corpusculo existente desempeña una acción proporcionada a su haz de energía, como que cada organismo actua en relación a su fuerza. Llámese átomo, en el supuesto reino inorgánico, o célula, metazoario, plastida o átomo creador en los dominios orgánicos, ese ele-

mento ínfimo hubo de actuar también con arreglo a su poder, a su caudal de energía, y, en el desarrollo del proceso multisecular, cuyas extensiones escapan a nuestra imaginación, aun cuando nos parezca que no es así, cada cual siente los efectos de los esfuerzos de toda su propia ascendencia, en los que, de una u otra manera, no son por completo ajenos los de los demás, y en todo lo cual es siempre la realidad plena la que pudo determinarlos, tanto a los unos como a los otros. Llegaríamos así a la conclusión de que "todo es individualidad".

Se comprende que al hablar de energía no nos referimos a una fuerza "homogénea", semejante a la energía motriz que se utiliza en la industria, sino a la que resulta de los diversos factores que determinan "cada individualidad" con relación al medio, la que, por lo tanto, sólo puede manifestarse dentro de un relativismo completo. Hasta en el hombre mismo, puede verse que nunca se despliega todo su caudal de energías orgánicas, a causa de factores múltiples, entre los que figuran naturalmente las propias trabas sociales. Basta, a veces, una tara, también, para neutralizar un stock considerable de energías

Nosotros no percibimos la serie de causas que obstaculizan el desarrollo de nuestras propias energías orgánicas, por efecto de la costumbre que hemos adquirido de comprimir nuestros impulsos y deseos, y hasta podría decirse que nadie se detiene, ni aun por solaz, a considerar lo que haría si se hallara libre completamente de toda reacción natural y social que lo cohibe. Hacer esta compulsa significaría entrar de lleno en el reino del absurdo; pero no por eso es menos cierto que está allí, en potencia,

esa fuerza expansiva en todo individuo, sin excepción, y que hasta el propio insecto habría de pedir, en un reparto a discrecion, más de lo que suponemos: pediría todo lo que le es dado concebir como agradable y útil a su propia individualidad, y tal vez osara solicitar, entre otras cosas, la supresión total de ese molesto organismo que se considera señor de lo existente. La energía orgánica, como se ve, en un pequeño cuerpo condensa una fuerza virtual extraordinaria, latente, algo así como la dinamita; mas, dado que no es toda la energía *voluntad*, sino la energía que se ha disciplinado y la que puede actuar dentro del medio ambiente, puede decirse que la voluntad es la resultante del equilibrio orgánico con relación al medio: la energía aprovechable, en favor de cada aspiración orgánica, vital.

Como quiera que sea, para admitir la sensación más incipiente, o el acto de voluntad más debil, es preciso que supongamos "una individualidad" todo lo embrionaria que se quiera, porque, de otro modo, quedaría inexplicada lo mismo la sensación, que es conciencia elemental, que la voluntad, que es la aptitud individual más caracterizada. Lo que parece una paradojal conjetura, casi descomunal, es suponer que la substancia que nos hemos acostumbrado a considerar inorgánica, muerta por completo, tenga una acción propia, pero si atendemos a que la investigación científica ha comprobado que la energía es inseparable de la substancia, y a que la observación de la naturaleza puede decirse que no ha hecho otra cosa que revelar por todas partes algo de lo mismo que el hombre creyó un atributo exclusivo, a su favor; si se atiende a que es una realidad innegable la afinidad en la materia más muerta, una

afinidad que no tiene explicación fuera de esta hipótesis, ya sea dentro del monismo o bien sea dentro de cualquier pluralismo, es juicioso admitir, por lo menos, la posibilidad de que "esa forma de energía" responde a "un rudimento individual".

En cuanto a la substancia orgánica, que también se la ha reputado individual, están más precisados los antecedentes. Dice Hæckel: "Todos los organismos vivos, sin excepción, son sensibles; distinguen las condiciones del medio exterior que les circunda y reaccionan sobre él por ciertos cambios producidos en ellos mismos";[1] y al examinar la escala de los movimientos, después de haber examinado la escala de las sensaciones, que se desarrolla evolutivamente hasta formar la "sensación consciente", constata que todos los cuerpos vivos de la naturaleza, sin excepción, se mueven *espontáneamente*, a la inversa de lo que acontece con los cuerpos inorganizados, fijos e inmóviles (los cristales, por ejemplo); es decir, que ocurren en el psicoplasma viviente cambios de posición de las partes, a consecuencia de *causas internas,* las cuales se explican por la constitución química de este psicoplasma mismo".[2]

Conviene advertir que no hay razón positiva alguna para distinguir, desde este punto de vista, las causas internas de las externas, tanto más cuanto que debemos suponer hoy día que toda la substancia se mueve de igual modo, es decir, *espontáneamente,* dentro de la ley natural, que, en definitiva, no es

[1] E Hæckel *Los enigmas del Universo,* t. I, página 126, v c

[2] E. Hæckel: *Los enigmas del Universo,* t I, página 127, v. c.

otra cosa que *la manera de actuar de la substancia, en uso de la propia energía, que es su atributo inseparable.* No es, pues, una ley que esté por fuera ni por encima de la substancia, sino "la propia ley de la propia substancia".

Nos encontramos así, en esta zona de intersección entre la substancia inorgánica y la substancia orgánica, sin saber dónde establecer la línea de supuesta separación que se da por admitida. Desde luego, se observa en esta región una serie de fenómenos que no se sabe si han de atribuirse a un mecanismo "sobrenatural", aunque se llame de otro modo, puesto que si no es la ley de cada substancia la ley de la naturaleza, es necesario admitir que es una ley *superior* a la substancia, y, por lo tanto, sobrenatural; y en este punto, cada vez que se avanza en el conocimiento, se advierten modalidades, en toda la materia, análogas a las que siente el hombre dentro de sí mismo, y de tal modo que, para explicar esta analogía, ha llegado hasta suponerse que el propio hombre es un mecanismo. ¿Qué más razonable, pues, que considerar esa analogía dentro de la hipótesis de la individualidad, de esa misma individualidad que se acentúa a medida que se asciende en la escala de los organismos?

Al hablar de la escala de las emociones, el mismo sabio Hæckel dice: "La atracción y la repulsión aparecen como la fuente primitiva de la voluntad, es decir, como el esfuerzo para obtener el placer y evitar la pena". Y al ocuparse de la escala de la voluntad, después de establecer que el concepto de la voluntad se ha sometido a toda clase de juicios e interpretaciones, desde aquel que la considera un

atributo antropológico, dice: "Si analizamos la voluntad a la luz de la fisiología y de la embriología comparada, nos convenceremos — como en el caso de la sensación — de que se trata de una propiedad común a todo psicoplasma viviente. Los movimientos automáticos, lo mismo que los reflejos, ya observados en los protistas monocelulares, nos han aparecido como consecuencia de aspiraciones ligadas indisolublemente a la noción de vida. En las plantas y animales inferiores también, las aspiraciones o tropismos nos han aparecido como resultante de todas las células reunidas.

"Es sólo cuando se desarrolla el órgano reflejo tricelular, cuando entre la célula sensorial sensible y la célula muscular motriz, la tercera célula independiente se intercala, "célula psíquica o ganglionar", cuando podemos reconocer en este órgano elemental independiente, el de la voluntad". [1]

Estas constataciones del ilustre investigador demuestran que, en las manifestaciones de la vida, hay una extensión donde no se sabe, a ciencia cierta, si se trata de fenómenos biológicos o de fenómenos mecánicos, según el concepto de mecanicidad admitido, vale decir, de actos exentos de toda conciencia y de toda voluntad propia, interna. En este punto es muy difícil descubrir el orden de precedencia de los elementos generadores del proceso orgánico, porque la manifestación vital se presenta compleja en sus aspectos más simples, por el solo hecho de presuponer "organización", que es individualidad, necesariamente; y esto no permite llegar

---

[1] E Hæckel: *Los enigmas del Universo,* t. I, página 145, v. c.

a lo absolutamente simple en el terreno orgánico. Por un lado, pues, en el dominio biológico se va descendiendo, sin solución de continuidad, desde los organismos complejos hasta los más simples, dentro de una identidad fundamental; por el otro, en los dominios que se suponen inorgánicos, se va ascendiendo hasta encontrar fenómenos que no se puede determinar si corresponden a uno u otro dominio, y todavía se presenta otro escollo en la divisibilidad de la materia, puesto que al querer precisar un límite, encontramos el átomo, que, a su vez, nos permite, mentalmente, recomenzar la división. No nos es dado concretar esta noción, como ocurre con la del tiempo y el espacio infinitos.

Queda en pie el misterio de la atracción y la repulsión molecular, que, en el radio, se ha considerado como un bombardeo de moléculas; queda en pie el misterio de la alotropía y la isomería; queda en pie el secreto del calor, de la electricidad, del magnetismo, como nombres distintos del movimiento, cuyas causas se desconocen. Por todas partes se nos presenta la misma dificultad para concretar "un límite", aun dentro del campo mental de abstracciones; y así como no podemos percibir lo que entra en el dominio ínfimo, tampoco no es dado vislumbrar siquiera la inmensidad donde giran los astros. Si la partícula se descompone en moléculas que forman mundos atómicos, en el átomo pueden descubrirse quizá, inmensidades que nos causa vértigos el considerarlas, lo propio que al imaginar las extensiones que deja presumir el mundo sideral, inagotables, inacabables, inalcanzables. ¿Qué mayor prueba de la impotencia de nuestras facultades para abarcarlo todo?

Empero, si esto es así, no hay razón alguna para valerse de esa insuficiencia a fin de dar cabida lógica a lo sobrenatural, pues todo cuanto cae bajo el dominio del conocimiento se ofrece, invariablemente, como natural. Lo juicioso, entonces, es buscar soluciones dentro de los antecedentes conocidos y cognoscibles, dentro de un criterio positivo, sin conmover la evidencia, puesto que lo demás nos confunde, sin concretar ningún elemento eficiente ni aprovechable.

La esencia misma de la substancia queda impenetrable, desconocida, sin dejar ver más que algunas de sus modalidades, de tal modo que se ha dicho que el atomismo se reduce a dinamismo; empero, de cualquier modo que sea, hay que admitir la existencia de la substancia, hasta buscar una explicación a ese movimiento fecundo que engendra la acción y la vida, y nos parece que en su propia impenetrabilidad sería más fácil encontrar una causa "individual", orgánica, que diera una razón de ser a esos movimientos, lo cual es también más lógico que presuponer una causa externa que se la quitaría, llevándonos de nuevo al campo estéril de lo prodigioso sobrenatural. Aquello podría explicar, como acto de voluntad propia, la fuerza que exhibe "en movimiento" toda la substancia. Admitida esa hipótesis, resultaría ser la sensación — como causa generadora de la atracción y repulsión de la materia — la base de las diferenciaciones morfológicas que se observan en la naturaleza, las que, al perfilarse, llegan a desarrollar su sensibilidad y su voluntad, como elementos individuales, transformándose, a su vez, instintivamente, y siempre en esa misma dirección: la de mantener la individualidad, y aun de mejorarla.

Donde se frustran las observaciones, es al querer

determinar "el orden de sucesión" de los elementos constitutivos de la modalidad orgánica, y esto quizá se deba a que *no hay sucesión* desde este punto de vista, sino desarrollos de la vida organizada, en una substancia que, ya sea o no homogénea, lleva en sí latentes los elementos primarios, fundamentales, de la vida individual orgánica: sensación, que es conciencia rudimentaria, y voluntad, que es energía; pero si no hay creación de substancia, sino simple e v o l u c i ó n, transformación, transmutación de substancia, es más lógico admitir la tesis de que toda ella contiene rudimentos orgánicos virtuales, que la de un proceso cronológico en el cual las diferenciaciones se operan mediante "creación" de facultades o atributos sobre lo inexistente, sobre "la nada", cuando para esto es preciso, por lo menos, establecer una diferencia fundamental en dominios que se ofrecen, cada vez más, sin soluciones de continuidad; al contrario, con una continuidad que, progresivamente, cada día se ve más acentuada.

Como quiera que sea, si hay conciencia y voluntad en la organización vital, hay *opción,* necesariamente, es decir, facultad de optar entre dos o más excitaciones, según intentaremos demostrarlo.

IV. OPCIÓN

Cuando se habla de leyes naturales, nos las representamos como pautas estrictas, solemnes, inmutables, ya preestablecidas, como un trazado dispuesto de antemano, por donde los sucesos deben marchar, quieran o no quieran, con una rigidez impecable; y caemos así, de nuevo, en el antiguo concepto de predestinación, por más que le llamemos de otro

modo y por más que lo concibamos determinado por otras causas, desde que si todo está sometido a una regla invariable de acción, se comprende que, tratándose de leyes de esta clase, es imposible substraerse a su mandato. Nosotros no alcanzamos a imaginar quién ni qué puede haber dispuesto tales cánones para regir ese inmenso mecanismo fatal, cuando consideramos el intrincamiento de los fenómenos naturales, sus propias deficiencias, en medio de maravillas de sabiduría. Nos parece que esa entidad necesariamente "extranatural", que se la supone ordenadora de lo que es natural, si hubiera podido interesarse en todo lo que vemos, en este semillero infinito de fenómenos tan variados y heterógeneos que se agitan a nuestro alrededor, desde los movimientos majestuosos del astro hasta la vibración molecular, más uniformes, no habría llevado su diligencia al extremo de disponer también los vuelos y revuelos de las aves y de los insectos, el pulular de los infusorios, así como los movimientos del hombre mismo, con arreglo a un plan rígido, mecánico.

Cuando un artífice hábil construye un aparato capaz de realizar movimientos ordenados, rítmicos, no hace más que explotar las peculiaridades de la substancia, sus peculiaridades *propias,* y no puede, así, vanagloriarse de haber "dispuesto sus movimientos", de igual modo que no podríamos decir que hemos hecho comer a un animal cuando le hemos dado de comer. Es él quien come; nosotros no hemos hecho, en tal caso, más que facilitar el cumplimiento de una función "propia" de aquel organismo. Por una ilusión análoga, nosotros concebimos a los cuerpos dispuestos "en el sentido de sus propias peculiaridades", como sometidos a un mandato supremo, exter-

no, siendo así que todo hace pensar en que no hay otro mandato que el que impone a cada cual su propia estructura, con las limitaciones consiguientes a la acción de los elementos externos, que, por su parte, nos traban para ir tan allá cuanto quisiéramos.

En este torbellino de acciones y reacciones, en donde los movimientos rítmicos se operan simultáneamente con los movimientos arrítmicos, desordenados, y con los actos congruentes, de una plasticidad manifiesta; en donde lo inteligente se codea con lo torpe y lo estúpido; en esta promiscua trabazón en que sería imposible desentrañar lo que hay de bueno y de malo, de justo y de injusto, de moral e inmoral, de generoso y de mezquino, de simple y de complejo, de admirable, de absurdo y monstruoso, ¿quién, ni qué pudo, por una sola vía unitaria, o por más de una vía, crear, juntar y legislar tanta contradicción?

Cierto que hay una lógica más o menos constante en la producción de los fenómenos naturales, que nosotros tratamos de observar y comprender para ajustar nuestra acción al concepto que nos hemos formado, como el mejor, para conducir nuestra individualidad, en nuestro esfuerzo de adaptación; pero no por esto debemos pensar que nosotros, ni los demás elementos naturales, "estamos sometidos" a una ley o a una lógica natural, preestablecida, sino más bien que, actuando todo lo existente con arreglo a su propia estructura, es decir, a su interés individual, se producen relaciones constantes entre todo lo existente, y esto da apariencia de fatalidad, de ordenamiento ya establecido, a hechos que en cada instante proceden de acuerdo con su propia complexión, y sin sujetarse por eso a ninguna ley,

ni a precepto alguno. Lo que llamamos ley natural es tan sólo, pues, la manera más regular de actuación en cada individualidad, es su manera de perdurar y de transformarse para integrar la realidad, *simpre presente,* y sin ningún vínculo concreto con el pasado ni lo porvenir. Es la propia estructura la que determina las modalidades más constantes, como las más variables, en la naturaleza; es la acción propia, pues, la que se desarrolla en plena realidad.

Concebimos la realidad como la acción de todo lo existente, concurriendo de infinitas maneras a integrarla. La realidad siempre *es: es presente.* Las transformaciones de la substancia, y nuestra propia transformación, es lo que nos sugiere la ilusión del tiempo, así como la ilusión de que los cuerpos aparecen y desaparecen, siendo así que sólo se modifican, permaneciendo la misma substancia y la misma energía invariables, esencialmente y perpetuamente. La realidad se transmuta de un modo perenne en su obra eterna de plasmar "presentes"; y es así que del pasado como ya dijimos, no queda otra cosa que su obra, fuera del recuerdo que pueda guardar cada cual de sus propias transformaciones "individuales" y de las transformaciones operadas en sus contactos individuales con la realidad, las cuales, por lo demás, sólo se reflejan en una mínima parte en su mente. No es, pues, la realidad algo que marcha de lo pretérito a lo futuro, *pasando por el presente,* sino, al contrario, un hecho *estable* en cuya composicion entra lo existente, vale decir, todo lo que ha existido, y que, por lo mismo, existe y existirá, y que la integra siempre, ya sea de una u otra manera, puesto que lo existente no puede desaparecer, por más que pueda transformarse. La realidad

se nos presenta así como una ecuación constante, inmutable, en cuanto a su esencia; sólo cambian sus términos, la forma de sus términos, mejor dicho, quedando lo demás en el conjunto total de substancia y energía, invariable, inconmovible, *presente.* Se diría un inmenso escenario, un gran torneo en el que cada individualidad desempeña un papel más o menos cambiante, aun cuando cada individualidad trata de mantener su papel lo más y lo mejor que le fuere posible, con arreglo a su complexión. En esa evolución individual, sólo individual, puesto que, fuera de la individualidad, no vemos cómo pueda lo demás destruirse, permanece invariable el total de la substancia y el total de la energía El hombre actúa como embrión, como niño, como adolescente, como adulto, como anciano, y disuelta "su individualidad", sus despojos se distribuyen según el medio en que se encuentran, para concurrir, no se sabe en qué nuevas formas químicas, físicas, biogénicas, a reintegrar el cosmo, sin solución de continuidad, y con la misma espontaneidad con que actuaba antes de disolverse. La materia y la energía que sirvieron para formar aquella entidad pensante, deliberante, activa, nadie sabe a qué nuevas orientaciones se aplican, una vez que cesó la anterior manifestación orgánica. En ese despliegue de las modalidades de la substancia, *en la realidad,* que no es el paso de la realidad por los instantes, sino el paso de las transformaciones de la substancia y la energía por la realidad, siempre inconmovible en cuanto a su esencia, cada organismo, en su empeño de mantener su estructura, y aun de mejorarla para adaptarse "como individualidad" a la presión de los demás elementos, es ésta, esta misma individualidad,

la que traza su propia ley, la ley de sus movimientos y evoluciones, con arreglo a su naturaleza, y del conjunto de todas estas actividades múltiples, infinitas e infinitamente variadas, surgen el orden y el desorden que se advierten por todas partes, si bien el interés de cada organismo determina formas más o menos permanentes de acción, lo cual da a este proceso el aspecto de un mecanismo, cuando no es más que el desarrollo de las actividades individuales, el que se produce con arreglo a las peculiaridades de cada complexión. Desde luego, nos parece necesario descartar toda suposición de que algo se halle preestablecido ni previsto: ni la ley de los movimientos, ni la evolución de los organismos, por más que podamos presumirlos, al tomar nota de las formas más constantes de actuar en cada serie de individualidades, o en cada individualidad particular.

La línea más constante en los dominios francamente biológicos, es la que conduce al organismo a satisfacer sus fines individuales, esto es, las necesidades orgánicas, y esto mismo admite excepciones, así como aberraciones, según se ha visto, y según lo manifiesta el hombre mismo a cada paso, como ser superior en la naturaleza. Es por lo primero, por la "regla" biológica, que puede de cierta manera educirse lo que ha de hacer cada individualidad en cada circunstancia, con relativa fijeza; pero esto mismo no es matemático, y tanto es así, que las excepciones se pretenden explicar dentro de la hipótesis mecanicista como desarmonías de la naturaleza, vale decir, como errores, omisiones o imprevisiones de la ley natural, que se supone preestablecida.

En medio del torbellino de actividades que concurren de una u otra manera a formar la realidad, se

formula esta cuestión tan debatida: ¿somos libres o no lo somos?

Desde luego la intervención de conciencia y de voluntad presupone la facultad de optar, necesariamente, entre dos o más excitaciones. Dentro del concepto que nos hemos formado de la individualidad, nos parece tan evidente que ella pueda optar, de tal modo claro, que sin esto no concebiríamos ni la conciencia ni la voluntad.

La ilusión fatalista emerge de lo siguiente. Como nosotros tenemos que contemplar las exigencias de nuestro interés individual orgánico, se comprende que nuestra libertad psíquica, en el hecho, no resulta completa, como no lo es nuestra libertad física; pero esto no se debe a la imposibilidad de querer, en cualquier sentido, sino a los inconvenientes que sobrevienen si queremos en un sentido contrario a nuestro interés orgánico: por eso es que nuestras voliciones se dirigen siempre, o casi siempre, en esa vía, lo mismo que nuestros actos, pudiendo, no obstante, dirigirse en otra cualquiera, y aun en oposición a nuestro interés más evidente; y por eso es también que las formas instintivas se manifiestan todas dirigidas en el sentido de atender el interés orgánico, como lo están también, probablemente, las propias aberraciones que se advierten en ese campo, las que, razonablemente, deben considerarse inspiradas en iguales anhelos. La totalidad de la energía orgánica ha tenido, pues, que determinarse en esa dirección fundamental, no porque no haya podido hacerlo de otra manera, sino porque ésa era la dirección más útil; no porque eso fuera preceptivo, sino porque era así más conveniente.

Pero esto mismo ofrece ya una diferencia impor-

tante en el problema de la libertad, puesto que es muy distinto el que se considere nuestra acción como producida por agentes que obran imperiosa e irresistiblemente, y que, como lo pensamos nosotros, no haya en la opción más traba que la que implica nuestro propio interés individual. En este terreno la acción queda librada a la conciencia, que es conocimiento. Como se ve, es muy distinta la acción que obedece a una razón de interés orgánico, intelectivo, a la acción impulsada por fuerzas inflexibles que nos gobiernan incondicionalmente. Nosotros podemos querer, por ejemplo, tomar un arma y dispararla sobre nuestra sien, o bien arrojarnos a un precipicio, y hasta podemos hacerlo, pero no lo hacemos, — si bien algunos lo hacen, lo cual prueba que es factible —, porque a ello se opone un interés vital, que es para nosotros estimable y respetable. Así que cesa de tomarse en cuenta el interés vital, por cualquier causa, eso mismo que es tan absurdo, se puede producir, y se produce.

La presión que ejerce en nosotros el deseo orgánico de perdurar y mejorar, nos hace creer que ese elemento es tan fatal cuanto los movimientos mecánicos, rítmicos, de la substancia que reputamos anórgana, sin considerar que apenas se reduce por cualquier motivo el concepto de nuestra individualidad, puede ya observarse la demostración de la libertad psicológica en los actos que tienden a desdeñarla, cuando no llegan hasta atentar contra la propia individualidad. Es evidente que, por regla general, pueden predecirse los actos de conservación individual. Sabemos de antemano que un náufrago se asirá a una tabla que se le ponga a la mano; que un sediento tomará agua, si se le brinda; que un asmático optará

por una senda descendente, mejor que por una ascendente, etc., porque todo esto se halla de acuerdo con sus respectivos intereses orgánicos; pero no estamos igualmente seguros de que un turista, verbigracia, pida más bien un manjar que otro de la lista, puesto que ni lo sabe él mismo al escoger, apremiado por la necesidad de despachar al mozo. Las operaciones de seguro sobre la vida, por ejemplo, reposan en el cálculo de que todos tratan de conservarse, y este factor lo toman en cuenta también las formas ordinarias de legislación y de composición social. Sin eso, ni se alcanza a comprender cómo pudieran realizarse estos ordenamientos, aun deficientes como son. Empero, aquel antecedente no significa que una ley natural tenga todo dispuesto en tal o cual sentido, sino, sencillamente, que nosotros sabemos que cada organismo se rige con arreglo a la lógica de su interés individual, y atiende a sus aspiraciones, tomando como base el propio bien, el bien máximo: la vida. Ésta no es otra cosa que una peculiaridad orgánica: no es una fatalidad.

Por lo mismo que cada ser obra de acuerdo con el interés de su propia estructura orgánica, la libertad psíquica parece ausente, y hasta se piensa que somos autómatas sometidos inexorablemente a actuar con arreglo a las circunstancias, a la presión de los elementos externos que gravitarían sobre nosotros de un modo imperativo, decisivo, concluyente, sin advertir que también podemos reaccionar sobre ellos, con arreglo a nuestra propia cuota de energía, ya sea o no en el sentido de nuestro interés orgánico, y aun con arreglo a nuestro conocimiento, que duplica la eficacia de nuestra energía aprovechable. El profesor Le Dantec, no obstante, dice: "Tout se passerait

de même dans la nature si les corps conservaient toutes leurs propriétés à l'exclusion de la propriété de conscience; les substances plastiques sont comme les autres substances brutes, soumises à la loi d'inertie: "Un corps ne peut modifier par lui-même son état de repos ou de mouvement". [1]

En esto hay tan sólo una "media" verdad, a nuestro modo de ver. Es claro que la realidad no se conmovería si el hombre perdiera completamente su conciencia y procediera como un peñón; pero esto no quiere decir que usando de su conciencia, dentro de su individualidad, y optando por lo que su conciencia le demuestra ser mejor para llenar sus fines orgánicos, esté así mismo en la condición de un cuerpo muerto, sin aptitud para proceder, "como organismo consciente", dentro del proceso general físico-químico. Lo mismo sería afirmar que por estar sometido a la ley de inercia, no puede moverse más que un cuerpo bruto de la naturaleza. Nosotros nos permitimos pensar lo contrario al respecto, vale decir, que la mayor conciencia conduce al organismo a formas de acción más deliberadas, más eficaces y congruentes con su interés individual, y es así que se las ve transformar a éstas, tanto en la faz individual como en la faz social, *a medida que se informa la conciencia,* y también *de acuerdo con sus dictados.* ¿Cómo podría explicarse entonces este fenómeno si la conciencia no desempeñara papel alguno en la actividad humana?

No sería, por cierto, menos pasmoso que la propia tesis de la creación sobrenatural, un mundo en el cual los organismos, que se agitan y saben que se

1 F. Le Dantec: *Le déterminisme biologique,* pág. 156.

agitan y por qué se agitan, procedieran como si nada supiesen. Esto, por lo fantástico, sobrepujaría hasta a aquello mismo de la Creación, con ser tan incomprensible como es. Un laboratorio físico-químico colosal, del que formamos parte, como forman en los laboratorios del hombre las retortas, los frascos y aparatos; en donde las sales y los flúidos nos hacen querer de acuerdo con nuestro interés individual, a veces, y otras también en desacuerdo, y que llegan hasta a hacernos querer con arreglo al resultado de una deliberación, la cual nos preserva de caer en error, alguna vez por lo menos, — sales y flúidos que después de habernos hecho creer que el sol gira alrededor de nosotros, nos permiten rectificar el juicio que nos formamos acerca de esa apariencia engañosa; así como el otro, de que la tierra era un disco horizontal, y que permiten inventar el telescopio y el microscopio para ver mejor lo grande y lo pequeño, lo propio inaccesible a nuestra mirada, y hasta intentar explicaciones filosóficas y metafísicas—, hay que confesar que son flúidos y sales prodigiosos, no ya de un buen humor inagotable. ¿Qué sentido tiene entonces la actividad humana, compleja, progresivamente documentada e inteligente, dentro de una ilusión de conciencia y otra de voluntad, es decir, de la facultad de ajustar la acción a los dictados del conocimiento; qué sentido tiene, decimos, si todo esto hubiese de operarse lo mismo sin la conciencia y sin la capacidad de obrar con arreglo a la conciencia? ¿Qué cuentan entonces en la actividad general las escuelas, las universidades, las asambleas, los congresos, los laboratorios de estudio y observación, las bibliotecas y los buenos consejos, si no actúan sobre la conciencia, o bien si al actuar no pueden influir

en la acción? ¿Qué agregan a esas mixturas del gran laboratorio de la naturaleza los hombres, que, siendo también "mixtura", no cuentan en él para nada? ¿Qué significado tiene el esfuerzo obstinado del hombre que, pudiendo salir silbando con las manos a la espalda, se empeña en descubrir alguna verdad, si todo habría de pasarse lo mismo sin el conocimiento de esa verdad? Si la conciencia no es un factor eficaz, ¿cómo se explica que cada nueva conquista de conocimiento transmute las formas de acción consagradas, en ese dominio, por lo menos?

Yo resuelvo mover los pulgares en un sentido giratorio, supongamos, y los muevo; luego opto por cambiar en un sentido contrario ese movimiento, y también ese acto volitivo se realiza: ¿Es éste un espejismo de libertad? ¿Por qué es un espejismo? Se dirá que lo es, por cuanto si nosotros pudiéramos crear ese movimiento, habría "creación" de energía y, consiguientemente, una alteración en las leyes naturales, que no admiten el aumento ni la disminución de la energía total; pero entonces es preciso convenir en que nosotros, "como parte de lo existente", no tenemos a nuestra disposición ni un ápice de esa energía distribuída en toda la naturaleza, es decir, *que somos exteriores* a la naturaleza; porque, de no ser así, también deberíamos poseer nuestra respectiva cuota, y no exhibirnos como "substancia sin energía", lo cual sí habría de trastornar la evidencia, puesto que daría por resultado que todo, salvo nosotros, desempeña algún papel en "el mundo exterior", que, al fin, ni es exterior para nosotros. Todo sería un agente, excepto nosotros, con arreglo a esta hipótesis.

La opción que hacemos, en uso de nuestra propia energía, como otros tantos agentes "interiores" de la

naturaleza, no es otra cosa, sin embargo, que lo que hace el oxígeno cuando forma un óxido mejor que un ácido. ¿Qué dislocación puede producir el uso de esa energía propia, si la reacción que siempre comporta, mantiene el equilibrio? Encastillados aún en el viejo concepto de la personalidad, el "yo", por un abuso de "objetivismo" y otro de "subjetivismo" hemos podido suponer que somos ajenos a lo que ocurre en nuestra propia casa, es decir, extraños a las cuitas terrenas, como el que mira desde una ventana lo que pasa en la calle, siendo así que en todo instante formamos en el "redondel" de la realidad, el único redondel posible.

La opción, como se ve, no es "creación de energía", sino producto de la energía integral, la que utilizamos de acuerdo con nuestra individualidad, dentro de la ava parte de que disponemos, "como substancia", según lo hacen, a su vez, los demás organismos, y hasta la propia substancia que reputamos inorgánica, aun cuando su acción deba ser atribuída a otras causas, de cualquier naturaleza que ellas sean. Aquella tesis, a pesar de hallarse encaminada en un sentido científico, lo mismo que las quimeras fideístas, tiende a conmover la evidencia, por lo abstruso. Puede decirse que son dos extremos que se tocan: el uno pueril, y el otro endiablado.

La causa de esta ilusión fatalista estriba en el hecho de haberse omitido "al hombre" en el laboratorio integral, como si fuera un valor ineficaz, un no-valor, mejor dicho, en la realidad en que actúa, por su parte, como todo lo demás, con arreglo a su acopio de energía y a su interés orgánico. En ese concierto general de actividades e influencias, todas positivas, se ha prescindido de la acción que desem-

peña el hombre, el propio ser que llega a tales conclusiones, y de ahí que esta hipótesis nos ponga en oposición con lo evidente. Si cada substancia se rige por la ley de su propia estructura, según lo podemos ver en toda la naturaleza, el hombre vendría a quedar privado de esta ventaja, inerme, en medio del torrente de la actividad universal, sin desempeñar más papel que el de espectador que mira la manera en que se forman las combinaciones a su alrededor, y hasta dentro de sí mismo, pero sin combinar, a su vez. Sería el único agente que no es agente en la actividad integral, y que, por lo mismo que no puede optar, a pesar de conocer, tendría que resignarse a la acción externa, como un paralítico, sin tomar iniciativa alguna por su parte, pasivo, como esas cajas en que los transeúntes ponen cinco centésimos para que suenen, y no sólo las hacen sonar, sino que también determinan lo propio que han de sonar.

Esa ilusión se ha engendrado también a favor de la realidad de las acciones que constantemente manifiesta la substancia, y en vez de observarse que el hombre, como parte que integra, concurre por sí mismo a determinarlas, en la medida de su fuerza y de acuerdo con sus intereses orgánicos, se ha supuesto que él, como lo demás, todo se halla subordinado por completo a un mecanismo superior, soberano, con dominio "extranatural", — por lo mismo que impera "sobre" la realidad —, cuando es inequívocamente ella la que impera sobre sí misma, dentro de sus respectivas modalidades, y en la que nosotros, por nuestra parte, como elementos que somos de la misma, dentro de nuestro radio de acción ejercemos, también, nuestra cuota de presión e influencia sobre lo demás; y es así que se ha sustituído la entidad so-

brenatural prodigiosa por una entidad extranatural, no menos sorprendente ni menos perturbadora de la lógica del buen sentido.

Así, por ejemplo, cuando vemos a un acróbata dando saltos mortales, por más elásticos que éstos sean, sabemos que, en cualquiera de ellos, necesariamente, tiene que volver hacia abajo; pero notamos que, al hacerlo, "opta" por la manera de caer, de igual modo que, al saltar, pudimos advertir que optó por la forma en que había de realizar su salto. Ahora bien: si esto es así, preciso es convenir en que, dentro de la fuerza de gravedad, dentro de las modalidades de su construcción orgánica, dentro de la dexteridad de sus músculos, dentro del programa del espectáculo y de la acción del director y del público que lo observan, y aun de otros elementos que "limitan" su acción *propia,* el acróbata dispone de su ava parte de fuerza, y también de libertad, y puede, en cualquier momento, verbigracia, fingirse enfermo, si teme lastimarse, o si el recuerdo de una aventura amorosa, supongamos, lo embarga y le quita soltura para hacer sus proezas de agilidad muscular; ésa es su libertad efectiva: *optar.*

Nosotros entendemos que esta opción no produce ni puede producir ningún desequilibrio en la energía integral, de igual modo que no se produciría tampoco si el oxígeno, como ya dijimos, en presencia de dos cuerpos distintos, optara por combinarse con el uno en forma de óxido más bien que con el otro en forma de ácido, puesto que no habría más que un cambio de modalidades a operarse dentro de la energía total, donde las reacciones consiguientes reparan las consecuencias de dicho cambio en el sentido de mantener incólume el equilibrio total. Pongamos

otro caso: si nosotros, cuando vamos caminando por el campo, optamos por vadear un arroyo, en vez de despuntarlo, promovemos una serie de reacciones *simultáneas,* compensatorias en todo instante de nuestra accion, ya sea en las aguas del arroyo, o en el césped, o las arenas que hemos pisado, y proporcionadas a la suma de energía que hemos desarrollado, en ambos casos por igual; equivalentes, mejor dicho. No hay, pues, alteración en el total de la energía, sino aplicación distinta, distribución diversa de la energía integral.

Para verlo más claro todavía, pongamos un nuevo ejemplo. Tomemos un tablero de ajedrez. Éste, el tablero, representa la materia, el mundo exterior integral; las piezas, la substancia orgánica, y los movimientos de las piezas, la energía orgánica actuando dentro de la energía total. Supongamos, para facilitar el ejemplo, que las propias piezas, no por automatismo, sino deliberada y libremente determinan sus movimientos, y no tampoco de un modo arbitrario, sino dentro de lo que les es posible hacerlo con arreglo a su estructura y al orden convencional de los movimientos. Bien: cualesquiera que sean las evoluciones que se realicen, advertiremos que no se habrá alterado ni la substancia ni la energía integral, por cuanto cada movimiento libre, dentro de su propia estructura, y usando de su cuota de energías, habrá determinado una reacción "correspondiente" sobre las demás, las que, a su vez, pudiendo optar también en sus formas reactivas dentro de la energía total, no la alteran. Lo único que puede ocurrir es que las vicisitudes de la partida cambien, como modalidades o aspectos de la energía integral. Pero es todavía más concluyente el caso, si admi-

timos que los movimientos que realizan las diversas piezas que integran el tablero, se llevan a cabo fuera de todo convencionalismo y de todo orden, puesto que de esa misma manera tampoco podrían exceder la energía total, desde que, por más arbitrarios que fueren sus movimientos, no han podido moverse con mayor caudal de energía del que les adjudica su propia estructura; esto es, no pueden producir más energía que la propia, ni tampoco pueden salir del tablero, que es la realidad, en el caso supuesto. Para exceder el equilibrio integral, sería menester que las piezas pudieran extralimitarse en el uso de su haber de energía, o salir del tablero por un acto de voluntad; porque de no ser así, las acciones y reacciones que se producen, dentro de él, no son más que modalidades de la misma energía total, cuyo equilibrio no pueden romper por más que se muevan, como quiera que sea.

De igual modo, para que el hombre pudiera, por un acto de libertad, atentar a la suma total de energía, sería preciso que pudiera substraerse a la realidad, lo que es absolutamente imposible, desde que todo es realidad y fuera de ella nada hay ni puede haber; de donde resulta que el uso que pueda hacer cada organismo de su propia energía, por más libre que fuere, no conmueve el equilibrio del mundo, que llamamos "externo" aun cuando lo integramos también. Ese total de energía no puede ser sobrepujado, por más libres que seamos, desde que la elección que hacemos respecto al uso de nuestra propia energía no puede exceder nuestro "haber" individual, ni las reacciones que estos actos provocan pueden rebasarlo, por cuanto cada uno de los elementos que

interviene usa de su respectivo caudal. Es un "tira y afloja" dentro de un mismo círculo infranqueable.

La "elección" que hagamos acerca del empleo de nuestra propia energía, es así nuestra cuota de libertad individual, según nuestro modo de ver, y es por eso que empleamos la palabra "opción", que nos parece resumir mejor nuestro concepto de la libertad orgánica, individual.

No es, pues, "libre albedrío" la suma de libertad individual de que cada uno dispone positivamente, sino una libertad restringida por la presión de los elementos externos, que no por eso deja de permitirnos la elección en el uso de la propia energía orgánica, tanto dentro de los intereses orgánicos como también fuera de ellos. Cuando deliberamos, cuando mediante una serie de informaciones y de cálculos y reflexiones resolvemos hacer un viaje, una obra o un negocio, o nos decidimos a desistir, después de haberlos proyectado, las excitaciones externas concurrentes podrán influir en nuestra determinación, que se resuelve en pleno laboratorio de acciones y reacciones físico-químicas; pero también podemos, a nuestra vez, reaccionar de acuerdo con el resultado de nuestra deliberación, de cierta manera mejor que de otra, de igual modo que lo hacemos de acuerdo con nuestro estado físico; como también pudimos no deliberar y actuar pasivamente, dejándonos remolcar por los elementos y sugestiones externos, circunstanciales.

Si nosotros no usamos de una libertad completa en la faz psíquica, es porque nos sentimos inducidos, por nuestro interés "individual", a querer dentro de lo que conviene a nuestra individualidad, y acostumbrados a querer así, no nos ejercitamos en querer de

otro modo, como podríamos hacerlo, en todo momento, de igual modo que podemos acostumbrarnos a querer y optar por lo que nos parece "mejor"; pero del hecho de que estemos interesados en mantener nuestra individualidad, no resulta necesariamente un fatalismo, sino "la existencia de un interés", nada más; lo cual admite la posibilidad de que se le menosprecie, como ha ocurrido y ocurre a menudo, por desgracia. Nosotros no podemos concebir la individualidad sin la posibilidad de optar, en uso de su propia energía, si bien admitimos que, para que haya opción, es menester que haya conciencia, conocimiento. De otro modo, se mantiene la energía en una misma dirección. Así, por ejemplo, si la columna mercurial de un termómetro "sintiera" cuando, a mayor temperatura, se dilata y, a menor temperatura, se contrae, y no sintiera más que eso, es decir, que fuera insensible a las demás excitaciones, ¿de qué otra manera podría actuar, o sea usar de su energía, de su voluntad? Si su sensación es constante, su voluntad permanecerá también constante; en cambio, si fuera sensible a otras excitaciones, podría optar tanto por una como por la otra. El ciego, verbigracia, permanece indiferente a las excitaciones del color, como el sordo a las excitaciones del sonido ¿Quiere esto decir que no puedan usar de su voluntad? No, es que no tienen estímulo alguno para hacerlo en ese sentido.

Este criterio podría explicar la "inmutabilidad" de la acción en la materia llamada inorgánica, así como la casi inmutabilidad de la acción en las organizaciones más simples, lo cual no implica una diferencia esencial entre las mismas, sino más bien una diferencia en las modalidades de acción; y, por lo

demás, en la propia especie humana puede verse que es tanto menos acentuada la variedad de sus formas de acción a medida que se desciende en las extracciones sociales, y se llega al ignorante, al salvaje, sin que por eso haya una distinción substancial que hacer, sino tan sólo la constatación de modalidades diversas en una substancia idéntica fundamentalmente

Es verdad que ya en las propias manifestaciones ínfimas de la substancia "orgánica" se advierte mayor complejidad en sus atributos. Dice Le Dantec. "Les expériences de mérotomie nous ont appris l'existence d'une *continuité* (ou plutôt cohésion) spéciale dans la substance du plastide, continuité qui n'existe pas dans les corps ordinaires de la chimie"; [1] y más adelante, dice:

Quand un plastide réagit dans les conditions de la vie élémentaire manifestée, il devient, contrairement à ce qui a lieu pour les substances brutes, PLUS APTE (au point de vue quantitatif) *à réagir de la même manière, dans les mêmes conditions".* [2]

Pero es que no sólo hay en la substancia "viva" una continuidad que no manifiesta la materia "inorgánica", sino también una "diversidad" y una "plasticidad" en la manera de reaccionar, que tampoco revela esta última, de un modo tan manifiesto, por lo menos, y pensamos que lo uno y lo otro se explican por una diferencia en la constitución "morfológica" de cada orden de individualidades Dichas peculiaridades, que se suponen privativas de la substancia orgánica, por lo demás, se acentúan en esta

[1] F Le Dantec *Le determinisme biologique,* pág. 86.
[2] F. Le Dantec. *Le determinisme biologique,* pág 98

misma substancia, en toda la escala, que reacciona o puede reaccionar de muy distintas maneras ante iguales excitaciones, aun entre los ejemplares congéneres, y tanto más cuanto más complejos sean éstos, la que adquiere, así mismo, "aptitudes" para reaccionar cuantitativa y cualitativamente de la misma o de diversa manera ante las mismas excitaciones, y aún en igualdad de condiciones; y, para nosotros, nada puede ser más característico de la individualidad. ¿Qué otra significación racional podrían tener tales variedades, como no sea un resultado de diferenciaciones individuales, operadas *a base de individualidad?* Si se comprende que esas diferenciaciones hayan podido producirse en una evolución multisecular "sobre cada individualidad", no se comprende, en cambio, que hayan podido realizarse sobre una materia homogénea sometida a una ley común Esa progresividad del atributo de diversificar las reacciones, paralela a la complejidad orgánica, así como los fenómenos de asimilacion y desasimilación que se operan sobre la base del mantenimiento de la entidad orgánica, en su desarrollo normal, — lo que llama Dastre "fijeza vital" [1] —; las propias constataciones de la teoría iatromecánica, no ya la herencia, la adaptación, la selección, la evolución: todo esto denuncia de un modo irrefragable el ordenamiento individual, la organización de la individualidad. Según nuestro entender, nada es más evidente en la naturaleza que la existencia de *individualidades* que bregan fundamentalmente a favor de sí mismas,

1 A. Dastre: *La vie et la mort,* pág. XXVIII (Introduction).

y hasta de su propia prole, que es la manera de perpetuar la individualidad.

Ahora bien, excluir la facultad de usar de la energía propia, es excluir la individualidad, esa misma individualidad que en las organizaciones definidas, sobre todo, se manifiesta con tantas evidencias. En los animales inferiores, como en el hombre, se advierte "el culto" de la propia individualidad, de un modo tan claro, en todo momento, que no podría omitirse sin incurrir en un verdadero desconocimiento. Por todas partes se denuncia el afán de mantener la propia individualidad, de satisfacerla, de halagarla, de protegerla, de mejorarla, de perpetuarla, aun al través de los mayores extravíos. El hombre, el vicioso, verbigracia, no hace más que complacerla, de acuerdo con sus inclinaciones, de igual modo que el previsor, que se abstiene de un placer momentáneo para garantir una satisfacción futura. Podría decirse que la única limitación que existe para usar de nuestra energía-voluntad, es la que impone el culto de la individualidad. Es esto, precisamente, lo que da la apariencia de una fatalidad a nuestras resoluciones, en las que, de ordinario, la opción se hace de acuerdo con las predilecciones individuales, y no, empero, sin que también puedan tomarse de otro modo, como ocurre en los actos de heroísmo, de abnegación, en el suicidio, etc. ¿Cómo negar, pues, la libertad? ¿Qué otra fuerza que no sea nuestro propio interés orgánico, y la manera como lo interpretamos, puede impedirnos aplicar nuestra propia energía en el sentido que queramos?

Sobreentenderá el lector que, cuando hablamos de interés, no nos referimos al interés puramente material, puesto que ese significado implicaría desco-

nocer una realidad tan clara como es la de que frecuentemente prima también un interés moral, al punto de que algunos no pueden sobrevivir a una deshonra, por ejemplo, — ni siquiera cuando se trate de un puro concepto convencional, a veces —, o a un fracaso, o a una desgracia de familia, etc., no obstante, se verá que, en definitiva, es siempre el culto de la propia individualidad, *tal cual es,* y tal como se la considera por cada cual, el que decide de estas opciones. Es así siempre un interés "orgánico" el que dirige el empleo de nuestra energía, de nuestra voluntad, de nuestra libertad.

Cada substancia, cada organismo, cada individualidad proceden por igual, de acuerdo con la ley de su propia estructura, y es por esto que el hombre, ser más complejo y más consciente, va acumulando los elementos que más le sirven en el sentido de llenar sus necesidades orgánicas de la mejor manera. A mayor conciencia, mejor opción; a mayor disciplina de la voluntad, mayor eficacia en la capacidad de ajustar la acción en el sentido del conocimiento. No es, pues, que se cree la libertad, ni que se cree energía, sino que al informarse la conciencia y al disciplinarse la voluntad, se hace posible un uso distinto de la propia energía, *y se mejora la opción,* dentro de los intereses orgánicos, que, en substancia, son idénticos, fundamentalmente, en toda la escala vital: mantener y perpetuar la individualidad propia; ampararla, defenderla, complacerla. Es así que, en la evolución humana, cada generación va conquistando un caudal mayor de conocimiento para satisfacer esa aspiración orgánica, individual, y un mayor grado de disciplina para optar por el conocimiento. El propósito orgánico no cambia substancialmente: lo que

cambia es la forma de darle satisfacción; aquél es invariable, en su esencia, que es vivir y perpetuarse; lo que varía es la manera de llenar estas necesidades estructurales. Y tan cierto es esto, que el punto de vista social está encaminado en el sentido de que cada aspiración individual sea compatible con las aspiraciones de los demás. Para ello es que se acude a la instruccion, por cuanto es el cumplimiento de tal desiderátum social la verdadera pauta de todo proceso didáctico, y el de la propia urbanidad

III. LA CONVICCIÓN CIENTÍFICA

Si cada individualidad opta de acuerdo con sus predilecciones orgánicas, la senda a seguirse es la del conocimiento, a fin de que las opciones sean cada vez más juiciosas, y, por lo mismo, más apropiadas a la vida de asociacion, que es la que nos conviene para atender mejor a nuestras necesidades naturales. Apenas "se conoce", luego que se forma conciencia acerca de los efectos positivos de la acción, ésta tiende a ajustarse a las conclusiones del conocimiento, y se ejercita así en un dominio tan firme como eficaz. Es éste, pues, el factor de cultura más adecuado para determinar las reglas perdurables de asociación.

Si comparamos los recursos de acción del salvaje con los del hombre culto, se verá, por un lado, que, si bien están unos y otros encaminados fundamentalmente en una misma dirección, — que es la de satisfacer necesidades orgánicas también idénticas en lo fundamental—, ofrecen enormes diferencias los medios que para ello se emplean; y, por el otro, se

verá que todas las diferencias consisten en que el civilizado exhibe una mayor suma de conocimientos asimilados. Así, por ejemplo, cuando el salvaje envenena sus flechas, o arma trampas en los sitios de acceso a su choza, procura su defensa propia, ya sea tomando, o no, en cuenta la de la tribu de que forma parte, lo mismo que el civilizado, cuando establece un servicio de policía, o cuando instala astilleros y arsenales. Hasta podría decirse que hace lo mismo, en substancia, que el propio bacteriólogo cuando busca el secreto de un contagio, para prevenirlo o combatirlo. Sólo hay en todo esto diversidad de arbitrios para satisfacer un mismo propósito: la conservación individual, ya sea directamente, o bien tomando en cuenta el grupo social que contiene a la individualidad que actúa.

Al examinar el proceso de la civilización, se verá, en todo él, que es una mayor información de la conciencia lo que ha determinado los pasos de avance. Para que llegaran a producirse los progresos sociales y políticos de que disfrutamos, la conciencia ha debido evolucionar sobre el carril de la racionalidad, y ha evolucionado de tal modo, que los hombres no parecen ya los mismos de algún tiempo atrás, en los dominios de la historia León Bourgeois, Ministro de Trabajo en Francia, decía últimamente: "Cuando se invoca solidaridad, caridad, humanidad, se concluye por conmover hasta a los más rudos. Desde treinta años ha, que esas grandes palabras han sacudido el mundo, ¡cuántas bellas cosas han sido ya realizadas! Induciendo a colaborar con todo su corazón y sinceramente a obreros y patrones en el interés común, uniéndolos en la práctica de las leyes sobre el trabajo y la asistencia, serviremos una causa admirable".

Aun cuando no creamos que en ello intervenga el corazón, hay que reconocer que estas manifestaciones generosas no se hacían, por cierto, sobre todo por los dirigentes, cuando los extispicios buscaban la voluntad de los dioses en las entrañas de los inmolados, ni tampoco mucho después. Entonces se trataba a los infelices como a bestias de carga, sin reconocerles derecho alguno. Este lenguaje sólo pudo subir a los labios cuando la conciencia redujo la ignorancia en que estuvo sumida la humanidad, puesto que, por más que a la sazón se tratara de satisfacer, como ahora, de la mejor manera posible, las necesidades orgánicas, no podía acudirse a tales arbitrios, por falta de conocimiento En otros tiempos, los recursos actuales de convivencia, con ser mucho más equitativos e inteligentes, habrían parecido pueriles y hasta traidores, sin que por ello debamos pensar siquiera que los hombres de antes fueran menos "buenos", sino tan sólo que eran menos conscientes; y lo propio podría decirse de los "salvajes no metálicos" a que se refiere Lubbock,[1] y también del troglodita, del antropoide y del prosimio, como de cualquier ejemplar viviente.

La razón humana ha tenido que demoler con tenacidad benedictina toda esa base de errores y prejuicios, que constituyen la característica más típica de la tradición, para que pudiera aspirarse a edificar la igualdad social, no como un sueño generoso, sino como un arbitrio sesudo; no como obra piadosa, sino como recurso científico, vale decir, como el mejor medio de procurar la paz social, en la que todos tienen que resultar favorecidos, hasta los propios que

[1] J Lubbock: *L'homme préhistorique,* t II, pág 106, v. fr.

se suponen perjudicados. Como que en lo fundamental la conducta no se rige por razones de sentimiento, sino por egoísmo instintivo, en toda la escala orgánica, porque si bien unos lo proclaman, y otros no, ese egoismo todos lo practican, necesariamente, sólo ha podido evolucionarse hacia las nuevas formas sociales a base de mayor conciencia, de mayor conocimiento. Si los poderosos ceden algo, no es, pues, porque hayan cambiado radicalmente su estructura íntima, sino porque han comprendido que era mejor modificar sus formas usuales de acción; y tan cierto es esto, que hoy mismo podrían resurgir tanto la esclavitud como las demás formas opresivas, apenas el ambiente lo permitiera. Para ver cuán insaciable es el afán de darse a sí mismo el mayor número de satisfacciones posibles, no es preciso ahondar mucho: basta considerar cómo se regatean, una por una, las "concesiones" que arranca el proletario al poderoso. No hay que dudar de que todo lo que se va otorgando responde a una presión "consciente", que incita a conceder aquello que es preciso para alcanzar una mayor suma de beneficios, en cantidad o calidad, cuando no sea para evitar consecuencias lamentables. Resulta así, claramente, que la evolución, toda ella, es obra de conciencia, de conocimiento.

Los soñadores, que, por lo demás, obran como los que no lo son, en lo que les atañe, se encuentran molestados por las afirmaciones de carácter positivo, que desbaratan sus abstracciones y espejismos miríficos, los cuales hasta les permiten aspirar a un buen sitial de ultratumba, — no sin que por eso dejen de participar aquí cuanto pueden de los beneficios terrenales, y también de los científicos —, encuentran

acres, cuando no punzantes, los razonamientos positivistas, y se exasperan al escucharlos, porque omiten magnificar incondicionalmente valores tan convencionales como son los de la leyenda tradicional. Otros espíritus, más reflexivos, pero también cultores de la tradición sentimental, ante la imposibilidad de conocerlo todo "científicamente", consideran el espíritu religioso como un elemento complementario, requerido por la propia naturaleza humana.[1]

Es cierto que, según la estructura humana, se siente la necesidad de considerar lo desconocido dentro de lo conocido; pero no lo es menos que ya la hipótesis científica permite darle a la realidad un sentido racional, dentro de las documentaciones obtenidas, sin apelar a los antecedentes de sobrenaturalidad, que afirma la tradición; y si es preciso respetar la tendencia sentimental a explicarse lo desconocido por medio de las viejas leyendas, algunas tan inverosímiles y aun contraditorias, como son, con el resultado de la investigación científica, ése sí convincente, no es menos digna de respeto la tendencia moderna a atribuir lo fenómenos naturales a causas naturales En tanto que el esfuerzo científico buscaba soluciones en el campo especulativo, dejando de lado el examen concienzudo de la naturaleza, debió sentirse una necesidad mucho más acentuada de acatar la tradición para explicar lo ignoto, que aterrorizaba; pero al extenderse los dominios de la ciencia, y al divulgarse los resultados,

1 De lo que hemos podido leer, al respecto, nada nos pareció mejor argumentado e interesante que el libro de E Boutroux. *Science et Religion dans la philosophie contemporaine.* E Flammarion, 1908

nos es dado ya buscar una explicación racional a la realidad, aun a los menos preparados, y a la propia vida y a la muerte, que antes aparecían como enemigos irreconciliables, y explicárnoslo como puros fenómenos naturales; y es así que evoluciona aquella exigencia instintiva, paralelamente con la aparición de nuevos elementos de juicio, que surgen con sorprendente progresividad en el plano positivo. Hoy día se siente el vivo deseo de conocer "la verdad"[1] tal como es, ya que no puede suponérsela, fundadamente, ni terrible, ni decepcionante, porque a fuerza de ser provechosa la investigación científica, no tememos que pueda sernos adverso su resultado. Ya no asusta esa realidad, tan vilipendiada antaño, y, a medida que la vamos conociendo, resulta cada vez más interesante y estimable, por más que, en razón de los viejos relatos, parezca que nos desmonta y que nos priva de bienes, cuando nos los brinda efectivos, siempre mayores y mejores que los quiméricos que apenas se entreveían al través de tizones y suplicios, como eran los ofrecidos por la leyenda sentimental.

Emerson, al hacer la apología de la razón, refiriéndose a las sugestiones de la "santidad" de las tradiciones, decía: "Ninguna ley puede ser sagrada para mí, si no es la de mi ser";[2] y esto es, precisamente, lo que informa el espíritu científico, ascendente en nuestros días, ese espíritu que eleva a la individualidad humana de tal modo que es ya po-

1 Dice H Poincaré: "La recherche de la vérite doit être le but de notre activité, c'est la seule fin qui soit digne d'elle". — *La valeur de la science,* pág 1.

2 R U Emerson *Siete ensayos,* t I, pág 25, v c.

sible pensar y obrar de acuerdo con la conciencia propia, y aun cambiar de opinión, sin incurrir en castigo. Por esa vía es que se van rectificando las viejas ideas y los viejos arbitrios, y se diseminan los bienes naturales entre todos los hombres, en su mayoría paralizados antes por su misma ignorancia, que se la reputaba una ventaja muy estimable por los amos y opresores.

Lo verdaderamente original es que, habiéndose operado por los hombres de ciencia esta conquista, —la máxima conquista humana, sin duda alguna—, los soñadores sentimentales, que se suponen de una cepa superior, acaso por lo mismo que al soñar en plena vigilia, concluyen por preferir "lo que no es" a "lo que es", si bien no han hecho nada que a esto se parezca, denuestan, así mismo, a los perseverantes investigadores, y los tratan a veces peor que a saltimbanquis, e injurian también a la propia naturaleza, tan magnánima como es, porque no se ajusta a sus devaneos. Resultan, de este modo, no tan sólo anacrónicas, sino extravagantes, hasta donde es dado serlo, esas declamaciones, de una esterilidad tan palmaria como desesperante. Es preciso que se constate un hecho que, si bien es claro, no deja de ser desconocido a cada instante, y es que los evocadores todavía no han aportado un solo concurso positivo a la obra del progreso humano, fuera del deleite que puedan encontrar los refinados al interesarse en sus lucubraciones. Si por ellos fuera, andaríamos aún a pie, y, cuando más, a caballo, o en camello, o en piragua, hasta para hacer las más lejanas y penosas expediciones. Para los contemplativos, parecería que la máxima aspiración es permanecer encandilados en el mismo orden de ideas

tradicional, sin avanzar nada más que en la forma de interpretarlo y de declamarlo; su esfuerzo subjetivo querría realizar proezas imposibles, en tanto que los despreciados y aborrecidos "cuartos" y "medios" de inteligencia, aplicados al culto de "un materialismo imbécil", [1] son los que van construyendo todas nuestras conquistas positivas, a la vez que disipan el misterio, ese propio misterio que hace extender los brazos en actitud angustiosa, hasta en los propios momentos en que se debiera disfrutar de los bienes opimos de la vida, y que, al fin, ni los disfrutan los mismos favorecidos, porque están atribulados por el inveterado horror a la disolución individual, por el horror a lo desconocido, que data de aquellos mismos tiempos tan aclamados, tan envidiados y enaltecidos por los cultores de la evocación sentimental.

Esa fe piadosa que se la supone tan promisora y consolante, a pesar de las visiones terribles que la minan, es la misma que hace caer de rodillas y levantar los brazos hacia el éter indiferente, y orar, con

---

[1] Dice Pierre Loti: "De nos jours, il y a bien, c'est vrai, cette lie des demi-intelligences, des quarts d'instruction, que l'actuel régime social fait remonter à la surface et qui au nom de la science, se rue sans comprendre vers le matérialisme le plus imbécile, mais, dans l'évolution continue, le règne de si pauvres êtres ne marquera qu'un négligeable épisode de marche en arrière. La Pitié supréme vers laquelle se tendent nos mains de désespérés, il faut qu'elle existe, quelque nom qu'on lui donne, il faut qu'elle soit là, capable d'entendre, au moment des séparations de la mort, notre clameur d'infinie détresse, sans quoi la Création, à laquelle on ne peut raisonnablement plus accorder l'inconscience comme excuse, deviendrait une cruanté par trop inadmissible à force d'être odieuse et à force d'être lâche". — "Un pélerin d'Angkor". *L'Illustration*, 6 de enero de 1912.

una infecundidad que semeja la de los témpanos; esa fe sentimental que se proclama como una panacea, es la inmutabilidad, es el culto de una afirmación acatada definitivamente; como el espíritu científico, que incita a la investigación, a la comprobación, a la lucha, es la perfectibilidad progresiva, la evolución, la civilización. Mientras que los reprobos materialistas herborizan y llenan sus bocales de preciosos ejemplares de la fauna ínfima, para observarlos minuciosamente, en su anhelo de encontrar nuevas verdades y enseñanzas, los soñadores declaman y hasta para declamar mejor, se valen de lo que ha obtenido la investigación por un esfuerzo francamente racional, "materialista"; mientras que los estudiosos positivistas acuden al telescopio y al microscopio para ver mejor, los "pietistas" entornan los ojos para extasiarse con la evocación del pasado; mientras que el espíritu científico, en su atenta observación de la naturaleza, va concretando nuevos antecedentes y nuevos elementos de juicio, el espíritu sentimental, regresivo por temperamento, no ha agregado una sola verdad a las afirmaciones tradicionales más añejas. Por esto es que el espíritu científico se va robusteciendo en una vía de esfuerzos, de progresos, de lucha, de avances, en tanto que la fe declina anémica hacia el ocaso.

La convicción científica; de índole positiva, como que se afirma sobre hechos comprobados y tangibles, resulta de una fecundidad incomparable. Los resultados de cada conquista van actuando, como causa de nuevos progresos cognoscitivos, en la obra interminable y perfectible de la evolución humana, y así es que en este proceso "constructivo" no sólo se advierte complejidad en los efectos, sino también efi-

ciencia causal en los mismos Sobre ellos estriban y se afirman sólidamente tanto la acción cuanto la investigación, y de este modo es que la constructividad del espíritu científico es tan evidente cuanto la pasividad cristalizada del espíritu contemplativo. En el breve tiempo transcurrido desde que se descubrió la causa de las infecciones, por ejemplo, el resultado de este descubrimiento admirable se ha constituído en "causa" de nuevos progresos en la antisepsia, la asepsia, la sueroterapia, la cirugía, etc.; y la higiene hasta ha transformado ya algunas instituciones sociales. De este modo es que se van escalonando los progresos humanos.

Si recordamos no más el justificado pánico que causaban, no ha mucho todavía, ciertas enfermedades contagiosas, y la serenidad con que ahora se las mira, confiados en la eficacia de los nuevos recursos preventivos y represivos, no puede dejar de verse que estos concursos, genuinamente materialistas, han hecho más, en favor de la humanidad, que todos los declamadores en la senda tan preconizada de los sentimentalismos Y no hablemos de que éstas son cosas de escasa monta para los que se preocupan más de la otra vida que de ésta, porque unos y otros, todos aprovechan de tales arbitrios, aquí mismo, y a los que no lo hacen, por ignorancia u otra causa cualquiera, se les reputa dignos de nuestra más triste conmiseración; y así como nos hemos referido a un descubrimiento realizado en el campo positivista de la bacteriología, pudimos referirnos a los innumerables progresos realizados en la física, en la química y en cualquier otro dominio del execrado materialismo. Una ciudad moderna parecería una maravilla, lo mismo a los asirios que a los egipcios, a los

griegos que a los romanos, excepto en lo que atañe al culto de los soñadores, con los cuales se hallarían ya familiarizados como viejos camaradas.

Es debido a esta serie de esfuerzos positivistas que se va haciendo de modo que los últimos, antes de llegar a ser los primeros en la "otra" vida, vayan siendo algo ya en ésta. La ciencia materialista, con un criterio más práctico, va ordenando la evolución humana, por un proceso de rectificaciones, y al devolvernos a la realidad menospreciada, va deparando bienes que cada cual disfruta a su manera, en el afán de gozar del inmenso y cierto beneficio de la vida, y lo hace todavía, y cada vez más, con la íntima seguridad de que tal ordenamiento no pudo, ni puede razonablemente ser reprobado por los dioses. En tanto que los fideístas se esmeran en ajustar sus cuentas con el cielo, por medio de ceremonias, los materialistas ajustan sus cuentas entre todos los hombres, en plena naturaleza, proveyendo de conocimientos a los ignorantes, a fin de que puedan realizar su legítima aspiración de coparticipar en los intereses terrenos, los cuales, por lo pronto, son los que más apremian. Merced a ese esfuerzo, entretanto que los soñadores, más o menos religiosos, mantienen petrificada en su cerebro la aspiración ancestral, los positivistas, más prácticos, van avanzando y atendiendo a las exigencias de una evolución tan compleja como es la evolución natural, y facilitan los recursos que son precisos para que las agrupaciones humanas se constituyan sobre una base racional, las que, por sus antiguos arbitrios, a veces, ruborizarían al propio insecto, al ver cómo ha quedado rezagada una gran mayoría de unidades congéneres, en medio de un boato megalomaníaco que ostentan los diri-

gentes, y más que nadie, por cierto, los propios soñadores prendados aún de las leyendas sentimentales, paradisíacas, por un lado, y tan indiferentes, cuando no crueles, por el otro. No es tan pequeño ni tan raquítico, pues, como se piensa, el ideal materialista, el que, felizmente, secundan en buena parte tambien los creyentes, no sin dejar al efecto de lado la fe, en tal caso, para empuñar el instrumento fecundo de los ateos: la razón.

Por el momento, la meta científica nos lleva a garantir, por el conocimiento, la salud, la libertad, la dignidad humana; y esto mismo no se plantea sobre razones de sentimiento, sino sobre razones de convicción. Al concretar hechos, verdades naturales, va alimentando y despejando la conciencia, haciendo así posible convivir dentro de reglas sociales cada día superiores. En su empeñoso esfuerzo de edificación cognoscitiva, va acumulando antecedentes que se utilizan de múltiples maneras, diversas, y todas por igual provechosas, puesto que reposan en verdades positivas, es decir, reales. A la vez que se van preparando nuevos elementos de juicio para fundamentar síntesis quizá inesperadas, — y no por eso menos optimistas, como tienen que ser las conclusiones positivas, dado que la realidad de que formamos parte no puede sernos desfavorable —, va diseminando a todos vientos sus conquistas, y prepara de este modo, sobre un terreno firme, la base de la igualdad social; mejor dicho, de la igualdad racional, que no es, ni puede ser, el reparto incondicional de los bienes adquiridos, sino la aptitud para codirigir el organismo social en provecho de todos los elementos útiles a la agrupación; pero esto solo, que acaso no seduzca a los ilusos que creen que un día podrán

ser poderosos, para oprimir, a su vez, a los viejos opresores, es ya una conquista invalorable y fecundísima en bienes, y, por lo demás, no es una idealidad inasequible, sino una esperanza en vías de realización.

Ningún bien se estima menos que el ya alcanzado; pero si nos detuviéramos a examinar la importancia de los beneficios debidos al conocimiento, y a compararlos con la infecundidad de la ignorancia tenebrosa de otros tiempos, nos asombraría el resultado de tal compulsa. La doble ilusión que nos induce a envidiar todavía a los antiguos, con la misma falta de lógica con que compadecemos a los metántropos, no nos permite ver con claridad la obra realizada por el esfuerzo cognoscitivo, que ha ido labrando el férreo prejuicio que mantenía en dos planos bien definidos a todos los hombres: el amo y el esclavo, que no eran otra cosa, por más que se les llamara de otro modo No obstante, ese esfuerzo tesonero de conciencia ha reducido de tal suerte el desnivel en que se hallaban ubicados respectivamente los hombres, que ya es posible hablar de igualdad, por lo menos y hasta de igualdad terrenal, sin que por esto se apliquen las viejas disciplinas aterrorizantes.

Nada habrían podido las prédicas igualitarias, por otra parte, si las masas populares no hubieran comenzado a informar su conciencia dentro de un orden de ideas positivo, porque el derecho a la igualdad es fruto de conocimiento; es un bien a conquistarse por esa senda. ¿Se podría pensar juiciosamente en una asociación igualitaria, fecunda, donde los componentes fueran incapaces de ajustar su acción a la equidad, que es el imperio del derecho de todos en beneficio de todos? El que no está habilitado para

regir, no debe ni puede regir en una comunidad social igualitaria, esto es, donde cada cual debe ejercer el gobierno de sí mismo de tal manera que no pueda lesionar el derecho de los demás. Y ¿sería sensato esperar que los poderosos se aprestasen a ceder más de lo que se les tome, si ha de tocarles, a su turno, el papel de oprimidos? Pensar en esto es dejarse ilusionar con una cabal utopía, infecunda, por lo demás, puesto que sólo se habrían trocado los papeles, y se sentirían de inmediato consecuencias deplorables. Desde luego, ningún hombre consciente está dispuesto a sacrificarse de un modo incondicional; y si esto ocurriese, los que se sintieran oprimidos, sean quienes fuesen, a ser conscientes, irían, a su vez, a la huelga y al "sabotage".

La conquista de la igualdad, como la de la libertad, exige, como única arma eficaz y esencial, conocimiento. No basta ser aspirante a la igualdad, pues: es preciso ser aptos para practicarla, y esa aptitud es la noción de los deberes sociales llevada al punto de que cada uno de los asociados sepa gobernarse dentro de su derecho estricto, sin necesidad de coacción: por obra de conciencia. No hablamos de la igualdad de los soñadores, que se viene proclamando desde hace muchos siglos infructuosamente, sino de una igualdad realizable. La aspiración es ya una gran palanca; empero, tiene que encontrar su punto de apoyo para que pueda operar en la realidad, y ese único punto de apoyo está en el conocimiento. Sería demasiado cómodo esperar que se realice, con sólo querer, una aspiración que, para gestarse no más, en una vía positiva, ha demandado el esfuerzo de los siglos.

Los aspirantes a la igualdad tienen abierta la brecha conquistadora sólo les resta hacerse capaces de practicar un gobierno igualitario, y eso es poner de manifiesto la preparación requerida para compartir la dirección social, todo lo demás, los actos de fuerza, la violencia, la virulencia, lejos de acercarnos a ese desiderátum, nos aleja de él.

El conocimiento, antes confinado entre unos pocos, y que hoy se va diseminando por el organismo social de mil maneras, es el que va preparándonos para convivir dentro de pautas cada día más igualitarias, *evolutivamente*, por más que los impacientes crean que es la violencia la que ha determinado los pasos que ya se han dado en ese camino, o bien que los ha apresurado, con igual falta de fundamento con que pudieran pensar los soñadores que esos pasos se deben a la acción de aquella aspiración sentimental, platónica, que también cultivaron generosamente por el ensueño. El mismo factor económico no es decisivo, a nuestro modo de ver, en esta obra de conciencia, de conocimiento más que de otra cosa alguna.

Tal como se plantea por algunos el movimiento igualitario, parecería que significa una catástrofe para las clases acomodadas, y esto es precisamente lo que determina su espanto; pero si se atiende a que por más que se agiten los aspirantes y por más que resistan los capitalistas, fuera de las vicisitudes de la lucha no podrá prosperar ni perdurar, en la realidad, ninguna solución que no sea razonable, ni podrá sustentarse definitivamente, porque la pauta que debe regir y rige en la evolución es la de la ecuanimidad; si se atiende a que la igualdad reque-

re que los rezagados se eleven y no que los acomodados desciendan, se verá que, en la faz práctica, la evolución social, como toda otra evolución, en definitiva, es, fundamentalmente, obra de conocimiento. La multitud de intereses comprometidos en la lucha evolutiva, hace que cada problema deba resolverse de acuerdo con la equidad, y esto exige una serie de actos congruentes, escalonados, sucesivos, progresivos, con arreglo a un plan que, para manifestarse eficaz, debe ser necesariamente reflexivo, deliberado de tal modo, que pueda imponerse a la conciencia social como juicioso No hay más que mirar lo que ocurre apenas se ofrece un conflicto, para ver que todos se aplican a examinar su equidad, y que a ésta se la aprecia por las proyecciones consecutivas de cada solución, y no por el empuje de la demanda; y es así que, por más que los impacientes y los violentos esperan de un instante a otro que surja la realización de sus sueños teoricos, como los reaccionarios confían en que los viejos tiempos han de resurgir por encanto, los más sesudos van encaminando la acción derecha y firmemente hacia ese mismo ideal, con un sentido más práctico, y van preparando esa conquista dentro del plano efectivo de la realidad.

No nos cansaremos, por nuestra parte, de condenar ese espíritu iluso que transmite la tradición sentimental, tan infecundo; ese apego a lo prodigioso que ha desviado por tanto tiempo a la humanidad de su vía más segura y auspiciosa: la razón, que es el culto de la verdad, de la realidad, de la vida. Todavía los propios intelectuales divagan por demás, en vez de concretar, en vez de buscar dentro de la rea-

lidad lo mejor, aprovechable, para aprovecharlo y hacerlo aprovechar; todavía se detienen a indagar y a discutir, tan interminable como estérilmente, acerca de "la nacionalidad" a que pertenece el que descubrió algo: una riqueza, una idea, un recurso, un nuevo elemento de juicio, no para mejor encaminar su gratitud, sino para vanagloriarse; como los niños se detienen a disputar sobre quién vio primero el árbol cuyos frutos deliciosos destilan miel entre sus manos, en vez de darse a saborearlos; y es así que se gasta tanta energía sin provecho. Si no fuera porque los positivistas y materialistas se aplican a investigar y a divulgar, ni serían aún "cuestiones" de actualidad las mismas que nos interesan, las que los impacientes quisieran resolver de una sola plumada a su favor, apenas se ha abierto la conciencia popular a los destellos de la convicción científica, sin detenerse nunca a considerar las ventajas ya alcanzadas. Lo que se ha conseguido, sin embargo, es mucho más importante de lo que se supone. Si se parangonan las situaciones respectivas entre los amos y los siervos, se verá que se han conquistado ya posiciones estimables, por más que no sean las apetecidas, que no son, ni pueden, ni podrán serlo jamás, para nadie. Antes, el pueblo era un gran rebaño dirigido al capricho de unos pocos lobos-pastores, mientras que ahora ese pueblo, al informarse de la fuerza de toda organización colectiva, por "acto de conocimiento", hace sentir progresivamente la conciencia de su derecho, y, al hacerlo, se eleva y se encamina a la igualdad.

Desde luego, se comprende que los ignorantes no están habilitados para dirigir. ¿Cómo podrían, pues,

expedientes retorcidos, por hábiles que ellos sean, todos los coasociados solidarios, celosos del bien común como del propio, desempeñarán esa función delicada de policía social; pero para llegar a esto, que es, al fin, ideal realizable, será menester que la conciencia se afirme y que se la forje en el yunque de la rectitud, que es conocimiento; en el amor de la realidad, de la verdad, de la vida.

V

LA VIDA

La mariposa que revolotea vacilante, como un recorte de papel; la rana que croa dentro de un pozo, y el pez que zigzaguea en el agua; el reptil que se arrastra; el ave que hiende el aire como una saeta, o que permanece inmóvil, como una estatua, al borde de un charco; la tórtola que arrulla, la oveja que bala, el toro que muge plañidero como la oveja y la tórtola; el tigre, receloso, que acecha poniendo en tensión todos sus sentidos, el león, seguro de sí mismo; el paquidermo somnoliento; el gato y el falderillo mimosos, que sienten correr por su lomo la tibia caricia de una mano femenina, con inefable voluptuosidad, y la joven regalona, y el operario obscuro que vive en las entrañas de la tierra, y el aeronauta, ávido de altura y de luz, todos procuran por igual mantener su individualidad, y no la cambian. Si pudiéramos comunicarnos con el más mísero escarabajo, nos sorprendería ver cuán satisfecho está de sí mismo; y si le preguntáramos si quiere trocarse en un Adonis, quizá se sublevara tanto como un papú al que le propusiéramos convertirlo en escarabajo. Ni el propio gusano, que serpentea tan pe-

nosamente, y que avanza con lentitud desesperante, por más inteligente y sesudo que lo supongamos, querría cambiar su estructura orgánica. Todos, al contrario, identificados con su propio ser, ansiosos de vivir, aman de un modo entrañable "su forma vital", y defienden su caparazón. Se diría que saben intuitivamente que, fuera de ella, hay una negación: la nada, la muerte. Todos denotan, pues, una insaciable ambición de mantenerla, y para ello llegan, a veces, a la propia reproducción mortífera. Acaso sea el hombre, esto es, el organismo más complejo y, por lo mismo, el que tiene un puesto mejor en la naturaleza, el único ser que, desviado por sus abstrusas filosofías, ha llegado hasta a la descomunal locura de menospreciar la vida.

En toda la naturaleza se advierte el mismo propósito vital individual; todos los seres aspiran a conservar su propia entidad y a propagarse, y los mismos que esperan otra vida inmortal, la desdeñarían, si, para obtenerla, fuera menester cambiar su unidad estructural, personal. Nadie se consolaría con ser "otro", quienquiera que sea. En los dominios inmensos de la realidad, en el infinito torrente de aspiraciones vitales, todo es individualidad que quiere perpetuarse como tal: el hombre, el ave, el pez, el reptil, el insecto. ¿Qué es la vida, entonces, si no es individualidad?

En el propio silencio, en la aparente quietud del pleno campo, si observamos con alguna atención, sentimos que todo vibra en derredor nuestro; y si miramos con algún detenimiento, vamos percibiendo, poco a poco, seres cada vez más minúsculos, que se agitan por vivir. Esa trepidación, ese zumbar producido por levísimos movimientos ínfimos, son,

seguramente, como los demás, manifestaciones de vitalidad tan individual como las que percibimos en los dominios más accesibles a nuestra mirada. Todos quieren vivir dentro de su propia complexión, sea la que fuere, y bregan a favor de sí mismos y de su prole, que es la prolongación de sí mismos. La mosca devora las materias orgánicas para sustentar a sus larvas, con igual espontaneidad con que el faisán se alimenta con la mosca, y con que el hombre se alimenta con las aves, y ese culto incondicional a la propia estructura se manifiesta de tantas maneras cuantas sean las formas de la individualidad vital. En el hombre, como en los demás organismos, el instinto que incita a perpetuarse siempre se denuncia de algún modo, aun a despecho de todos los votos y convenciones más deliberados; y en los centros donde está ausente el fecundo sentimiento de la filogenitura, en los que más se lamenta la despoblación, como consecuencia natural de ese desvío, se advierte este factor esencial incontenible e incontenido, a través del propio culto del simulacro fecundador que se practica hasta por los calculadores más recalcitrantes y extraviados, como si fuera un drenaje del instinto formidable, de igual modo que se advierte alrededor de una mesa, bajo otro aspecto, el instinto vital, también, por dentro de todo régimen y de todos los artificios urbanos y de todas las afectaciones románticas. Dondequiera que sea, se puede observar el prurito natural de conservarse, de reproducirse, de perpetuarse, no como cumplimiento de una ley común de la naturaleza, sino como una exigencia íntima de cada organización individual.

Si pudiera penetrarse en los reinos ínfimos, en donde una gota de agua puede ser lo que para nos-

otros es una entidad astronómica, veríamos lo mismo, seguramente. Todo "existe" en la naturaleza. Si toda la substancia presupone forma y energía, toda la substancia "vive", todo es energía puesta al servicio de la sensación; todo es individualidad que, de una u otra manera, tiende a conservar su estructura, y todavía en las formas francamente orgánicas, antes de ceder a la presión de los agentes exteriores, los que, a su vez, bregan con idéntico propósito, vemos que ellas tienden a fecundar, para mantener su individualidad, su obra. A no ser por esa acción constante de la substancia, todo sería inmutable, en vez de ser todo mudanza, transformación perpetua, como es.

Si toda la substancia y toda la energía son elementos inmutables e indestructibles, en cuanto a su esencia, la vida en una simple modalidad formal, puramente, puesto que por más que se modifiquen dichos elementos, no pueden perecer, sino *transformarse* dentro de la indestructibilidad de la substancia, que permanece inalterable, perennemente. Fuera de la forma, que es también inseparable de la substancia, como la energía, lo demás se mantiene perpetuamente: "vive" en la naturaleza. No hay ni puede haber substancia "muerta" en la realidad, sino sólo individualidad que se disuelve y cesa de actuar "como individualidad", y sus despojos siguen "viviendo", fuera de ella, en el cosmos, eterna e indefectiblemente. Son las modalidades de la substancia, pues, las que cambian, mas no la substancia en sí, la cual permanece en todo lo demás inmutable, inconmovible. La vida es, así, la forma, la estructura individual; y la lucha por la vida es la lucha por la entidad individual que se traba de un modo per-

petuo, inextinguible, entre las infinitas variedades morfológicas de la substancia integral.

Todo en la naturaleza tiende a mantener "su forma", aun fuera de los dominios francamente biológicos, lo mismo el hombre que el árbol y el peñasco. Cuando el leñador abate al roble y lo fracciona, cada trozo del mismo, sea cual fuere la manera en que se le corte y se le esculpa, conservará su forma, de igual modo que lo hacía el roble secular que lo plasmó, y hasta que los elementos exteriores al mismo, es decir, a su individualidad plástica, no lo hayan transmutado, mantendrá su última estructura formal indefinidamente inmutable; y lo propio ha de ocurrir con cada partícula de la substancia, con cada molécula, con cada átomo. Lo que puede decirse, es que hay formas individuales más activas y menos activas en su empeño de conservar su estructura, de adaptarla, de mejorarla; mas no que hay substancia muerta, solo porque no manifiesta iguales pujos de actividad en el empleo de su propia energía vital, puesto que no se concibe en la realidad la "existencia" de substancia *muerta,* vale decir, *no existente.* Esto es un contrasentido. Si puede considerarse que hay formas individuales más organizadas y más activas unas que otras, no puede admitirse la existencia de lo inexistente; si puede considerarse que la substancia está dividida en "viva" y "vital", por ejemplo, no puede lógicamente admitirse que hay substancia vital y substancia muerta, puesto que la muerte implicaría una negación de la substancia, y esta, en realidad, ES, es toda afirmación, es VIDA, siempre, perpetuamente; y cuando no actúa en una forma, actúa en otra, indefinidamente.

Acostumbrados al antiguo concepto vital, que

atribuye a ciertos fenómenos de la naturaleza una entidad esencialmente distinta de los demás, se ha buscado un elemento excepcional, un agente particular, un "principio vital", para explicar la analogía de los fenómenos que se desarrollan en lo que se reputa reino "biológico", en oposición a la substancia que se supone muerta, la cual, a medida que se la observa, manifiesta cada vez más atributos de movimiento, esto es, de vitalidad. Así es que ese "agente" vital que se buscaba, se ha ido desvaneciendo, como elemento generador de las organizaciones biológicas, y, por otro lado, se ha ido perfilando la identidad del supuesto "principio vital" en toda la substancia. El propio movimiento browniano debe suponérsele de carácter vital más bien que puramente cinético, que no tendría explicación dentro de la tesis de que la muerte *puede existir, y aun manifestarse en movimiento.*

La substancia está necesariamente acompañada de vitalidad por el solo hecho de ser, y la vida debe considerarse, pues, como "una forma" de la substancia - energía. Para descubrir la esencia de la vida habría que descubrir la esencia de la substancia, que la contiene indefectiblemente; porque estos tres elementos: substancia, energía y forma, son inseparables, son la vida, o, dicho de otro modo, *lo que es.* La forma, entonces, es la manera de manifestarse la substancia - energía, es decir, la vida, lo existente, la forma es, por lo menos, lo que acusa la vida en cada modalidad vital.

Los que se han ocupado de estudiar "la vida", han estudiado más bien la manera en que ella se manifiesta en la escala biológica, de organización típicamente fisiológica, como Bichat, que la consi-

dera "el conjunto de funciones que resisten a la muerte", como Bernard, que la compara a una combustión,[1] como Ostwald, que la considera un sistema estacionario que recibe energía del exterior y la despide,[2] etc. Se ha buscado así la naturaleza del proceso biológico más bien que la naturaleza esencial de la vida misma; y, por lo demás, cuando se ha querido fijar el supuesto "principio" vital, o bien ubicar el supuesto "nudo" vital, se ha encontrado substancia, energía, forma, y nada más.

Dada la manera corriente de razonar, nada debiera llamarnos tanto la atención como el hecho de que no hayamos podido formar una idea, ni aproximada, acerca de la vida, esto es, de lo mismo que nos hace pensar, sentir, obrar, en todo instante. A la vez que se han penetrado misterios que parecen ser fundamentales, lo que se refiere a la vida, en sí misma, está como el primer día, en una obscuridad impenetrable, que desespera al investigador; y quizá esto se deba a que nuestra lógica se descarrió en los primeros pasos de la vía especulativa, lo cual nos mantiene todavía enredados. De esta suerte es que, si bien conocemos las leyes por las que se rigen los movimientos de los astros en nuestro sistema planetario, aun cuando ellos se mueven de distinta manera de como se manifiestan a nuestra mirada, no sabemos qué elementos nos mueven a nosotros mismos, por más que estamos en posesión de nuestros

1 Claudio Bernard dice: "La vida es, en el fondo, imagen de una combustión, y la combustión es una serie de fenómenos químicos, a los cuales se unen de un modo directo manifestaciones caloríficas, luminosas y vitales" — *La definición de la vida,* pág 42, v. c.

2 W. Ostwald *La energía,* pág 211, v c.

propios secretos más íntimos. Nada sabemos respecto de un enigma tan interesante como es el de la fuerza recóndita que conducimos, manejamos y utilizamos, la misma que nos hace pensar y querer, así como hablar, y caminar, de acuerdo con nuestros pensamientos y voliciones, por lo común, y, a veces, también en desacuerdo. No sabemos por qué sentimos, por qué pensamos, por qué queremos, por qué nos movemos, y apenas nos interrogamos sobre esto y miramos a nuestro alrededor, nos parece despertar de un sueño quimérico, lo cual revela a las claras que nuestra mente está por fuera del terreno efectivo de la realidad; vale decir, que nuestras cerebraciones no se ajustan a "lo que es", sino que vagan en dominios arbitrarios. Si hacemos un análisis de las ideas que nos embargan, a menudo advertimos que se substraen al ambiente natural, en el propio curso de nuestras lucubraciones ordinarias, vemos que casi todas están dirigidas por espejismos que arraigan en la tradición, los que no resisten a ningún examen crítico, y a tal extremo que, más de una vez, quisiéramos pensar y proceder de una manera distinta de como pensamos y procedemos. Sea lo que fuere, hay, en verdad, una acerada ironía en el hecho de que los propios sabios más capaces no hayan podido explicarse el fenómeno de la vida, de la misma vida que los anima, con ser un asunto tan fundamental y de tan alto interés, y con estar tan íntimamente ligado al propio organismo que vive.

Los que se han detenido a estudiar el fenómeno vital como una manifestación típica del mundo "orgánico", o bien han ido descubriendo manifestaciones más o menos análogas en todos los dominios, las mismas que los desconcierta, o bien se han limi-

tado a constatar "la manera" en que la vida se desarrolla en los dominios francamente biológicos. Nos referimos, naturalmente, a los que han buscado en campos positivos la explicación de ese fenómeno, puesto que los demás sólo han podido hacer afirmaciones sin comprobación posible: los animistas y archeístas. Los vitalistas, como los neo-vitalistas filosóficos, según la denominación de Dastre,[1] también han fracasado en su intento, porque buscaron una diferencia fundamental dentro de una identidad fundamental, según nuestro entender, de igual manera que habrían fracasado los que buscaran una diferencia esencial entre la luz, el calor y la electricidad, o los que buscaran su explicación fuera de la naturaleza; y los unicistas, nos parece que han prescindido de "la individualidad", como elemento característico de la manifestación vital.

Si la vida está implícitamente comprendida en la substancia, *es la substancia misma,* y lo que se busca por aquellas vías no puede ser otra cosa que la forma en que "la vida más organizada" se manifiesta, por más que en ese propio terreno tiene siempre que constatarse que ella se produce "como individualidad", y que fuera de ella se cae, necesariamente, en una pura abstracción: la muerte, que es la vida dentro de otras modalidades de la substancia. No obstante, a la vida, que es el único fenomeno positivo, no sólo con relación a cada individualidad, sino también en sí mismo, se la ha considerado como un fenómeno que se subordina a la muerte, la que, como quiera que sea, es un fenómeno "negativo" con respecto a la individualidad solamente, por lo demás, en cuanto

1 A. Dastre: *La vie et la mort,* pág 29.

deja de ser tal individualidad; a la vida, que es la afirmación constante de la realidad, o sea de lo que es, de lo que actúa, de lo que prima, se la ha encarado como un simple fenómeno transitorio que ha de rendirse a la muerte, ella, sí, triunfal, invicta: lo cual trastorna todo concepto efectivo de la naturaleza, puesto que es su más perfecta antinomia; y como una consecuencia de este desvío, a la Parca, a la Muerte se la presenta todavía con su enorme guadaña imperando por encima de la realidad soberana. Estos residuos de la leyenda ancestral, aún labran, como se ve, hasta a los espíritus más selectos Si hay algo claro, es precisamente *la autonomía* de la naturaleza, que no rinde ni puede rendir vasallaje a nada, ni a nadie, porque fuera de ella nada es posible, si acaso son posibles nuestros desvaríos, los mismos que, por lo demás, también están inspirados, en el fondo, por el culto de la realidad, que es nuestra propia naturaleza; y tanto es así, que a esto podría llamarse "el fanatismo de la naturaleza", aun respecto de los mismos que la suponen desdeñable a fuerza de temer su pérdida

Todo es "vida" en la realidad. Todo lo que ha existido existe, y no puede dejar de existir, de una u otra manera, por cuanto no puede haber creación ni destrucción de substancia, ni tampoco creación o destrucción de energía. Estos dos elementos, por lo demás, inseparables, — substancia, energía —, son la vida, pues; vale decir, lo que ES. Enteramente inmutables, en cuanto a su esencia, lo único que puede ocurrir, es que se transformen dentro de su propia aspiración insaciable, desbordante, perpetua.

Todo vive así, en la naturaleza, de un modo perenne; pero como la substancia, a la vez, no puede

dejar de revestir "forma", puesto que fuera de ella nos encontraríamos con un absurdo, con un contrasentido, esto es, una no-existencia, una "negación" viviente, el fenómeno vital debe considerarse, a nuestro modo de ver, como una de las formas de la substancia-energía, o sea como una modalidad puramente "morfológica". La vida debe encararse, pues, como un fenómeno morfogenético de la substancia-energía integral, desde que "la vida" *es todo lo que existe,* por más que se acuse de un modo particular en las organizaciones complejas, y por más que pueda entenderse que vida es el mantenimiento de algunas individualidades estructurales únicamente.

Fuera de la individualidad, es cierto que no hay vida para la entidad individual; pero para la realidad plena, que vive perpetuamente, sin interrupción alguna, solo hay una negación, una abstracción psicológica; y los propios elementos que se buscan en el campo de la energética biológica, de la fisiología, de la morfología, de la anatomía, de la histología, etc., no han podido dejar de tomar en cuenta esta entidad: el individuo, que, según nuestro entender, "concreta la vida", de igual modo que la forma concreta la substancia. Lo demás, fuera de la individualidad, es un no-valor, *no es,* mejor dicho aún, si no se prefiere decir que *es la muerte,* o sea una pura abstracción psíquica, sin objetividad alguna. Toda vez que se ha querido definir ese elemento que llamamos "la vida", se ha encontrado *la individualidad que vive,* y fuera de esta individualidad biológica, no se encuentra más que una identidad fundamental en toda la substancia. Es de este modo que, cuando se indaga acerca de la vida, como entidad substantiva, giramos en un círculo vicioso,

puesto que intentamos descubrir en la substancia un elemento que está implícito en la substancia misma, y que solo ofrece diferenciaciones, como puras modalidades morfogenéticas. Buscar un elemento particular dentro de una realidad esencialmente idéntica, que sólo se modifica "formalmente", es buscar lo imposible, y es así que la investigación ha ido encontrando "formas" y "grados" de organización vital, sin poder concretar ninguna diferencia esencial entre el reino mineral, el vegetal y el animal, sino tan sólo grados y variedades de organización, y peculiaridades propias a cada grado y variedad de las formas de la substancia-energía, dentro de una identidad fundamental.

Nosotros, por lo común, consideramos la vida como un elemento privativo de las organizaciones que se parecen a la nuestra, porque no podemos concebir la vida fuera de esa modalidad individual tan caracterizada, como es la nuestra para nosotros; pero antes habría que comprobar si donde no vemos una organización individual semejante a la nuestra, como ocurre con lo que llamamos substancia inorgánica, no hay también *individualidad* más o menos definida, aunque sea en una forma muy distinta a la de la nuestra, según va resultando, por otra parte, así que se profundiza la observación de la naturaleza "muerta", no ya en el microorganismo.

Nosotros nos sorprendemos de que sólo "la forma" de la substancia-energía pueda operar tan diversos efectos, como nos sorprendería, si no nos hubieramos acostumbrado a saberlo, que la pólvora, por ejemplo, pueda manifestarse bajo aspectos tan distintos de los que exhiben sus componentes, o cualquier otro de los tantos fenómenos químicos

que a cada paso nos confunden. Es verdad que en las manifestaciones que se desarrollan en los dominios "biológicos" hay una complejidad y una plasticidad tales, que nos cuesta considerarlos como comprendidos en la misma escala físico-química, donde se exhiben, por lo común, fenómenos de mayor fijeza; pero así que se atiende a que aquellos organismos son procesos de acumulación por asimilación, de evolución milenaria, muchas veces milenaria; si se atiende, todavía, a que ese proceso significa progresividad de efectos, — de efectos causales, a su vez—, aun cuando no se haya podido encontrar la razón de tal variedad de manifestaciones, como no se ha encontrado la causa de la afinidad de la substancia, ni la de los fenómenos de alotropía, ni otros, en ese mismo campo que se considera muerto, se verá que esto no es bastante para presuponer un agente extraordinario, sea o no natural, para explicarlas, desde que, en la naturaleza, los fenómenos vitales se manifiestan sin solución de continuidad de carácter radical, aun cuando se penetre en los propios dominios reputados como distintos, esencialmente, y desde que no es posible considerar lo existente "fuera de la vida", de lo que ES, por más singular que sea la manera de vivir en cada forma de la substancia. Por eso es que, dondequiera que se observa, se advierten modalidades individuales, todas vitales, positivas, efectivas, de la substancia-energía.

Se habrá visto que nosotros consideramos la individualidad, no del punto de vista de la indivisibilidad, sino más bien del punto de vista de la dominante de su estructura, o de la forma de la organización, o de la congruencia de la acción, y siempre dentro de un concepto de completa relatividad, pues-

to que no hay en la substancia nada indivisible, fuera de lo que suponemos así por una simple abstracción. Lo que puede notarse es tan sólo una forma de organización más o menos definida y congruente en su acción, pero no una entidad enteramente indivisible, que no conocemos y que muy difícil sería encontrarla, según resulta cada vez más claro de las investigaciones científicas. De otro modo, resultaría impropio llamar individualidad a un pueblo, por ejemplo, que es una agrupación de hombres, como al hombre mismo, que es una asociación celular, al árbol, al pez, al insecto, del punto de vista de la indivisibilidad. En este sentido no hallamos tampoco ninguna solución típica, en ningún dominio. Desde la realidad integral hasta el átomo, todo revela individualidad, a la vez que unitaria, divisible, por más que, mediante un mero convencionalismo, se pretenda considerar al átomo como absolutamente indivisible.

Dentro de este concepto de la individualidad, que nos permite también considerarla así, aun cuando sea "inanimada", y aun "artificial", por cuanto en este caso mismo *existe*, y ejerce una acción en el conjunto integral proporcionada a su estructura y a su propia energía, consideramos individualidad al roble, a que antes nos hemos referido, lo mismo que a cada uno de sus trozos, y también al barco o al mueble que con él se han construído, como consideramos individualidad a cada una de las fibras o de las moléculas constitutivas, todo lo cual desempeña en la realidad una acción positiva, aun cuando ella no sea activa, ni acuse manifiesta motilidad, de igual modo que consideramos individualidad a la pólvora, y también a sus componentes: el carbón,

el azufre, el salitre, con una acción muy distinta, por lo demás. ¿Podrían dejar de notarse sus diferenciaciones, con efectos tan distintos?

Acostumbrados al concepto de vitalidad orgánica, con funciones fisiológicas manifiestas, nos cuesta pensar que vive una "substancia muerta", según nos hemos habituado a considerar la llamada substancia anórgana; pero ¿cómo podríamos, por otra parte, suponer que lo muerto existe, si no hay creación ni destrucción de substancia-energía? ¿Cómo podríamos suponer "muerta" una substancia que exhibe energía propia, invariablemente? Así, los elementos de que echamos mano para satisfacer nuestras necesidades, sean o no "orgánicos", los utilizamos precisamente dentro de su "propia" naturaleza, es decir, de su estructura, y cuando se construye una casa, un mueble, una máquina, un vehículo, no se ha hecho más que explotar la "vida" de esas substancias, su forma "vital", su individualidad, de igual modo que cuando nos servimos de los animales para explotar su fuerza, u otra cualquiera de sus peculiaridades, lo hacemos tomando nota de su naturaleza vital. Lo mismo que esclavizamos al buey, al caballo, al perro, al ave, para aprovecharlos según su complexión propia, utilizamos al árbol, que nos proporciona frutos, leña, abrigo o líneas y tonos que de alguna manera puedan servirnos, y a cualquier mineral que tenga propiedades aprovechables; pero, ¿se dirá que lo propio que utilizamos no tiene vida, es decir, *existencia,* cuando es precisamente esa vida, esa existencia, dentro de su estructura individual, lo que tratamos de aprovechar?

Nosotros al contrario, nos esmeramos en conocer las peculiaridades propias de cada substancia, sea o

no orgánica, para descubrir en ella los elementos intrínsecos y extrínsecos que puedan convenirnos, y los utilizamos así dentro de la individualidad que manifiesta cada una de sus variedades. Aplicamos de este modo la forma vital "propia" de cada elemento para servir nuestras necesidades y nuestros propósitos individuales; y por eso es que no se nos ocurre hacer hachas con agua, ni mover locomotoras con peñas, ni construir globos a base de tracción equina o bovina. Todo el proceso de la actividad humana se ha desarrollado en el sentido de aplicar, en favor del hombre, todas las modalidades "propias" de la substancia, y lo mismo hacen los demás organismos conocidos; y, al proceder de esta manera, no se toma nota de la naturaleza más o menos orgánica o inorgánica de la substancia, sino de lo que puede convenir para cada estructura, para cada modalidad individual, como quiera que ella fuere.

Por distinta que sea la manifestación vital de "cada forma" de la substancia-energía integral, no puede desconocerse que vive y que convive con todas las demás, así como que tiene, en consecuencia, una ava parte de acción en la realidad plena, correlativa a su individualidad estructural. Lo mismo que sólo se manifiesta como fuerza de cohesión en la substancia que se supone anórgana, en su acción de conservación de la propia arquitectura, puede llegar, en los ejemplares más organizados, a una infinita variedad de modalidades, y hasta a las mismas iniciativas de cambio en las formas usuales de adaptación y de selección, y en los arbitrios de defensa; pero no es menos cierto que, a no ser por la acción de los agentes externos, que, en su empeño de mantener también su complexión y de expandirse y

propagarse, ponen en jaque a las demás individualidades, éstas permanecerían inmutables. Empero, el hecho de que las modalidades vitales más complejas y más inteligentes desempeñen una acción más variada, más adecuada y eficaz para lograr el mismo propósito de mantener su estructura, no acusa una diferencia fundamental, sino "formal", entre éstas y las pasivas, inertes, puesto que todo actúa de algún modo en la realidad integral, y todo tiende a mantener su individualidad modal; y aun en las propias individualidades típicas de "organización", manifiestamente congéneres, también se advierten diferencias que parecen radicales en cuanto a la manera de actuar, entre los hombres y los pueblos, por ejemplo, si bien no puede negarse que, unos y otros, son de idéntica naturaleza, esencialmente, y que, a la vez, tienden a satisfacer necesidades fundamentalmente idénticas. Como antes lo dijimos, estas diferencias en la acción se explican por una diversidad de grados de conciencia, principalmente, del mismo modo que debemos atribuir a una diversidad de grados de conciencia la astucia del zorro, por ejemplo, y la mansedumbre del buey, el cual va tan sumisamente al matadero, si bien apenas pudiera sospechar la suerte que le espera habría de convertirse en "toro" de lidia, y habría de defenderse como tal. Hay, por lo demás, en el hombre mismo, mil desvíos en su acción, a pesar del mayor desarrollo de su conciencia, debidos a causas múltiples de error.

Como quiera que se mire, pues, se advierte que toda la substancia siempre tiende a mantener su propia estructura con relación a los factores externos, los que, a su vez, hacen lo propio en favor de sí mismos. En medio de ese cúmulo integral de energías

aplicadas a conservar la forma de cada modalidad individual, de una u otra manera actúan: el átomo, como el astro, como la naturaleza plena, y todo, a la vez que como individualidad, como substancia divisible y transformable: el bacterio y la molécula; el parásito y el grano de arena; el insecto o la gema, y la flor o el fruto; el ave y la cabaña; el palmípedo y los montes y cordilleras; el ovíparo y el mamífero, el sol, las estrellas, la realidad total. Nos encontramos, así, con que si respecto de lo que consideramos corrientemente individualidad orgánica unitaria, siempre se advierten modalidades a la vez que continuas, plásticas, variadas, complejas, y más o menos congruentes, ese aspecto de la substancia se va extendiendo, sin ninguna solución, hasta llegar al dominio microscópico, en el cual también se puede notar el movimiento, la energía· la vida, pues, que es un atributo inherente a toda la substancia, —atributo sin el cual nada puede "existir, ni concebirse siquiera—; y esto nos induce a creer que la realidad es vida, toda ella, que de un modo perpetuo se transforma en un torrente de actividades que bregan a su favor, esto es, a favor de su propia individualidad, dentro de un caudal infinito de substancia-energía, tan inmutable en su esencia como mudable en su forma, la que lucha por subsistir. En ese palenque ilimitado en donde todo compite a la vez, de una u otra manera, para mantener su propia individualidad, por medios infinitamente variados y variables, en definitiva, todo es reversible para la realidad integral, si bien cada forma organizada ha desplegado un cúmulo tal de esfuerzos para conservar su estructura, que si nos fuera dado abarcarlo

en toda su extensión, nos pasmaría con el pasmo de lo que no admite ya ningún grado de calificación superlativa; y, a pesar de todo, no podríamos decir con propiedad que es sobrenatural, ni milagroso, ni maravilloso.

El esfuerzo que representa cada individualidad para organizarse, y para mantener su propia arquitectura orgánica, es verdaderamente fabuloso, fantástico. Si pensáramos un instante en todas las posibilidades de fracaso que mediaron en todo el proceso de esa obra multisecular, en todas la vicisitudes adversas que hubo de afrontar y vencer cada organismo para plasmarse, para conservarse, para perdurar, para que cada embrión llegue a fructificar en la plenitud de su desarrollo, de tal modo que hayan podido llegar hasta aquí los efectos de esta admirable obra de tenacidad de que disfrutamos nosotros, nos sentiríamos tentados verdaderamente a aceptar la intervención de agentes sobrenaturales, si esto no lo rechazase la lógica más elemental. Esa obra individual que se va modelando a costa de esfuerzos perennes, librada, como está, a tantos peligros; esa individualidad que conduce cada cual como un hilo tenue, levísimo, por entre la maraña de una selva, siempre expuesto a romperse, merecería un aprecio mucho mayor, si hubiera conciencia de lo que representa. Un solo eslabón que se hubiera roto en esa cadena vital que liga a cada ser con las fuentes originarias de la vida organizada, nos habría privado de la existencia. Se comprende así que cada organismo haga tantos esfuerzos como hace para custodiar esta reliquia de los siglos y los siglos, modelada afanosamente por nuestra ascendencia, que, como

quiera que sea, data de mucho antes de las Cruzadas, por más que nuestra sangre no sea toda azul. El pez, quizá, es quien puede blasonar del más antiguo linaje, si no del más brillante; pero el hombre, organismo el más privilegiado en el planeta, no estima suficientemente su propio bien en cuanto vale, y es por eso que no se practica el culto de la naturaleza, de la vida, que es nuestro caudal mayor y mejor posible. Al contrario, por efecto de extravíos fundamentales, se advierte, por un lado, que, intuitivamente, cada ser aprecia la vida, que es su propia estructura, de un modo intenso, y, por el otro, que son muchos, los más, los que intelectualmente no rinden homenaje a la realidad, y a la vida como manifestación real. Apenas se observa, se descubre una amarga predisposición a deprimir a la realidad que nos plasma y nos suministra cuanto tenemos; a esa entidad tan generosa, que ni nos permite agradecerle sus beneficios, puesto que ni sabríamos a qué ni a quién dirigirnos, concretamente, dado que se pierde en lo ignoto la causa eficiente de nuestra individualidad, que es lo más que poseemos. Debido a que donde todo se estudia no se nos enseña a valorar la vida, porque en nuestras escuelas no se dan nociones suficientes de cosmología y de biología, hasta los hombres más ilustrados mueren, a veces, sin haber rozado siquiera con su pensamiento a la desbordante, ubérrima realidad, si no para amarla, para tributarle la admiración de su intelecto; y es de este modo que la han mirado con un gesto de despecho que denuncia, de un modo irrefragable, el engaño de sus orientaciones mentales, porque de otro modo sería inex-

cusable que esa mueca la esbozara el ser que tiene un puesto preeminente en la naturaleza.

En lo que atañe a la vida, se ha llegado a todos los extravíos. Hasta se ha instituído "el consuelo", para que los hombres se resignen a sobrellevar la carga de la existencia, lo cual excede a todo lo más que puede inventarse en el orden de lo absurdo y de lo descomunal; como no sea que se quiera suministrar consuelo a aquellos a quienes no se les permite disfrutar de los bienes naturales, y resignación a los que asisten al festín desde un puesto tan privilegiado y ventajoso, que no les es dado renunciarlo sin protesta. Al trabajo, que es la condición de la propia evolutividad, y que, por lo mismo, es un bien, se le ha considerado como un castigo, una imposición de la iracundia de los dioses. Es verdad que esa condición, a causa de los errores de constitución social, representa a veces un verdadero suplicio para los desheredados, los que deben trabajar para sí y para los zánganos de la enorme colmena bípeda, y así, de aberración en aberración, se ha llegado hasta a poner en tela de juicio si la vida es o no un bien.

Si el hombre tuviera conciencia de lo que ella es, en realidad, lejos de ser considerada como el simple cumplimiento de las funciones vitales, para unos; o bien como algo que no tiene importancia para el propio ser que vive, como es, para otros, —no ya como una prolongada contrariedad o como un minotauro, según decía Buffon, que devora al organismo—, habría de reputarse un tesoro incomparable debido a la tenacidad de nuestros antecesores, secundada por una infinidad de circunstancias felices, para nadie

tan felices como para nosotros; pero mientras que actuamos y palpamos las excelencias de la vida, en el propio apego que le tenemos instintivamente, nuestras filosofías metafísicas nos llenan de sombras el magín, y nuestro aturdimiento nos induce a sustentar instituciones anacrónicas, contranaturales, cuyos efectos todos tenemos que lamentar. Si se descorriera de una vez el secreto del misterio vital, que preocupa desde la más remota antiguedad, el resultado tendría que ser, sin duda alguna, de un optimismo insuperable, no sólo porque nada, hasta ahora, ninguna verdad ha sido adversa al hombre, — y no puede serlo, por cuanto la verdad y la realidad están identificadas, tanto entre sí como con nosotros —, sino también porque es una de las verdades que más nos interesa descubrir, para saber a qué debe ajustarse nuestra acción, en resumidas cuentas.

El propio misterio de la muerte, el supremo parpadeo de la individualidad que tanto ha acongojado al hombre, tiende a disiparse así que se va comprendiendo que ella debe ser más leve aún que el sueño, como es el "no ser" de la individualidad, dentro del "ser" perpetuo de la naturaleza que la ha sustentado. La muerte es, pues, un fenómeno morfológico "individual", porque para la realidad plena no hay muerte, como no hay pasado. Todo está allí presente, perdurablemente, de una u otra manera, por más que cada ser sienta en vida las nostalgias de la vida, en su instintivo afán de vivir y perdurar, como tal; afán que, en medio de las propias aberraciones filosóficas y religiosas, se denuncia siempre, y, a veces, con caracteres psicopáticos, sádicos, se diría. El día que el hombre pueda formar con-

ciencia acerca de la vida superior que le ha tocado vivir, como ser evolutivo, que va mejorando constantemente su suerte por el conocimiento y por la acción que se ajusta al conocimiento; por el trabajo, que, lejos de ser una adversidad, es una ventura que emerge de la ventaja de su propia evolutividad, después de haber realizado su esfuerzo fundamental en pro de sí mismo y de su descendencia, se rendirá plácidamente a la idea de su disolución personal, con la misma naturalidad con que las hormigas se arrancan las alas después de haber fecundado.

FIN

NÓMINA de las obras que se citan en forma concreta, con indicación de las ediciones de que nos hemos servido, en el orden en que aparecen las citas

E. HAECKEL *Enigmas del Universo*, Ed F. Sempere & C.ª Valencia, Trad Cristóbal Litrán.
H SPENCER. *Principes de psychologie*, Ed F Alcan, Paris; Trad. Th Ribot et A Espinas
E HAECKEL *El monismo*, Ed. F Granada y C.ª, Trad. Enrique Díaz-Regt.
F LE DANTEC. *Science et conscience*, Ed. E. Flammarion; Paris, 1908.
F LE DANTEC *Les influences ancestrales*, Ed. E Flammarion; Paris, 1909.
GUYAU *Problemas de estetica contemporánea*, Ed. F. Fe y Sáenz de Jubera, Madrid, 1902.
V HUGO *W Shakespeare*, Ed J. Rouff et C.e, Paris.
N JOLY *L'homme avant les métaux*, Ed F. Alcan, Paris, 1885, 4.e éd.
MAX-MULLER *Origen y desarrollo de la religion*, Ed. La España Moderna, Madrid
PASCAL *Pensées*, Ed E Flammarion, Paris
BOSSUET· *Oraisons funèbres*, Ed. E. Flammarion, Paris
E. METCHNIKOFF *Études sur la nature humaine*, Ed Masson & C.e, Paris, 1904, 2.e ed.
C DARWIN *Origen de las especies*, Ed. F. Sempere y C.ª, Valencia, Trad A López White
TH RIBOT: *La psychologie des sentiments*, Ed F. Alcan; Paris, 1903, 4.e éd.
E RENAN *Études d'histoire religieuse*, Ed E Calmann Levy, Paris, 8.e éd.
E RENAN *Vida de Jesús*, Ed. Maucci; Barcelona, 1910, 5.ª ed
C VALERA. *La Santa Biblia* (antigua versión), Depósito Central de la Sociedad Bíblica B Y E, Madrid, 1908
D F. STRAUSS *Nueva vida de Jesús*, Ed. F Sempere y C.ª, Valencia, Trad José Ferrándiz

Remy de Gourmont *La culture des idees,* Ed. Mercure de France, Paris, 1910, nouvelle éd.
H. Taine. *Filosofía del arte,* Ed F. Sempere, Madrid.
Binet-Sanglé *La folie de Jésus,* Ed. A. Maloine; Paris, 1909.
William James: *Fases del sentimiento religioso,* Ed Carbonell y Esteva, Barcelona, 1907; Trad. Miguel Domenge Mir.
Barbey D'Aurevilly *XIX Siècle. Les œuvres et les hommes,* Maison Quantin, Paris, 1887.
F. Le Dantec *Ateísmo,* Ed. Librería Gutenberg, Madrid, 1908, Trad. José González Llana
Guyau: *El arte desde el punto de vista sociológico.* Ed. Librería F. Fe, Madrid, 1902, Trad Ricardo Rubio
Guyau. *La irreligión del porvenir,* Ed Daniel Jorro, Madrid, 1911; Trad Antonio M. Carbajal.
E. Haeckel: *Viaje á la India,* Ed. F Granada y C.ª, Barcelona, 1906, Trad. G Bolders y Feder Spiegel
Haeckel: *Maravillas de la vida,* Ed. F Sempere y C.ª, Valencia; Trad. Rafael Urbano y Mariano Poto
H. Bergson *Materia y Memoria,* Madrid, 1900, Trad. Martin Navarro.
A Binet. *L'année psychologique,* Ed. Masson y C.ª, Paris, 1911.
H. Spencer: *Essais sur le progres,* Ed Librairie Germer-Baillière et C.e, Paris, 1879, Trad M A Burdeau
M De Fleury: *L'âme du criminel,* Ed. F. Alcan, Paris, 1898.
G. Sergi *Las emociones,* Ed Daniel Jorro, Madrid, 1906, Trad. Julián Besteiro
F. Nietzsche. *El origen de la tragedia,* Ed. F Sempere y C.ª, Valencia, Trad Pedro González Blanco.
R. Meunier: *Le Hachich. Essai sur la psychologie des paradis éphémères,* Librairie Bloud & C.e, Paris, 1909.
W. James. *Principios de psicología,* Ed Daniel Jorro, Madrid, 1909, Trad. Domingo Barnes.
Hegel *Esthétique,* Ed. Librairie Germer-Baillière, Paris, 1875, Trad. Ch. Bernard, 2.e éd.
A. de Quatrefages. *L'espèce humaine,* Librairie Germer-Baillière & C.e, Paris, 1883, 7.e éd.
E. Haeckel *Histoire de la création des êtres organisés, d'après les lois naturelles,* Ed C Reinwald; Paris, 1884, Trad. Ch Letourneau, 3.e éd
J. H. Fabre: *Souvenirs entomologiques,* Ed. Librairie Ch. Delagrave; Paris, 9.e éd.

F. LE DANTEC: *Le déterminisme biologique et la personnalité consciente,* Ed. F. Alcan, Paris. 1908; 3.e éd.

A DASTRE: *La vie et la mort,* Ed. E Flammarion,-Paris, 1911.

J LUBBOCK *L'homme préhistorique,* Ed Ancienne Librairie Germer-Baillière et C.e, F Alcan, Paris, 1888, 3.e éd.

H POINCARÉ: *La valeur de la science.* Ed. E. Flammarion; Paris, 1911.

R. U. EMERSON. *Siete ensayos.* Ed Imprenta de Henrich y C.a, Barcelona, 1904, Trad. Pedro Umbert

RENÉ GUILLOUIN: *Los grandes filósofos; Enrique Bergson,* Ed. Sociedad de ediciones, Louis-Michaud, Trad. Juan Pujol.

W OSTWALD· *La energía,* Ed Librería de Gutenberg; Madrid, 1911; Trad. J. R Ferreruela.

C. BERNARD: *Definición de la vida,* Ed Imprenta Rollo; Madrid, 1887.

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3 — Carlos Reyles. EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz· ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira· SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8 — José María Reyes. DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9 — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco. ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12 — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13 — El Viejo Pancho PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan· DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz. SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Álvaro Armando Vasseur. TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.